THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

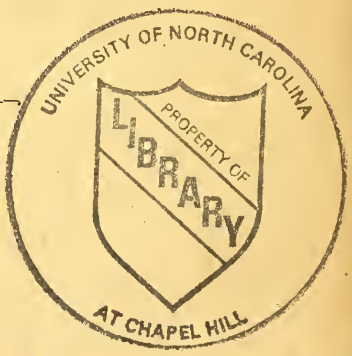
AC75
.M245
1899

ALBERTO MACKENNA SUBERCASEAUX

AC75
.N245
1899

Ecos Lejanos

(COLECCIÓN DE ARTÍCULOS PUBLICADOS É INÉDITOS)



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 46
1899

C
Cb

20,956.—Imp. Cervantes, Bandera, 46.

ÍNDICE

	PÁGS.
Dedicatoria	1
Contraste de razas	5
Un recuerdo del «Cyrano de Bergerac»	31
En la tumba de Bismarck	59
La casa de Miguel Ángel	67
En la Comedia Francesa	83
Luz y Sombra	95
Una tragedia griega	109
En la Basílica de San Pedro	131
La misa del Papa	145
Caridad en París	153
La batalla de flores en Niza	165
El Palacio de Venus	177
Las orillas del Rhin	191
Las leyendas del Rhin	203
Los restos de un mundo	215
Un retrato de Ibsen	225
Los peregrinos de Lourdes	235

	PÁGS.
En la Abadía de Westminster	247
El entierro de Daudet	257
Recuerdos de Sevilla	263
Primavera andaluza	279
¡¡A los toros!!	293
La casa de Murillo	313
Carmen	323
La leyenda del Tenorio	335

Ecos lejanos

CONTRASTE DE RAZAS

Esta debatida cuestión de razas, relativa al predominio de la raza sajona sobre la raza latina, que hoy ocupa la atención de todos los sociólogos europeos, en ninguna parte se encuentra comprobada de un modo más evidente que observando el contraste de dos ciudades—Gilbraltar y Algeciras—situadas una frente á la otra, siendo cada cual el resultado de dos civilizaciones diversas.

Sobre esta diferencia se pueden escribir

infinitas obras, se pueden hacer muchos estudios paralelos; pero ninguno de ellos tendrá la elocuencia que tiene Gibraltar, foco de luz y de progreso, frente á Algeciras, viejo y tierroso caserío que respira el ambiente del siglo doce.

Comparando á la simple vista ambas ciudades, se vé palpablemente demostrada, con argumentos que hablan en el lenguaje de los hechos, la profunda diferencia, material y moral, de esas razas.

Allí se vé abierto el abismo insondable que separa la activa corriente anglo-sajona de la soñolienta inercia latina.

Ambas ciudades están situadas en el fondo de la vasta herradura que forma el Mediterráneo á la entrada del Estrecho de Gibraltar; la distancia que las separa es tan corta que un observador colocado en un punto medio puede establecer á la simple vista un paralelo entre los progresos de la ciudad inglesa y el atraso de la ciudad española.

Entrando por la noche á esa bahía se vé

á un lado un elevado anfiteatro, en donde brillan miles de focos de luz eléctrica, cuya poderosa irradiación llega hasta alumbrar un punto vecino, en el cual se vé chisporrotear una luz agonizante, como un candil de un viejo claustro.

El primero de estos sitios es Gibraltar, obra de la civilización inglesa; el segundo, Algeciras, obra de españoles.

¡Todo un mundo de diferencia á unos cuantos kilómetros de distancia!

La energía, el vigor, el empuje y todas las grandes cualidades de los ingleses, están reflejadas en Gibraltar, de igual modo que lo está en Algeciras la decadencia, la falta de aliento, de bríos, y el *dolce farniente* de los españoles.

Gibraltar, un peñón abrupto, que según la pintoresca expresión de Teophile Gautier, "tiene la forma de un león de piedra cuidando la entrada de Europa", ha sido transformado, gracias á la vigorosa actividad de los ingleses, no sólo en una plaza inexpugnable, capaz de poner en jaque, en

caso de guerra, á todas las escuadras de Europa, sino en una hermosa ciudad de miniatura que tiene en sí todo el *confort* de una de las grandes ciudades inglesas.

Sólo los ingleses tienen el raro don de llevar consigo, á todas partes, á donde emigran, sus hábitos y toda su manera de ser y de vivir. Es, tal vez, a causa de esto, que Taine ha dicho en sus "Notas sobre Inglaterra" que no es posible concebir una colonia inglesa, aunque se encuentre en pleno desierto de Sahara, sin tener á su lado una Biblia, una cancha de *lawn tenni* y un *five* ó *clock tea.*

Á Gibraltar ellos han llevado todo cuanto es necesario para hacer agradable é higiénica la vida en una población.

Han abierto, con rudo trabajo, sobre la roca viva del peñón, espaciosas calles con plantaciones de árboles y pavimentadas con madera, han hecho jardines y prados de verdura, han construído teatros, clubs y magníficos hoteles, á los cuales viene, durante el invierno, mucha gente distinguida

de Inglaterra que desea gozar allí de la alegría del sol y de las dulzuras de ese clima, templado por las brisas africanas.

Si, como ciudad de placer, Gibraltar es un rincón lleno de encantos, como ciudad fuerte, como obra de fortificación y de defensa, es un maravilloso prodigio de trabajo, de esfuerzo y de habilidad militar.

No es posible imaginarse una obra de artillería mejor combinada y más terriblemente poderosa.

Todo ese enorme peñón, en su parte situada frente al mar, está horadado por infinitas galerías interiores y agujereado por miles de aberturas distribuídas en todas direcciones, en cada una de las cuales se asoma la boca formidable de un cañón de grueso calibre. Este trabajo está hecho con tal arte que, situándose á poca distancia del peñón, nadie se apercibe siquiera de la oculta artillería que allí se encierra.

En caso de combate, el poderoso león de Gibraltar puede vomitar fuego y plomo por todas partes y cortar el paso del Estrecho,

que tiene menos de una milla en su parte más angosta, á las más fuertes escuadras reunidas.

No tardará en venir el día en que ese león, destinado por la fantasía de Gautier para defender á Europa, se arme de todo su poder para defender los crecientes intereses de John Bull.

Este león británico, alumbrado de día por los rayos del sol de África, que le permite pasear su vista y vigilar el Estrecho hasta las riberas del vecino continente, en la noche enciende sus ojos con focos de poderosa luz eléctrica, y así, á toda hora mantiene en sus dominios la más severa vigilancia.

Gibraltar es un cuartel de artillería edificado sobre una roca: allí la disciplina militar, el orden, la compostura, el aseo y todos los detalles de una organización perfecta, se encuentran atendidos con habilidad y estrictez.

El paisaje de esta ciudad, cuyo aspecto es el de un castillo fuerte de la época

medioval, al cual sólo le falta el detalle de un enorme puente levadizo entre Europa y África, está siempre animado por los vistosos coloridos del uniforme inglés, que exhibe los tonos rojos más subidos y pintorescos.

Por todas partes, en las calles, en los jardines, en los hoteles y restaurantes, se ven esos arrogantes soldados luciendo sus cuerpos esbeltos y sus figuras tan distinguidas como varoniles.

Después de admirar todo esto, al caer la noche, tomamos una pequeña chalupa para atravesar la bahía y llegar á Algeciras.

Desde el muelle, en donde pusimos pie á tierra, se podía notar la chocante diferencia entre estas dos ciudades que están allí á un paso, mirándose las caras.

Nuestra primer molestia fué el asalto de una partida de empleados de la Aduana quienes nos dieron vuelta y pusieron en desórden nuestro sencillo equipaje de *turistas*. En Gibraltar, como en todo terreno inglés, nadie se ocupa de estorbar á los viajeros en

estos detalles, y por el contrario se les ofrecen las mayores facilidades para hacerles expedito el movimiento de los viajes.

Una vez salvada la aduana fuimos en busca de carruajes para trasladarnos á un hotel.

Solo encontramos un miserable proyecto de carruaje, cuyos resortes se quejaban, dando brincos, al rodar por las calles llenas de hoyos y de piedras y alumbradas por lámparas amarillentas de parafina.

Llegamos por fin al hotel: era éste una casa blanqueada, de adobe, con dos pisos aplastados, que ni siquiera alcanzaba á ser hotel, pues estaba bautizado con el nombre de la «Fonda del caballo blanco».

Después de golpear largo tiempo en la puerta, nos vino á abrir una vieja mujer que marchaba alumbrándose con un candil.

Nosotros creímos estar equivocados al encontrarnos recibidos de modo tan primitivo en el hotel que, según las indicaciones de nuestro *Beadecker*, era el mejor de la ciudad; y luego preguntamos á la patrona si era

realmente aquella la "Fonda del caballo blanco". —"Pues claro está señoritos, nos respondió con presteza; pasen ustedes para adentro, nos dijo, y aunque no estoi muy provista de camas, buscaré modo de alojarlos á todos. No tengan ustedes cuidado; aquí se trata bien á la gente y se come de lo bueno".

Una vez dentro de la fonda, fuimos á dejar nuestros equipajes á las habitaciones que se nos habían designado.

Al verlas, todos acordamos, á una voz, pasar la noche en vela antes de exponernos á dormir en las camas de esa famosa posada.

Luego después, tomando á la broma estos accidentes del viaje, fuimos todos á pedirle á la patrona que nos hiciera preparar una merienda, ya que á la hora de nuestra llegada,—ocho de la noche,—no quedaba en la fonda ni restos de comida.

Es entonces cuando principió la parte cómica de este inolvidable alojamiento que fué para nosotros una noche de franca alegría y buen humor.

Todas las criadas de la fonda corrían, por todos lados, en busca de los materiales para preparar la cena.

Subían y bajaban la escalera, iban y volvían de la calle traginando, con apuro, á fin de cumplir con los encargos de la dueña. "Oiga, doña Jacinta, le decía una de ellas, no he podido encontrar el pan de moño en ninguna parte, porque ya están todos los despachos cerrados". "Anda entonces de carrera á casa de mi comadre Pascuala y dile que me mande los que tenga y pídele también á mi nombre unas dos libras de membrillo para el postre". "No te tardes ni un Jesús, que los señoritos están con caras de apetito", le agregaba; y entonces se veía partir á escape una muchacha para cumplir la comisión.

Mientras se hacían los aprestos fuímos á dar una vuelta por el pueblo, á fin de formarnos una idea cabal de esta ciudad que vive en el limbo más oscuro del atraso.

Un silencio de muerte reinaba en el pueblo; solo se escuchaba, al pasar al lado de

las ventanas, el rumor de los ronquidos y el cuchicheo de algunas gordas criadas que se sentaban á tomar el fresco en las puertas de las casas.

Realmente, después de andar unas cuantas cuadras, todos creímos estar en pleno Curacaví ó en algún barrio de Quillota.

La ilusión se hacía más completa á medida que avanzábamos tropezando en las piedras de ese fatal pavimento, lleno de hoyos y de tierra; y, para no dejarnos lugar á dudas, en las esquinas se veía un farol agonizante, cuyos vidrios, cubiertos de polvo, apenas si dejaban pasar un reflejo anémico de luz; un *paco* cantaba la hora; un tortillero, con una linterna en la mano, gritaba: "de *rescoldo tostaditas*, *tortillas buenas*!... y los perros, al pasar, sacaban partido de la *piedra esquina*...

Uno que otro paisano, montado en su *jaco*, cruzaba las calles entonando un aire alegre.

Era, por cierto, bien sabroso y simpático aquel cuadro que nos hacía ver un pedazo de nuestro suelo en plena Europa. Allí, los

ruidos de la inquieta civilización moderna, las nerviosidades de la vida actual, las preocupaciones y los problemas sociales de la vieja Europa no se conocían ni siquiera de nombre. Era aquél un dejo, un *concho* de la Edad Media, olvidado en un rincón de Europa.

Después de nuestro paseo, al llegar al hotel, encontramos la mesa lista y sentimos desde lejos el olor aperitivo de las viandas.

¡Pues á cenar ahora! dijimos todos, y tomamos por asalto el comedor, donde había unos cuantos graves ingleses que nos miraban extrañados por nuestra bulliciosa alegría.

Iba con nosotros un buen señor, espansivo y campechano, como todo español, que había tenido la amabilidad de acompañarnos en nuestra escursión por el pueblo. «Ca, mis amigos, nos decía, ustedes no saben lo que es este Algeciras. Acá la vida es una delicia. Aquí se trabaja poco, pero se goza mucho. Hay aquí unas muchachas andaluzas con ojos negros, que bailan jotas y sevilla-

nas con un salero capaz de volver loco á cualquier cristiano».

Pero aquí, le decíamos, todo el mundo se ocupará de bailar y de cantar habaneras con guitarras y castañuelas, ó de dormir la siesta á calzón quitado; pues bien se nota en esta ciudad que nadie se mata trabajando.

Ni más ni menos, nos respondía: acá nadie se ocupa de mejorar esta ciudad. ¿Pues y qué más necesitamos también?

Sin embargo, le agregábamos, ustedes podrían tener más comodidades, é imitar un poco á sus vecinos del frente. ¡Oh! nos dijo, con la voz irritada, imitar nosotros á los ingleses: eso jamás. Esa es raza de bandidos, de piratas, que se quieren tragar al mundo entero.

Son peores que los mismos yankees! agregó en un arrebato de cólera. Porque estos yankees, como ustedes deben saberlo, son puros fanfarrones. Hoy quieren apoderarse de Cuba; pues, verán ustedes que el día en que se declare la guerra los vamos á poner á raya...

Y este cándido andaluz siguió durante largo tiempo discurriendo en esta forma sobre la manera de ser de los anglo-sajones.

Realmente daba lástima escucharlo y pensar que tal como este Quijote habían tantos otros en España...

En seguida, variando de rumbo á su charla inagotable, nos relató algunas sabrosas historietas relativas á los asuntos políticos de aquella localidad.

Díjonos que el alcalde, un radical come-frailes, estaba peleado á muerte con el cura, que era carlista y fanático hasta decir basta.

Lo que uno hace, nos decía, el otro lo deshace: es por esto, tal vez, que ustedes han notado aquí algunas cosas en mal estado... Los municipales, unos son amigos del alcalde y los otros del cura, de modo que cada vez que hay sesión en el Cabildo, arde Troya...

Sin embargo, hay aquí proyectos para todo: desde luego se está ya pensando en construír una acequia de desagüe por el interior de las casas; hay en la Alcaldía al-

gunos modelos de carretones para recoger las basuras; y lo que es más aún ha venido últimamente un empresario de Madrid pidiendo permiso á la Municipalidad para construir acá un teatrito de tandas...

¡Oh! entonces esta ciudad se va á transformar en un *petit* París, le decíamos, no pudiendo disimular una explosión de risa. Ni más ni menos, nos respondía el andaluz con la mayor buena fe del mundo.

Y á todos estos adelantos, nos decía, ustedes pueden agregar nuestra "Plaza de Toros" capaz de contener diez mil personas, y nuestra iglesia parroquial de tres naves y de cal y canto que tenemos desde hace siglos.

Y como si todo esto no fuera todavía suficiente, ¿creerán ustedes que en días pasados se aparecieron acá unos dos ingleses de esos del frente, trayendo una muestra de alambre, por el cual, según decían, podían transmitirnos la luz eléctrica que les sobra en Gibraltar?

Se presentaron al Alcalde con una soli-

citud, que al principio nadie pudo entender, porque estaba escrita en inglés, y en seguida de algunas discusiones, se les dijo á los ingleses que no necesitábamos su luz eléctrica...

Oh! cáspita con estas novedades del progreso! agregaba refunfuñando, el viejo castellano.

Y mientras nuestro francote camarada nos relataba esto, nosotros nos mirábamos unos á otros, con miradas de inteligencia, como diciéndonos: "¡Vaya! si ahora nos parece estar en el mismísimo Santiago y en plena sala Municipal!! y todos recordábamos entonces la brutal vía-crucis por que ha tenido que pasar nuestra compañía de "Luz Eléctrica".

Allá, en el seno de la madre patria, de igual modo que entre nosotros, siempre sigue invariable la eterna historia. Siempre la política, las rencillas, las emulaciones, la ignorancia, la envidia y todas las torceduras de los caracteres sin virilidad y energías propias, estorbando la marcha del progreso.

En la educación, en el temperamento, en

el carácter de la raza española es preciso ir á buscar las raíces de nuestra defectuosa organización política y de nuestra falta de energías individual y social, de igual modo como se va á buscar en las madres los defectos ó las virtudes de los hijos.

Esta ley de herencia se ha realizado entre nosotros con todo el rigor inexorable de las leyes naturales.

Cuando se viaja en España es cuando se ven palpablemente demostrados nuestros defectos, sobre todo si se observan las costumbres y la vitalidad de los pueblos de España meridional, de los cuales hemos recibido una herencia cuantiosa de gérmenes viciados.

Nuestra resignación musulmana para soportar todo lo malo que tenemos, desde nuestro Gobierno hasta el lodo y el pavimento de nuestras calles, es decir desde la cabeza hasta los pies, sin duda, debe tener su origen en las tribus españolas del mediodía, en las cuales, por influencias del clima, domina el espíritu postrado de las tribus orientales.

Nuestra falta absoluta de espíritu práctico, nuestra resistencia á las ventajas del *confort* moderno para vivir, á lo cual no damos siquiera la importancia higiénica que él tiene, nuestro ánimo hostil á todo lo que viene de afuera y trae adelanto rápido, holgura y bienestar para la vida, se ve escrito, en grandes caracteres, en todas las ciudades españolas, miradas, ya bajo sus fachadas exteriores ó en sus adentros, á excepción solo de Barcelona, en donde domina un impulso moderno de progreso.

Se ven allí no solamente reproducidas ó abultadas todas nuestras deficiencias materiales, sino que allí se encuentran tipos reales que responden á tipos perfectamente chilenos, criados y nacidos en nuestra tierra; pero con espíritu clásicamente español.

Acaso al ver opinar gravemente en las Cortes Españolas á algún influyente señor marqués, de grandes campanillas, no se recuerda á lo vivo á muchos de nuestros personajes políticos. ¡De estos políticos *hueros*, sin voluntad, ni energías, incapaces de nada

grande y util, educados más para tinterillos de aldea que para hombres de Gobierno, que son hoy, en España, la causa de su ruina y entre nosotros el motivo de nuestra gran decadencia!

Allí, al oír una interpelación política, llena de frases retumbantes en contra del gobierno que se pretendía echar al suelo, en momentos en que España estaba destrozada en el extranjero, pudimos encontrar todo el triste origen de nuestra eterna y majadera monomanía de hacer política de todo, hasta del prestigio nacional. Ahí, que oímos disparar luces artificiales de oratoria, en los momentos en que era preciso ir á disparar cañonazos, comprendimos la causa de nuestras huecas y absurdas sonoridades parlamentarias.

Y como una consecuencia natural de esta funesta educación hereditaria y de este espíritu viciado, veíamos nuestra vergonzosa impotencia para emprender obras prácticas de civilización y de cultura.

De allí, además, pensábamos, al ver en

Madrid, los Tribunales de Justicia llenos de gente y planchas de *Doctores en Leyes* en todas las casas, debió venir el germen de nuestros primeros leguleyos, cuyo espíritu se ha propagado entre nosotros como la maleza y los abrojos en un hermoso campo.

Y á esta profesión estéril, que en todo país próspero se considera como secundaria, desde que ella no es factor de la riqueza ó de la producción, nosotros le hemos dado muchas alas y mucho tono, y estamos hoy palpando los funestos resultados del exceso de abogados, es decir de gente que tiene el oficio de entorpecer ó enredar las obras prácticas del progreso.

Y, por último, no se sabe, si de España ó de las tribus salvajes araucanas provienen esos caracteres envenenados, tan perjudiciales entre nosotros, que no tienen otro impulso sino la emulación ó el despecho, especie de impotentes morales, rabiosos de su propia nada, que gastan su actividad en destruír y criticar, sin ser ellos capaces de concebir, ni realizar jamás una obra útil.

Esos que se reunen en grupos ó en furiosas pobladas para desprestijiar y ponerle diques y estorbos á toda obra práctica de progreso moderno, destinada á producir útiles resultados.

Esos que, sin gastar ningún impulso ni iniciativa en el trabajo, cobran odio mortal á los que trabajan con empeño y la suerte los ampara.

¿Y para todas estas enfermedades que parecen tener su raiz en la sangre de la raza hay acaso remedios? nos preguntábamos entonces.

Es éste el problema que ha preocupado muchas veces la atención de los pocos patriotas que se ocupan acá de pensar en asuntos del porvenir.

Algunos, los más cuerdos, sin duda, sostienen que estos defectos tienen su base, más que en las influencias del temperamento y de la raza, en las influencias de la educación, cuyos resultados se hacen sentir en todas las manifestaciones de la vitalidad de un país, desde que es ella la que forma

los individuos que deben dirigir el mecanismo de los asuntos públicos.

España nos legó su educación, apropiada sin duda, para la época de la colonia,—época de vasallaje, de oscuridad y de atraso general; pero absurda para una República de hombres libres, entre los cuales debe, ante todo, desarrollarse la independencia de carácter, la iniciativa individual, el esfuerzo al trabajo y el espíritu práctico, porque todas éstas son las bases sobre las cuales se puede levantar la grandeza de un país joven.

Aparte de estas consideraciones particulares, la educación española, con su carácter puramente escolástico y teórico, y su tendencia á contener las expansiones de la voluntad, de la inteligencia y de la libertad individual, no ha servido sino para formar leguleyos y letrados de espíritu anémico, y de miras estrechas, sin haber podido jamás producir un solo hombre capaz de luchar cuerpo á cuerpo con las vicisitudes y los quebrantos de la vida, de empujar una idea, con porfiado tesón, venciendo mil obstácu-

los, hasta realizarla, ó de levantarse de una gran caída mediante su esfuerzo personal.

En la Edad Media la educación española era, tal vez, apropiada á la vida que entonces se hacía; pero hoy todo ha cambiado y es natural entonces adaptar la educación á las necesidades y á las exigencias de la vida presente.

Por esto los hombres que miran con interés el porvenir de nuestra raza, han ido á buscar en la educación sajona, formada con elementos vivos del movimiento moderno, una base de neutralización para nuestros defectos hereditarios. Esa educación es el polo negativo de la nuestra, y podemos, por tanto, buscar en ella una corriente de reacción.

Ellos han implantado en nuestras escuelas nuevos métodos de enseñanza, han traído pedagogos que saben enseñar, difundiendo el espíritu de disciplina y rectitud en las escuelas; en fin algo han hecho; pero queda mucho, muchísimo por hacer aún.

Solo se ha dado el primer y tímido paso

en una grande obra de regeneración nacional. Para completarla sería preciso echar al suelo, como un edificio desplomado que amenaza ruina, todo el plan escolástico y enciclopédico de la enseñanza secundaria, é ir á buscar entonces en la educación de los anglo sajones un método de estudio más racional, más práctico, más adaptado á las necesidades de la vida actual: un método que forme hombres de espíritu y de cuerpo robusto y sano, en vez de degenerados, de espíritu torcido y de cuerpo raquítico.

Un país como el nuestro, que tiene inmensas riquezas naturales, necesita hombres prácticos, de trabajo y de esfuerzo, capaces de explotarlas; hombres que sepan convertir las ideas teóricas en hechos materiales; hombres educados bajo ese gran sistema inglés, el cual despierta la iniciativa individual y dá energías morales y físicas.

De nada, sino de desprestigio y de ruina, nos han servido los hombres educados bajo el funesto sistema español,—hombres puramente teóricos y estrechos de horizontes,

pigmeos de espíritu, sin vigor moral, ni aliento físico, quienes cada vez que han puesto sus ideas en acción en el gobierno, no han hecho sino estupendos desatinos, porque han tenido la fantasía de implantar instituciones y métodos extranjeros, sin adaptarlas al medio en donde ellas debían obrar.

Y después, como un útil auxiliar de la educación inglesa, cuyos útiles efectos se harían notar en pocos años, sería preciso fomentar, con medidas prácticas, la inmigración sajona, la cual nos traería, desde luego, el espíritu práctico y el esfuerzo personal al trabajo, cosas que nos hacen tan inmensa falta.

La fusión de este nuevo elemento con nuestro organismo nacional se iría operando lentamente, sin duda; pero más tarde hablaría con la elocuencia práctica de los progresos materiales. Siempre se ha observado que las actividades y las energías nacionales se despiertan y se estimulan al contacto de las energías extranjeras. Vemos, por ejem-

plo, que en Valparaíso toda la gente y principalmente la juventud trabaja y lucha por la vida, impelidos por la activa corriente anglo sajona que allí domina, y vemos, haciendo un vivo contraste, que en Santiago la gente trabaja bostezando y la juventud permanece de pie en las esquinas, requebrando á las muchachas, ó jugando copas "al cachito" en los mesones de los Clubs y Restaurantes, influenciados por los hábitos ociosos, de viejos españoles, que tenemos arraigados.

La inmigración es la sangre, es la vida de los países jóvenes y si quisiéramos probarlo bastaría sólo recordar el desarrollo inmenso de los Estados Unidos y la prosperidad y crecimiento actual de la República Argentina.

No es, por cierto, obra de una generación, conseguir variar los impulsos y las tendencias del carácter nacional, que es el alma y el espíritu íntimo de una raza; pero no es posible tampoco desconfiar de que con nuevos métodos de educación, del todo con-

trarios á los actuales, y con una corriente activa de inmigración sajona, se pueda obtener, con los años, una reacción en nuestro anémico organismo nacional.

Nuestros pensamientos se preocupaban allí de estas ideas patrióticas, mientras el buen amigo español nos distraía haciéndonos reír con sus graciosas historietas de género ligero, para lo cual, como buen andaluz, tenía un salero y un chiste excepcional.

Nosotros admirábamos con cierta lástima la ingenua alegría y la felicidad completa de ese individuo que allí, en ese nido de ratones de Algeciras, se encontraba el hombre más feliz del mundo...

Era ese tipo acabado de la ignorancia satisfecha que ya no concibe, ni pide más allá: era un tipo de sangre ligera, alegre camarada que nos hacía recordar á tantos otros compatriotas, risueños y felices en las oscuridades de su ignorancia, quiénes encerrados entre las cuatro paredes de su gran casa, encuentran su espíritu completamente

satisfecho y creen también que ya no hay nada más allá...

Era él, otro precioso documento más para nuestras indagaciones hereditarias.

Ese desgraciado, estando en plena Europa, en contacto próximo con todo el movimiento de la civilización moderna, no había aún recibido, en su cerebro, ni una impresión de luz, no era capaz de abrigar una preocupación inteligente, ni concebir una idea elevada de progreso, y su ceguera era tal que no podía divisar más horizonte que aquel miserable de su aldea.

Nuestro amigo encarnaba esa casta de individuos, numerosa aún en Andalucía, cuya formación intelectual está todavía en estado embrionario y que sólo en algunos siglos más llegará á influenciarse con las corrientes de la civilización europea...

Pero, sin duda, lo que más nos llamaba la atención en nuestro zandunguero amigo andaluz, era observar cómo él, habiendo visto allí, en Gibraltar, durante toda su vida, las maravillas del progreso y de la civi-

lización inglesa, que es la más perfecta de todas, no hubiese logrado recibir ni un ligero síntoma de contagio, ni hubiese sentido llegar hasta su espíritu, un reflejo de la irradiación de esa poderosa cultura que educa el carácter y hace más nobles los sentimientos.

Los salvajes de Egipto y de los muchos países hoy gobernados por los ingleses, luego se han asimilado á su civilización, adoptando, en sus hábitos, algunos de los mejores detalles de su *confort* y de su cultura; sólo los españoles de Algeciras le cierran el paso, con muros de piedra, y la combaten á muerte.

Por esto, tal vez, vimos ahí que, en la noche, cuando los focos de la luz eléctrica de Gibraltar van á alumbrar, con sus brillantes reflejos las calles oscuras de Algeciras, los viejos españoles se entran, corridos, despechados, á sus casas, y allí, al rededor de la luz agonizante de sus lámparas de parafina, se reunen en grupos para disputar sobre política y sobre la chismografía local;

en tanto que las muchachas, en un cuarto vecino, bailan jotas y cantan alegres habaneras, ó bien le rezan novenas á algún santo milagroso...

Y así, ellos, pasan los años y dejan correr los siglos, en un limbo feliz de completa ignorancia, sin preocuparse de buscar la luz y sin admitir tampoco la que les viene por reflejo.

De igual modo, entre nosotros, cuando un grupo de buenos chilenos, con espíritu y energías anglo-sajonas, ha luchado por abrir una huella en las montañas, que nos tienen ocultos, para recibir los reflejos de la cultura europea, luego ha venido la política miope y la ignorancia ciega á ponerle pantallas á las irradiaciones del progreso.

No ha faltado tampoco acá algún viejo castellano, de esos mismos de Algeciras, disfrazado de personaje político, que ha sostenido que el "*Ferrocarril Trasandino*" es una obra absurda para Chile.

Esos también cuando se les habla de las grandezas de la educación inglesa respon-

den con aire de solemne gravedad ¡¡No me vengan ustedes con cosas de gringos!!...

Esos espíritus añejos, con sabor á cosa rancia, que parecen haber brotado del polvo de los escombros medioevales; especie de señores feudales encerrados aún en las trincheras de sus castillos fuertes, sin tener ánimos de tender el puente levadizo para comunicarse con el movimiento moderno, no pueden llegar á comprender la evolución y los nuevos impulsos del progreso.

A esos es inútil decirles y probarles que el hombre de hoy, siguiendo las leyes naturales de su desarrollo y de su perfeccionamiento infinito, tiene ideas, tendencias é impulsos totalmente opuestas á las del hombre de ayer.

Ellos se han quedado atrás en la marcha y se resisten á permitir que haya otros que marchen más ligero adelante.

El respeto por sus canas no ha de llegar hasta el punto de respetar sus viejas ideas: la juventud de hoy debe luchar en combate

abierto en contra de estos viejos castellanos que tienen el espíritu del siglo pasado . . .

Debe alzar, con valentía, una bandera de lucha que ostente, muy en alto, el símbolo del espíritu nuevo.

Y este símbolo de regeneración está representado por las ideas del adelanto material, base del bienestar social, de la educación artística hermanada con la educación práctica.

Sobre estas bases un pueblo se engrandece por el trabajo inteligente de sus hijos, y se hace noble y feliz por los delicados sentimientos de su espíritu.

Un recuerdo

DEL

"CYRANO DE BERGERAC"

El teatro francés ha sido sorprendido, en el año último, por una admirable obra dramática, cuyo autor, un joven poeta—Edmond Rostand—se ha revelado, de improviso, como un maestro de alta escuela teatral y de elevada inspiración poética.

Desde la época de los triunfos del *Ruy Blas* y del *Hernani*, en la escena de la Comedia Francesa, no hay, tal vez, recuerdo en la historia del teatro en París, de una obra que haya despertado un entusiasmo

más unánime y más contínuo, no sólo en el mundo refinado de los artistas y literatos, sino en todos los grupos de los diversos mundos sociales que encierra París.

Sin duda ha contribuído poderosamente al prodigio de su éxito, la admirable interpretación del gran Coquelín, quien ha dado vida en *Cyrano de Bergerac* á un tipo clásico que vivirá largamente al lado de los personajes del teatro de Molière y de Racine.

Estos aplausos á la obra de Rostand han encontrado un eco entusiasta en todos los públicos de Europa, que han pagado al autor del *Cyrano* fuertes sumas de dinero, á fin de obtener la traducción de su pieza.

Mucho y con muchos curiosos argumentos se ha discutido en Francia el secreto del éxito extraordinario de esta obra. Algunos críticos lo atribuyen á su inspirada y chispeante versificación; al poder fascinador de la música que hay en la estrofa de Rostand, entonada con acentos robustos y sentidos por Coquelín. Otros dicen que el gran inte-

rés de esta pieza está en la animación y movimiento de su intriga, en lo pintoresco y vivo de sus cuadros escénicos; en la originalidad de su combinación, unido todo esto á la propia indumentaría de la obra, que le dá un carácter antiguo, lleno de color local y de sabor á tiempos pasados.

No han faltado quiénes hayan fundado el éxito de *Cyrano* en el derroche de *sprit* y de gracia de buen tono que se desprende, á raudales, de todas las partes de esta pieza.

Estos han dicho que Rostand es un millonario de talento, que durante la representación de su obra mantiene á todo el público absorto en cada una de las frases y palabras que, como granos de oro y perlas, salen de los labios de sus personajes. Consideran quienes así juzgan esta pieza, que su forma brillante sirve para disimular el vacío de su fondo.

Otros, por fin, con mejor criterio artístico, han fundado su opinión en bases más sólidas y verdaderas, que dan, sin duda, la nota justa, á la cual debe atribuírse el éxito

del *Cyrano de Bergerac*. Entre éstos hay opiniones de críticos tan respetables como Lemaître, Sarcey y Faguet, cuyos conceptos sirven de norma al juicio del público francés, en asuntos de crítica teatral.

Ha sido una feliz y oportuna resurrección del antiguo drama romántico, revelada con caractéres vivos y palpitantes en la obra de Rostand, la que ha sorprendido la atención del público parisiense, fatigado ya con las representaciones de escándalos sociales y de escenas vulgares de amor. Desde tiempo atrás se hacía sentír en el teatro francés la necesidad de dar un nuevo rumbo á las producciones destinadas á tomar vida en la escena.

Las tablas se habían llegado á convertir en algo parecido á la puerta de escape de una cloaca, por donde llegaban al público todos los vicios y podredumbres del interior de muchos hogares.

Sólo se podían escuchar en los teatros, descritas siempre con talento y con gracia, las diversas y complicadas fases que ha to-

mado el adulterio, los cinismos y las notas cómicas del divorcio, los matrimonios *fin de siècle* de combinación mercantil, los refinamientos neuróticos del mundo cosmopolita que vive en París y los mil escándalos que emanan de un centro de proporciones tan vastas y de composición tan variada como es París.

Es natural, después de todo esto, que el público estuviera deseoso de experimentar en el teatro otro género de emociones, inspiradas por sentimientos más nobles.

El *Cyrano de Bergerac* drama inspirado en la atmósfera de una poesía delicada, tierna y heróica á la vez, cuyo argumento, tegido en un encaje de finísimos versos, hace recordar las leyendas de la vieja bravura y del altivo honor caballeresco, estaba llamado á dar, desde su estreno, la nota nueva que anhelaba el público.

Aparte de la elegancia esquisita de su forma artística, esta obra se conquistó desde luego todos los gustos, porque la verdad y la filosofía de su fondo se hallaba en feliz

consorcio con los lujos exuberantes de su hermosa versificación y con las pintorescas combinaciones de su movimiento escénico.

Cyrano de Bergerac encarna el tipo del noble hidalgo gascón, de corazón tierno, de ánimo valeroso é intrépido, buscador de aventuras y lances, en los cuales él siempre sale airoso, merced al empuje y á la osadía de su espada. Es este un tipo de corte antiguo, que hace recordar los tiempos del Cid Campeador, con su denuedo en los combates y en su entereza para resguardar su honor.

Tipo de talento, derrochador de *sprit*, abnegado, generoso y enamorado á un mismo tiempo; personaje legendario, trovador y poeta, Cyrano de Bergerac, es el prestigioso jefe de una banda de soldados gascones á quienes él domina é impone con su valentía á toda prueba. Sólo tiene un deplorable defecto físico, del cual él no puede conformarse y está siempre pendiente de las burlas y comentarios que la deformidad

de su nariz provoca á las gentes que encuentra á su paso.

Muchas veces ha sacado su espada del cinto y ha echado por tierra al temerario que ha tenido la osadía de soltar una carcajada en presencia de la protuberancia de su nariz... Es este un defecto que hace la eterna desgracia de su vida y al cual ni su talento, ni sus grandes cualidades morales logran sobreponerse.

Ocupado siempre de guerras y de asaltos, Cyrano, no ha tenido tiempo de sentir las emociones dulces del amor, hasta el día en que, durante una representación teatral, tiene ocasión de hablar á Roxane, una hermosísima mujer, pariente suya, por lo cual concibe desde aquel momento una loca pasión. Él, intimidado por su defecto físico, cree no ser nunca correspondido por la bella Roxane y no se atreve á hacerle ni la más ligera manifestación de amor.

Cierto día él recibe de sus manos un billete, en el cual le da una cita en una famosa hostería del pueblo y le dice ade-

más, que un asunto privado de gran interés para ella la obliga á dar este atrevido paso. El júbilo de Cyrano no tiene límites entonces; cree ser el objeto del amor de Roxane y los transportes de su pasión secreta adivinada y correspondida de este modo, inspiran á su lira de poeta las estrofas más entusiastas y sentidas. Se prepara sus más lucidos arreos para ir á la cita; procura disimular el defecto de su nariz y se presenta á Roxane con la majestad y la galanura de todo un gran señor. Allí su desencanto fué tan grande como su ilusión: Roxane, lejos de ocuparse de él, á quien presume muy ageno de sentir por ella algún afecto, le declara que está perdidamente enamorada de un joven paje, Christian de Nimers, cuya belleza física ha hecho una honda emoción en su ánimo; y desea, á toda costa, conocerle y tener ocasiones de comunicarse con él. Este joven está próximo á enrolarse en la partida de bravos gascones que manda Cyrano de Bergerac, y á él, pues, le corresponde, como jefe de esa banda, procurarle todas

estas facilidades y amparar al hermoso paje Christian de Nimers.

Cyrano, mudo de emoción, despechado, inquieto, afligido, oye de los labios de Roxane toda la cruel ironía de su suerte; pero no profiere una palabra ni dirige una mirada que deje vislumbrar su ardiente pasión; por el contrario, logra apagar el volcán que hay dentro de su pecho y finge una frialdad imperturbable.

Promete á Roxane, bajo palabra de caballero gascón, que protegerá en todos los peligros á Christian y, le asegura que se encargará de hacer llegar á manos de ella las cartas que él le dirija.

Cuando Roxane se retira, Cyrano tiene una crísis de sollozos, de celos y de ira, que hasta ese momento había sabido disimular con fiereza y orgullo; pronuncia amargas imprecaciones por su deformidad física que es, según él, la causa de que Roxane no abrigue ni el remoto pensamiento de fijar en él sus ojos.

Luego después llega á la misma hostería,

donde había tenido lugar la cita, un grupo de sus subalternos, acompañados del paje Christian, que venía á presentar sus homenajes al jefe de los gascones, Cyrano de Bergerac. Al encontrarse en su presencia, Christian le dirige hirientes burlas ridiculizando su nariz y Cyrano contiene su cólera, se muerde de ira, y lo deja hablar sin perturbarse. Todos los soldados gascones lo miran espantados por su calma y nadie se explica cuál es el motivo de su extraña actitud. Uno de ellos, en vista de esto, se cree también autorizado para dirigirle sátiras y él entonces empuña la mano y de un bofetón lo hace besar la tierra. En seguida ordena á sus camaradas que lo dejen á solas con el recién venido y entonces explica á Christian la situación favorable en que él se encuentra á su respecto, gracias á la intervención de Roxane, una dama pariente suya que le ha declarado su amor por él, implorándole á la vez su ayuda.

Desde ese momento el hidalgo Cyrano de Bergerac se hace mártir de su palabra

empeñada y pone en juego toda la entereza de su carácter varonil y sus delicados sentimientos de artista para llenar dignamente la promesa que hizo á la bella Roxane.

Christian mantiene desde aquel día una apasionada correspondencia con Roxane y es Cyrano el que escribe y el que sirve de portador de esas cartas admirables, que reflejaban una alma noble y un talento delicado y superior.

Ese pobre Christian no tenía sino una hermosa figura; pero jamás concibió una idea feliz, un pensamiento espiritual, una intriga hábilmente combinada, nada que revelara un síntoma de talento. Era un tipo de exterior brillante, como hay tantos—de esos que tienen el dón de atraer físicamente á todas las mujeres—y que una vez despojados del barniz que los cubre, aparecen rodeados por la aureola de su majestuosa necedad.

Al lado de él, Cyrano, tipo del talento y de la gracia, de corazón valiente y tierno, lleno de grandes virtudes, no merece ni si-

quiera la atención de Roxane, quién, ciega con su amor, no comprende el vacío del espíritu de Christian, ni se apercibe de la ingeniosa intriga que se desarrolla en rededor suyo.

Este pensamiento profundamente humano, que se ve en todas partes realizado, se halla magistralmente desenvuelto en la trama de esta pieza.

Se observa allí que el espíritu sólo triunfa de los atractivos físicos, cuando está revestido con la careta de la hermosura.

Roxane se enamora de las frases, llenas de *sprit* y ternura de Cyrano, porque ellas brotan de los labios del bello Christian.

Si el desgraciado Cyrano pronunciara esas mismas palabras mostrando la fealdad de su rostro, de seguro, que ella le respondería con una sonrisa de ironía.

Por eso Cyrano, que era un filósofo conocedor de la vida y que sabía comprender la frivolidad de la mujer, se contentaba con decir, por boca de Christian, todos los finos pensamientos y todas las esquisitas ternu-

ras que nacían de su noble corazón. Y así, cumpliendo con el fuego de un sentimiento propio, el deber de honor que se había impuesto, él seguía alimentando, con su talento, el amor de Roxane por Christian.

Cierta vez ella le da una cita á media noche en el balcón de su propia casa. Cyrano, envuelto en los misterios de la oscuridad, acompaña á Christian en este delicado paso.

Roxane es puntual en salir al balcón á la hora convenida y allí, con la voz entrecortada por la emoción y el temor de ser sorprendida, pregunta á las sombras por Christian. Un eco le responde: es él, que en compañía de Cyrano, le aguardaba apostado en una encrucijada oscura de la calle.

Esta escena, llena de las vaguedades del misterio, hace sentir en el espíritu cierta impresión de zozobra inquieta y produce una sensación de sobresaltos y sorpresas.

Se ve allí avanzar á Christian, hacia el balcón suspendido, envuelto en su capa de caballero gascón: allí Roxane lo espera an-

helosa, y le dirije las palabras más dulces y tentadoras.

"¡Oh! mi querido Christian, le dice, quiero, por fin, oir de tus propios labios esas frases divinas con que sólo tú sabes describir tu amor." "Quiero verte de cerca y gozar de tu espíritu inspirado por los ángeles."

Christian se encuentra mudo é incapaz de responder á las delicadas frases de Roxane. Ella se extraña; le pregunta con sorpresa por qué no habla y por qué su lira admirable de poeta no le hace oír alguna de sus armoniosas estrofas.

El calla de nuevo y por último responde con unas cuantas palabras torpes y sin intención galante. Roxane lo desconoce y quiere cerrar la puerta de su balcón, creyéndose víctima de una emboscada, pues no acierta á figurarse sea el mismo Christian, que ella adora, quien está allí haciendo un papel de necio enamorado.

Entonces Cyrano, que hasta ese momento ha permanecido algo retirado, se aproxima al balcón de Roxane y principia á

hablarle fingiendo la voz de Christian. Todo cambia de súbito: ella dice que en ese acento, suave, que semeja las notas de una harpa, reconoce la voz de Christian y que esas frases ingeniosas y sentidas de amor, no pueden ser otras sino las suyas. Roxane siente subir los impulsos de su ardiente pasión á medida que Cyrano, por boca de Christian, sigue pronunciándole frases de amor adornadas con todas las flores de su imaginación fecunda y expresadas con el acento conmovido y varonil de un hombre enamorado.

En un arranque frenético de entusiasmo, Christian le dice á Roxane que está vehemente por sentir el perfume de sus labios, por darle, al fin, el primer beso de amor... Roxane vacila; pero desea y luego Christian refuerza sus ímpetus y con voz palpitante, le dice: que le permita sellar en sus labios un juramento sagrado de amor; que él le desea decir un secreto delicado en la boca; que necesita pasar á su lado un instante del infinito, que deja en los labios un

gusto á flores. Una comunión celestial de dos almas que se abrazan; una manera deliciosa de aspirarse y de sentirse el corazón; un modo de gustarse el alma en el borde de los labios; eso es lo que te pido, mi encantadora Roxane; ese es un beso!

Roxane, fascinada por las palabras de Christian, no resiste más y le dice que suba á su balcón: allí ella le aguarda anhelosa, con los brazos abiertos y se confunden en un beso apasionado y frenético.

Cyrano mira desde abajo esta escena, provocada por los arranques de su genio, y al ver allí al objeto querido de su amor en brazos de un estraño tiene frases de cruel amargura y por último dice: "¡Ay! Y ella no sabe que al besar á Christian está besando á mi propio espíritu"...

De súbito esta escena se interrumpe con la aparición de un monge capuchino que, á tientas por la oscuridad, busca la casa de Roxane, con el fin de entregar una carta que se le ha confiado.

Cyrano se impone de todo esto y ve que

Roxane está envuelta en una intriga y es preciso no perder tiempo.

Habla con Christian, diciéndole que el señor de Guiche, comandante de las fuerzas destacadas en la plaza de Arras y poderoso caballero, está enamorado de Roxane y le escribe solicitando su mano.

De acuerdo con Roxane, se combina allí mismo el matrimonio y el propio sacerdote que sirvió para traer la carta del señor de Guiche, se encarga de ponerles la bendición. Mientras se celebra la ceremonia, queda en la puerta velando el hidalgo Cyrano, y luego tiene que habérselas con el mismo señor de Guiche, que inquieto por no ver llegar al capuchino, venía á tomar noticias.

Quiere entonces él entrar á casa de Roxane; pero Cyrano, haciendo lujo de *esprit* y de imaginación, le relata una serie de aventuras maravillosas, sucedidas en su viaje á la luna y logra entretenerlo durante un cuarto de hora, el tiempo necesario para terminar la ceremonia del enlace. Cuando el señor de Guiche abre la puerta para entrar,

salen en ese momento de la casa, Roxan del brazo de Christian i ella presenta á su novio á su alto pretendiente hábilmente burlado.

De Guiche, comandante en jefe de todas las tropas, para vengarse de esta atrevida afrenta, ordenó que esa misma noche saliera en campaña contra los españoles y se apostara en la línea más próxima al enemigo, la tropa de gascones mandada por Cyrano de Bergerac.

La represalia era cruel, pero hubo que cumplirla: no tuvo la desgraciada Roxane noche de bodas; y una hora después de su enlace despidió, anegada en lágrimas y en sollozos, á Christian que iba á exponerse á todos los peligros de una guerra encarnizada y sin cuartel.

Las escenas del campamento que vienen en seguida son animadas y enérgicas: en ellas se puede observar el valor y el arrojo del soldado gascón, buscador de peligros, como ambicioso de glorias.

Allí en el vivac, de igual modo que en las

contínuas escaramuzas del enemigo, Cyrano era siempre el más intrépido y el espíritu más alegre y vigoroso. Todas las noches burlaba la vigilancia de los centinelas enemigos y atravesaba las líneas de sus fuegos para ir á dejar una carta á Roxane, escrita á nombre de Christian.

Un día Roxane, inquieta ya por la prolongación del sitio, se arriesga á ir en persona, atravesando por medio de los españoles al campamento de los bravos soldados gascones. Cuando hasta allí se le ve llegar, burlando los peligros, todo el grupo de soldados la recibe con las demostraciones más entusiastas de alborozo. Ella les lleva á todos buenas provisiones de víveres frescos; se improvisa allí un banquete en el campo raso y todas las copas se levantan para brindar por Roxane, á quien se ha aclamado como la jefe del escuadrón.

De sorpresa se turba esta alegre fiesta por un toque de alarma, anunciando una avanzada del enemigo sobre las líneas de los gascones. Con enérgica rapidez y vale-

roso brío se ponen todos de pie, toman sus armas, y Cyrano á la cabeza, se dirigen resueltos sobre el grupo de españoles que marchaba sobre ellos. Roxane sola queda escondida en la tienda de Cyrano, esperando con el espíritu sobresaltado el resultado de este lance.

Luego se siente el fragor de la lucha, los disparos de los fusiles y cañones, principian á oírse los ayes de los heridos, el ruido de las corazas al arrastrarse por el suelo, las cargas de caballería se estrellan con ímpetu furioso; una atmósfera cargada de pólvora lo envuelve todo, haciendo sentir la ilusión verdadera de un combate encarnizado y violento.

En medio del agitado movimiento de la lucha, aparece un guerrero herido que llega arrastrándose penosamente por el suelo hasta la tienda en donde había quedado Roxane. Era Christian, que venía herido de muerte, á ver por última vez á su esposa, de quien un destino implacable lo había siempre separado.

Ella, al verlo en ese estado, da un grito desgarrador y cae al suelo desvanecida. Luego llega Cyrano, que había seguido de cerca á Christian después que lo vió caer herido, y consigue hacer volver en sí á Roxane.

Ella se incorpora y quiere hablar con Christian: él á su vez lucha con la agonía para poder decir algunas palabras á Roxane. "Tengo que revelarte un secreto", alcanza á decirle; Cyrano comprende que ese secreto es la delación de su amor oculto por Roxane; quiere, tal vez, decirle que todas sus cartas son escritas é inspiradas por Cyrano; éste finge entonces con prontitud, un pretexto hábil y consigue que Christian no concluya su frase. Momentos después él expira en brazos de Roxane.

Cyrano le besa la frente, diciéndole con el acento tembloroso de emoción: "que el mármol de tus hermosos labios encierre para siempre en una tumba de piedra, el secreto de mi amor desventurado."

. . . . . .

Pasan después algunos años, en los cuales Roxane se retira á un convento á llorar sin consuelo su viudez. Ella no ha conocido á Christian sino por sus cartas y por las delicadas manifestaciones de su gran espíritu; ella conserva todo esto como un perfume sagrado, del cual siente la vida, y siente también llegar hasta su pecho, sólo con el recuerdo del espíritu de Christian, las brisas siempre frescas del amor.

Es la virgen ideal que vive en una unión espiritual de afectos con un ser que ha muerto, dejando prendida en ella la llama de su espíritu.

Sólo un viejo amigo, que le hace recordar á Christian, va todos los días á acompañarla en la romántica soledad de su retiro.

Es el bravo Cyrano de Bergerac, quien mantiene siempre un culto inextinguible y noble por Roxane; pero que jamás se atreve á revelárselo, creyendo caer en el ridículo.

Todas las tardes, á la hora del crepúsculo, llega Cyrano al convento trayendo los pe-

riódicos y las noticias del día, que, como ecos perdidos del mundo, oye Roxane de boca de su fiel y leal amigo. Mientras él lee ó relata historias guerreras, Roxane se ocupa en bordar paños sagrados. Siempre los sorprende la noche en estos dúos íntimos de afectuosa amistad; y ella muchas veces le pide á Cyrano que le hable de Christian, pues, oír su nombre y conocer todos los detalles de su vida, es su único consuelo. Cyrono hace volar su fantasía y reviste á Christian con la capa de un héroe, con el sólo objeto de endulzar las tristezas de Roxane.

Otras veces ella saca de un cofre las cartas de Christian y le pide al buen Cyrano que se las lea, porque sólo él sabe darles acento de ternura y sentimiento.

Cierto día una partida de enemigos de Cyrano lo asaltan á traición por la calle y lo hieren de muerte. El busca á alguien que le vende sus heridas y le detenga, siquiera por un corto tiempo, la hemorragia de sangre que lo tiene casi sin vida, con el fin de

poder ir, por última vez, á hacer su habitual visita a Roxane.

Su vigoroso espíritu se sobrepone á los dolores y á los crueles quebrantos físicos, y como era de costumbre, se presentó ese día en el convento de Roxane.

Era en una tarde melancólica de otoño cuando iba á morir aquel idilio heroico y abnegado que mantuvo oculto durante su vida el noble y valeroso Cyrano de Bergerac.

En la soledad del claustro no se oía sino el ruido siniestro de los hojas secas, arrastradas por el viento, junto con el murmullo de las plegarias de las monjas que rezaban bajo los árboles del jardín.

Cyrano, con el semblante cadavérico, andando con pasos lentos y difíciles, esperó para entrar, un momento de avanzada oscuridad, con el fin de disimular de este modo la gravedad de su estado, revelada en su aspecto demacrado.

Al llegar se sentó bajo la encina en donde le aguardaba siempre Roxane: ella, al verlo entrar con algún atraso en la hora habitual

y notando la palidez de su semblante, preguntóle, con muestras de cariñoso interés, si se sentía algo enfermo ó si necesitaba acaso algún cuidado. El, llamando en su auxilio toda su invencible energía, le respondió con una carcajada, diciéndole que su salud jamás había estado mejor que en ese día.

Conversaron algunas palabras sobre los sucesos del día y luego Roxane, pasándole una de las cartas de Christian, le dice que la consuele leyéndole esas frases inmortales del talento admirable de Christian.

Cyrano puso aquella vez toda la suave dulzura de su espíritu moribundo para pronunciar estas palabras que le nacían del corazón: á medida que seguía la lectura, la oscuridad se hacía más y más densa; llegó un momento en que ya no podía verse nada y sin embargo Cyrano continuaba leyendo con temblorosa emoción.

Roxane se sorprende entonces, aproxímase á él; ve que la carta está en el suelo y que él, no obstante, sigue repitiéndola de memoria.

¡Ah! ¿qué misterio es este; le dice confundida? ¿Cómo usted puede saber los pensamientos de Christian?

¿Acaso ¡oh! gran Dios, ¿es usted, mi fiel amigo Cyrano, el que inspiró á Christian esas palabras divinas?

¿Acaso es de usted toda la pasión que él me reveló en sus cartas?

¡Ah! Sí, le dice Cyrano con voz trémula y poniéndose de pie, yo soy el que he amado á usted más que á mi propia vida: yo la he amado con una pasión celeste; usted ha sido mi sueño ideal, mi gloria; una llama escondida me ha consumido en silencio; sólo con mi último aliento, con mi última gota de sangre puede desaparecer mi amor; ahora puedo ya confesárselo, sin temor, porque estoy herido de muerte y luego todo va á concluir en mí. . . .

Quiere continuar una frase más y cae desplomado al suelo, agitado por la fiebre y exánime por la sangre que sigue perdiendo de su herida.

Roxane pide auxilios á grandes voces y

acuden las religiosas del convento, un sacerdote y toda la gente vecina; se va en busca de un médico y hacen reposar á Cyrano sobre un lecho improvisado. De súbito él, en una exaltación nerviosa, en un arrebato de la fiebre, vecino á la muerte, se incorpora con bríos de su lecho, saca su espada del cinto y se pone de pie pronunciando frases entrecortadas y delirantes.

"Un Cyrano de Bergerac, dice, muere de pie; muere con la frente alta, levantada al cielo, tal como ha vivido. Un Cyrano de Bergerac, que ha librado mil batallas triunfando siempre, no le teme á la muerte y la espera con la espada en la mano."

Pero luego le asalta el estertor de la agonía, y aquel tipo del valor, de la nobleza y de la hidalguía, esta personificación sublime del talento, de la abnegación y todas las grandes virtudes humanas, cae allí, revolcándose, como un león herido, en el suelo, con las manos crispadas, luchando aún en las garras mismas de la muerte.

Roxane, que sólo en aquel momento ha

comprendido toda la grandeza de ese noble corazón, toma entre sus manos su cabeza y besa y llena de lágrimas su frente.

El agita, por último, con los movimientos nerviosos de esa cruel agonía, su altiva cabellera y quiere, desde el seno de la muerte, dirigir la postrer mirada al amor de toda su vida.

Pero sus ojos ya no pueden mirar; se oye un violento gemido, un estertor final, y su gran espíritu, desprendido de su cuerpo de titán, se va á iluminar el mundo de los héroes.

En la tumba de Bismarck

Aquel día, próximo al de la muerte de Bismarck, las viejas encinas y los robles altivos de los bosques seculares de Friedrichsruh estaban mustios, inclinados al suelo, como abatidos al impulso de una ráfaga tempestuosa: parecían llorar aún la caída del roble gigante de esa selva.

Todo aquel hermoso sitio, rodeado de árboles enormes y cubierto de prados de verdura, en donde el Gran Canciller dejó correr sus viejos años, respiraba entonces la atmósfera sombría de la muerte.

No se escuchaba en el bosque ni un canto

de las aves, ni un murmullo de las fuentes, ni una voz, ni un solo paso, ni un sonido; y sólo se percibía, de tarde en tarde, el rumor monótono del viento que, al agitar las altas copas de los árboles, hacía escuchar algo como un ruido de esqueletos.

Luego después, como para despertar el espíritu á la vida, se sentían, á lo lejos, los ecos doloridos de unos ahullidos de perros—los perros favoritos de Bismarck—que lloraban, con sus gritos salvajes, la ausencia de su amo.

Esa selva imponente, iluminada en otro tiempo, por los destellos de un gran espíritu, se había convertido, después de la muerte de Bismarck, en un rincón solitario de melancólica tristeza, en donde el dolor había abierto una honda huella . . .

El pueblo alemán antes de pensar en erigir allí un monumento á su memoria, le hizo una hermosa manifestación de espontánea simpatía. El día de su muerte, todos, desde el Emperador, los Príncipes alemanes y los grandes señores del Imperio, hasta el último

labrador de los campos, fueron á Friedrichsruh á dejarle un tributo, grande ó pequeño, de sincera afección.

Con todas estas ofrendas se levantó un altar de flores, de coronas, de palmas y ramas verdes en su modesta habitación; y su ataúd descansó sobre un lecho de flores,—símbolo de gratitud y amor. El Canciller de hierro bajó á la tierra cubierto de laureles y rosas que llevaban el perfume del sentimiento de un pueblo de bravos.

¿Y cómo un pueblo podía dejar de rendir tal homenaje al obrero infatigable de toda su grandeza, al hombre de carácter de acero y de talento gigante que después de una lucha, porfiada y tenaz de medio siglo, logró darle una patria poderosa, unida y próspera?

¿Cómo allí, ante el espíritu de Bismarck, símbolo de la grandeza alemana, no iban á agitarse los impulsos de la gratitud, junto con los ímpetus del orgullo patriótico, en esos pechos esforzados y valientes de la raza germana?

Por eso es que todos ellos, fieros de las

glorias de Bismarck, no vieron en su muerte sino un paso á la inmortalidad. Desde ese día él dejó de ser un hombre para convertirse en el espíritu de una gran idea, de un principio nacional de gobierno que todos respetan y saben apreciar.

Desde ese día también su historia, en la cual están comprendidas todas las páginas brillantes de la Alemania moderna, se ha grabado, con letras de oro, en la memoria del pueblo, que sabrá hacer con ella una hermosa leyenda de moral patriótica, de rectitud, de valor y de todas las más relevantes virtudes cívicas.

Las generaciones venideras, cuando lean esas páginas, engrandecidas por el tiempo, creerán, talvez, que fué un mito la existencia de un hombre que, después de obtener grandes triunfos con las armas, consiguió organizar un poderoso imperio compuesto de muchas naciones diferentes.

A medida que corran los años, su obra, haciéndose cada vez más sólida, se irá haciendo cada vez más grande. Su alto pen-

samiento político, puesto en obra en combinación con sus hábiles manejos diplomáticos y sus planes militares, de concentrar todas las fuerzas aisladas de la antigua confederación germánica en una sola mano, es la piedra angular sobre la cual descansan los cimientos del robusto edificio del Imperio Alemán. Soldar en seguida esta unión sobre la preponderancia militar de la Prusia y sobre el prestigio y la tradición de una casa imperial, fué el digno coronamiento de tal obra, de la cual Bismarck fué, al mismo tiempo, el cerebro y el brazo.

.....

El día de nuestra excursión á Friedrichsruh, después de visitar su morada y de recorrer los bosques, fuimos á ver el sitio en donde, según las últimas disposiciones de Bismarck, debe levantarse su tumba.

Allí frente á la casa en que vivió sus últimos años, sobre una planicie sombreada por el follaje de corpulentas encinas, en donde se encuentra el famoso grupo del ciervo, obsequiado á Bismarck como recuerdo

de una cacería, se estaban principiando los trabajos de esta obra fúnebre.

Un grupo de rudos trabajadores sacaban de allí paladas de tierra para abrir la fosa en que debe reposar Bismarck. Nos conmovió profundamente este cuadro de tonos sombríos, de efecto dramático, que nos traía á la memoria la escena de los sepultureros del Hamlet.

Nuestra imaginación, exaltada por los recuerdos, se figuraba ver allí ya construído al pie de esa romántica colina, adornada por la verdura de los bosques eternos, un pórtico griego, tallado en piedra, en donde reposaban las cenizas de Bismarck. En el interior de ese santuario había una alegoría fúnebre de su vida.

Se veía una vestal de mármol sosteniendo en sus manos la llama inextinguible del fuego sagrado; una severa figura de la Germania, vestida de acero, con la espada desnuda, guardaba el casco guerrero de Bismarck, en el cual bate sus alas el águila imperial, emblema de la unidad alemana;

en la puerta del templo un león velaba su sueño; en las paredes y en el suelo de aquel santuario veíanse muchos laureles frescos, y al pie del sarcófago nada más que el nombre de "Bismarck" grabado con grandes letras de oro.

Á este sitio histórico, que luego deberá consagrarse de un modo solemne, irán durante siglos los hijos de la raza germana á prosternarse ante el espíritu del gran hombre que ahí reposa.

Esa tumba, como la de los Gracos de la historia, será una escuela de alta enseñanza patriótica, á donde irán á inspirarse en los nobles ejemplos del valor cívico los hijos de las generaciones venideras.

La figura severa, enérgica, de Bismarck, que muestra en su ceño, así como en su fisonomía política, los rasgos más vigorosos del patriota hace recordar, en nuestro tiempo, aquel tipo inmortal de Cornelia,—madre de los Gracos y personificación gloriosa del patriotismo en los tiempos antiguos.

Ese santuario será, además, un sitio pia-

doso de peregrinaciones nacionales; y tal como los griegos, en los tiempos helénicos, iban todos los años, en primavera, á recoger los primeros brotes de las flores y de los bosques para depositarlos sobre las tumbas de sus héroes, así los germanos, mientras vivan unidos, irán á los bosques de Friedrichsruh á cortar los brotes más tiernos de las viejas encinas para adornar con ellos el lecho de piedra en donde duerme Bismarck.

La casa de Miguel Angel

En Florencia, en la vía *Buonarotti*, hay una modesta casa, hoy convertida en museo, en la cual se dice que habitó Miguel Ángel durante los primeros años de su vida.

Las paredes de esa sencilla habitación están adornadas con los bocetos, los dibujos al lápiz y otras obras originales de Miguel Ángel, conservadas allí, con orgulloso respeto, por los miembros de su familia á quienes él dió lustre y nombradía universal.

Por un lado se ve un estudio de la cabeza de su famoso *David*, inmortalizado más

tarde en un soberbio trozo de mármol de Carrara.

Por otro se pueden ver algunos croquis de los inimitables estudios anatómicos de aquellos cuerpos humanos á los cuales él dió vida y expresión real en las paredes de la capilla Sixtina, en su fresco maravilloso del *Juicio final.*

Ahí, al lado de un bosquejo cuyas líneas trazadas al vuelo, sin preocuparse de las reglas del detalle, está demostrando el poder creador de su mano, inspirada por un genio oculto, se observa una pintura acabada, perfecta, de una Madona que él, talvez, pintó en algún arrebato de su ardorosa fe cristiana.

En las vidrieras y estanterías que rodean las paredes de algunos de los cuartos de la casa, están los planos para la restauración de San Pedro, hechos por él á pedido del Papa Julio II. Se ven también allí sus proyectos arquitectónicos para la construcción de la capilla que le habían encomendado los Médicis, en Florencia. Y, junto á todo esto,

se notan allí, haciendo un extraño contraste, sus trabajos de ingeniería militar para la fortificación y defensa de Florencia, cuando estuvo ésta atacada por los enemigos de los Médicis.

En algunos de esos estantes hay cartas autógrafas suyas dirigidas á los Papas, á los soberanos, á su padre, hermanos y amigos, en las cuales se revela como un hombre de gran corazón, de delicados sentimientos y del carácter más noble y más digno al mismo tiempo.

Todos sus biógrafos están de acuerdo en afirmar que Miguel Ángel, junto con ser el talento artístico más poderoso que ha producido la humanidad, fué hombre de gran virtud y de alma abierta y generosa.

Sin duda ha sido esta hermosa unión del talento y de la virtud la que hizo de él un sér excepcional que mostró, en sus obras y en su vida, muchos rasgos extra-humanos.

En las paredes de su casa,—monumento silencioso pero elocuente de los primeros impulsos de su genio,—se ven algunos bajo

relieves, inspirados en asuntos mitológicos, hechos por él en su juventud, los cuales dejan ya vislumbrar la mano del autor de la tumba de los Médicis, del Moisés, de la Pietá y de tantas otras obras inmortales, que él creó para dar, talvez, al mundo una muestra del límite hasta donde puede llegar la concepción humana.

Allí, en su casa, se puede ver el génesis de su carrera artística y los testimonios de su talento, tan variado como extraordinario.

Ahí están vivos sus ensayos de escultor, hechos en tosca piedra, sin cuidarse de la factura material,—lo cual fué siempre un rasgo distintivo de su carácter de artista,—pero pudiendo, apesar de esto, arrancarle á la piedra, un latido de vida ó una expresión humana que parece decir un pensamiento.

Ahí están, al mismo tiempo, reunidos sus primeros bocetos de pintor, sus proyectos de arquitecto, sus planos de ingeniero, sus autógrafos de hombre de letras y de poeta de corazón, atestiguando con ello el poder

extraño de esa naturaleza privilegiada que abrazó, como uno solo, todos los más variados ramos del arte y de la ciencia.

Allí en su vieja casa se conservan todavía algunas páginas de la "Divina Comedia" que él durante su vida leyó siempre con la veneración de un artista, y en la cual encontró la fuente divina de sus más hermosas creaciones.

Alguien ha dicho que Miguel Ángel anduvo durante su carrera artística al lado del espíritu del Dante, así como éste caminó al lado de Virgilio, en su peregrinación por las regiones misteriosas del *más allá.*

Esta es una hermosa idea que da á conocer el origen de la poesía sublime en la cual están inspiradas las obras de Miguel Ángel.

Siendo el Dante el poeta y Miguel Ángel el artista, ¡ah! bien se comprende que el fruto de esta unión, de los dos espíritus más poderosos del Renacimiento, fuera el más elevado y el más perfecto de cuantos ha producido el genio humano!

Una estrofa de la "Divina Comedia" tra-

ducida en el mármol por la mano de Miguel Ángel, tenía que ser una obra inmortal de belleza, de armonía y de verdad.

El grupo de *La Pietá*, de la Basílica de San Pedro en Roma, en el cual se ve una Virgen joven, una verdadera virgen, sin rastros de maternidad, con su hijo divino muerto sobre sus brazos, se halla inspirado, á juicio de uno de sus biógrafos, en este verso de el Dante:

"*¡Oh! Virgen madre, hija de tu hijo*".

Miguel Ángel ha querido hacer, en esa obra, una madre ideal, de la edad de su propio hijo, distinta de todas las concebidas hasta entonces por los artistas; una virgen-madre, de pureza intacta, tal cual la reconoce la Iglesia en sus misterios. -

Miguel Ángel con su *Pietá* y Murillo con su *Inmaculada Concepción*, son los dos artistas que más se han acercado al ideal divino y los que, con mayor fe, han interpretado la virginidad de María.

No obstante la belleza de ésta y de otras de las obras de Miguel Ángel que hay en

Roma, no es en ellas en donde puede admirarse el mayor impulso de su concepción artística. Es en Florencia, en un sitio próximo á su casa,—la tumba de los Médicis, —donde él dejó palpitando en el mármol el calor de su propia vida, el aliento generoso de su alma, los pedazos de su corazón de patriota y de artista destrozado cruelmente por los entonces tiranos que oprimían á Florencia, su tierra natal.

Para llegar á comprender el alcance profundo, el pensamiento filosófico que encierra esa obra de Miguel Ángel, es preciso conocer la historia de Florencia en la época en que él trabajó las esculturas que adornan la tumba de los Médicis.

El Duque Maximiliano,—hijo natural de Lorenzo de Médicis,—hombre de carácter cruel y de instintos tiránicos, amenazaba apoderarse de Florencia en ese tiempo. Todos los buenos ciudadanos preparaban la defensa, y Miguel Ángel, á la cabeza de ellos, gastaba toda su actividad en dirigir la construcción de las fortificaciones para

proteger la ciudad, próxima ya á ser sitiada.

No obstante la bravura y la enérgica defensa de los florentinos, Maximiliano entró á saco en la ciudad y se hizo dueño del gobierno. Persiguió con furia á los que habían encabezado la resistencia y entre éstos estaba, en primera fila, Miguel Ángel, que para escapar de su venganza se refugió en un convento.

Allí permaneció durante la primera época del oprobio de Florencia, y después, mediante su alto prestigio ante el Vaticano, el Papa Clemente VII intercedió por él y Maximiliano tuvo que respetar su persona y sus bienes.

Fué entonces cuando él se puso á trabajar en la tumba de Lorenzo y de Julián de Médicis, sus protectores y amigos y los espíritus más avanzados de su época. A Lorenzo de Médicis, principalmente, le debe el arte del Renacimiento sus mejores triunfos, porque él fué el generoso é inteligente protector de todos los grandes artistas.

Se comprende cuál debió ser la amargura y el rencor que abrigaba Miguel Ángel en su alma, encontrándose extranjero en su propia patria y viendo que ésta se hallaba despedazada por la mano de un tirano, que era un vástago odioso y torcido de los ilustres Médicis, á quienes él iba á inmortalizar en el mármol.

Tal fué su situación de espíritu al principiar esta obra, á la cual lo impulsaba un deber de gratitud hacia su magnámino protector y un viejo compromiso que había contraído con los descendientes de los Médicis.

Sus sentimientos de patriota oprimido, el eco indignado de su corazón de hombre honrado, la protesta furiosa de sus aspiraciones de hombre libre están expresadas, á grandes voces, en la fisonomía de la *Noche* y del *Día*, de la *Aurora* y del *Crepúsculo*, sus esculturas inmortales, — obras de un Dios más que de un hombre,—que están colocadas sobre la tumba de Julián y Lorenzo de Médicis.

La figura de la *Noche*, representada por una mujer que parece dormir un sueño sobresaltado y lúgubre, al lado de un buho, tiene un poder tal de emoción que cùando se mira, conociendo la historia que la inspiró, el espíritu se sobrecoge y se aterra, como si uno se encontrara entre las sombras de una noche siniestra, de oscuridad eterna, sin esperanzas de aurora.

Es la noche de la desesperación, del insomnio febril, la que evoca los malos espíritus y las aves de mal agüero, la que allí se ve representada.

Esa era la noche en que vivían los patriotas de Florencia, atados á un yugo odioso, sin esperanzas de ver la aurora de la libertad.

Al pie de esta escultura un poeta de esa época escribió una estrofa á escondidas de Miguel Ángel, y éste le contestó allí mismo con otro verso, en el cual se manifiesta el pensamiento que le sugerió la figura de la *Noche*.

La estrofa del poeta florentino dice así:

"*La Noche que tú ves dormir en esa dulce actitud, fué esculpida en este mármol por la mano de un Ángel: ella vive, puesto que duerme. Despiértala si no lo crees y ella te responderá*".

Y Miguel Ángel respondió con esta estrofa: "*Dulce me es el sueño y me es más dulce aún ser de piedra. Mientras el mal y la vergüenza dure, no ver y no sentir es gran ventura. Guárdate de despertarme y habla bajo*".

Cuando se leen estas estrofas admirables y se observa la expresión de la *Noche*, que parece estar repitiendo esas palabras llenas de amargura y de dolor, se siente una extraña impresión en el espíritu; algo que sobrecoge y hace *hablar bajo* por temor de profanar el dolor de esa *Noche* que llora, aún durmiendo, las desgracias de su patria.

Al lado de la figura de la *Noche* está allí la del *Día* que Miguel Ángel dejó en bosquejo y nadie, después de él se ha atrevido á tocar.

Inconclusa, como se encuentra aquella

figura, está revelando, en el gesto altanero que se desprende de su semblante, apenas diseñado, la altivez del carácter florentino, que no admite tiranos.

Frente á este grupo, sobre el sarcófago que guarda los restos de Lorenzo de Médicis, se ve, en primer término, un busto de mármol que lo representa y al pie hay una figura de mujer: la *Aurora*, y otra de hombre: el *Crepúsculo.*

La estatua de Lorenzo de Médicis, conocida con el nombre de *El Pensador*, es, sin duda, la que representa una idea más alta y la que está ejecutada con más intención en ese famoso grupo.

Lorenzo de Médicis,—el gran protector de las artes, el que tuvo la intuición de conocer á Miguel Ángel en la primera manifestación de su talento artístico,—está allí, inclinado sobre su mano derecha, en actitud meditabunda, pensativa. Se ven pasar por su semblante, iluminado por un rayo de inteligencia, muchas ideas, muchos grandes proyectos que acariciaba su espíritu.

El fué señor todopoderoso en Florencia pero su ambición lo llevó mucho más lejos y pensó en ser soberano de Italia. Es talvez esto lo que está pensando allí en ese mármol, en el cual está vivo su elevado espíritu.

Uno de los críticos de Miguel Ángel ha dicho que Lorenzo de Médicis se encuentra ahí en esa actitud, porque está meditando el consejo que le ha dado Maquiavelo en su libro "El Príncipe", cuya introducción le ha dedicado, llamándolo el salvador y el regenerador de Italia.

"Sed el Redentor, Príncipe ilustre, llevado hasta la altura en que os encontráis, por el talento, por la virtud y por la sangre, le dice Maquiavelo. Vos sois el elegido de Dios y de los pueblos.

"Por donde quiera que vayáis seréis recibido con fe y con amor".

Pensando en estas frases de seductor adulo, no es extraño que Miguel Ángel haya querido figurar, en esa estatua, á Lorenzo de Médicis. En todo caso, la idea del

crítico que la afirma es hermosa y muy digna de haber sido interpretada por Miguel Ángel.

Al pie del busto de *El Pensador* está la figura de la *Aurora*, otra obra maravillosa, digna aurora de la *Noche*, oscura y oprobiosa, que está allí, al frente, esculpida en el mármol.

La Aurora está representada por una mujer que parece desperezarse, con dolor, de un sueño pesado que la ha hecho insensible durante la noche. De su boca se ve exclamar una protesta desgarradora, cruel, en contra del nuevo día que va á alumbrar. Es aquella una triste aurora que sufre con su propia luz, porque ve el oprobio que la rodea. Una aurora que amanece con los labios amargos por la angustia que le producen las desgracias de su patria.

Ella se despierta con dolor y se queja diciendo: "¿Por qué, Dios mío, no haces eternas las noches? ¿Por qué no me dejas envuelta para siempre entre las sombras? ¿Por qué, ¡oh! Dios cruel, Dios inflexible,

me obligas á iluminar hoy, y mañana también, el triunfo y los placeres de los malvados que se han apoderado de mi patria?»

Al lado de ella se encuentra el *Crepúsculo*, representado por un hombre, en cuyo semblante se ve un gesto orgulloso, altivo, como diciéndole á los tiranos que jamás lograron verlo sometido.

Después de visitar la tumba de los Médicis se sale de allí con el espíritu triste, desolado, como si se hubiese ido hasta el templo mismo del dolor.

Hay allí sobre una tumba una tragedia viva en la cual se siente palpitar el alma del artista y donde se ven sufrir á esos seres de mármol, eternamente sumergidos en la noche negra del pesar.

Esta ahí latente el espíritu de un genio que es el que vive realmente en el mármol de sus obras: su sangre, su pensamiento, su altiveza, su orgullo de patriota y todo su sér moral se agita en aquellas piedras con alma.

Han transcurrido siglos y la humanidad

entera ha sentido un estremecimiento de emoción delante esas obras que llevan el sello de la belleza y de la verdad eterna.

La belleza artística ha triunfado de la muerte; y una aurora gloriosa, de luz perpetua, ilumina las obras de Miguel Ángel!!

En la Comedia Francesa

ERA, sin duda, el teatro de "La Comedia Francesa" lo que más nos interesaba conocer al llegar á Paris: habíamos oido, tantas veces, hablar de sus admirables representaciones, de sus eminentes actores, de la perfección maestra de su arte dramático, que realmente sentíamos un ardiente deseo de ver, por fin, esas soñadas grandezas.

El día siguiente de nuestra llegada fuimos tal vez los primeros en entrar al teatro: íbamos allí con toda esa apasionada vehemencia del recién llegado que busca con an-

sias las emociones y los mil encantos de París.

Aquella noche, memorable para nosotros, por ser ella la aurora de nuestro despertar á las delicadas emociones del arte verdadero, se ponía en escena *Denise*, uno de los dramas más conmovedores y humanos de Dumas.

El cuadro más selecto de actores desempeñaba los diversos roles de esta pieza.

Ahí se veía á Bartet, artista de corazón, que revela en su semblante la delicadeza exquisita de sus sentimientos, haciendo el papel de *Denise;* á Paul Mounet, el de Brissot, padre de *Denise;* á Le Bargy, el actor aristocrático y elegante por excelencia, inimitable en las comedias de salon, de corte mundano, en el rol de Conde de Bardannes, pretendiente de *Denise;* á la Reichemberg, la gran dama, aplaudida universalmente en la escena y en los salones, en el papel de Marta, hermana del Conde de Bardannes y compañera inseparable de *Denise;* á De Ferandy y Coquelín *cadet* en

los otros roles de esta pieza, en la cual todas las partes, aún las secundarias, estaban á cargo de un artista consumado.

Desde el primer movimiento de la escena, desde las primeras palabras que se pronunciaron, nuestra atención fué herida por una extraña impresión de vivísima sorpresa. Fué una súbita revelación de un desconocido *más allá* en el arte, del cual nosotros hasta entonces no teníamos ni una vaga idea.

Era esa la primera impresión de radiante luz artística que deslumbraba nuestra imaginación, oscurecida por la materialidad y la falta de horizontes artísticos de nuestro medio.

A medida que la representación avanzaba se nos iba, poco á poco, descubriendo el campo ilimitado y grandioso del arte dramático.

Veíamos llevadas á las tablas muchas escenas perfectamente reales de la vida; sentíamos palpitar las emociones y agitarse los sentimientos con calor, con ingenua naturalidad, con sinceridad, con abierta

espontaneidad; en fin, observamos la realidad misma de la vida. Parecía que cada uno de esos actores sintiera de corazón las impresiones que lo animaban en la escena.

Bien se podía ver allí que cada rol estaba interpretado de un modo inteligente y en perfecto acuerdo con la intención moral ó con el carácter que el autor había querido significar y poner en acción al escribir su obra dramática.

Cada uno de esos personajes tenía su carácter propio, individual, y estaba animado, ya en sus palabras, como en sus actos, de los mismos sentimientos que distinguían al personaje figurado.

En el semblante de cada uno de los artistas se podían ver reflejados, como en un espejo, las diversas situaciones de ánimo, y las impresiones é impulsos íntimos, sugeridos por el sentido y el espíritu de la obra en acción.

Un gesto de malicia, una mirada penetrante, intencionada, como comprendiendo con ella todo el alcance de una situación;

una sonrisa de ironía ó de burla, una expresión de placer y otra de enojo, un gesto de envidia ó de emulación, un movimiento de cólera ó de despecho, una impresión de dolor, un impulso de bondad ó de indulgencia, todas, todas las infinitas situaciones del espíritu se podían ver allí retratados en la fisonomía de esos artistas admirables.

Durante los diversos movimientos de la representación, los artistas se desempeñaban con una acción tan natural, tan llana y sin muestras de estudio ó artificio, que realmente uno se figuraba ver allí un grupo de amigos departiendo, á sus anchas, en un salón.

Todos sus movimientos eran elegantes, graciosos, sueltos, sin dejar notar ni un síntoma ligero de afectación.

Todos vestían trajes sencillos, pero elegantemente hechos, y llevados con gracia y donaire exquisito.

Concurría, sin duda, á hacer aún más viva la ilusión de estos cuadros, las perfecciones

de la *mise en scéne*, en la cual, todos, hasta los más ínfimos detalles de la realidad material de una escena, están copiados con un arte infinito.

Y á este conjunto armónico de la acción, de la expresión dramática y de la ilusión escénica, venían á unirse, en natural consorcio, la fluidez y la soltura del lenguaje, de un lenguaje galano y fácil, cuya dicción sencilla y elegante, á la vez, es un perfecto modelo del buen decir francés.

Cada una de aquellas frases se veían fluír naturalmente, con admirable despreocupación de los recursos teatrales, como una charla franca entre camaradas.

El teatro francés, inspirado en el teatro clásico griego, tiende ante todo á la completa naturalidad, á la perfecta verosimilitud en la escena: no tiene otro objetivo ni otro ideal que la copia de la realidad dramática de la vida humana para presentarla en el teatro con caracteres nobles, con rasgos sobresalientes, con notas emocionantes y conmovedoras que no sobrepasen la verdad

natural de las cosas posibles; y, por último, tiende á armonizar todos estos elementos, copiados de la realidad, con un asunto moral ó de tesis social que sea el fin y la razón de la obra dramática.

A imitación también del teatro clásico griego, el teatro francés, y sobre todo, el de la Comedia Francesa, que es donde el arte dramático ha llegado al grado más alto de perfección, se vale de todos los medios y recursos materiales, indumentaria, decoración y demás accesorios exteriores, á fin de completar en la escena, ayudada por los efectos de la óptica, la ilusión en que es preciso mantener al espectador.

Es por esta hábil combinación de todos los resortes teatrales que uno allí consigue engañarse á sí mismo, durante la representación, creyendo estar en el propio sitio en donde tienen lugar estos sucesos.

Mediante esta ilusión se siente allí entonces un apasionado interés por el desarrollo de la escena, cuyos movimientos y desenlace despiertan en el ánimo del espectador

toda la viva atención que puede provocar un hecho real.

Á veces, intriga con tal fuerza la acción dramática que se van siguiendo nerviosamente, con el espíritu agitado por una extraña emoción, los hilos de la trama y se aguarda con vehemencia, con temor é inquietud el desenlace.

Es curioso observar allí la comunidad perfecta de ideas y sentimientos que, durante el calor del drama, se establece entre los actores y el público.

El actor logra darle tal expresión de verdad al papel que representa que el espectador siente á veces por él un impulso de verdadera simpatía y en otras un movimiento real de odio, según sean el carácter y las tendencias que él encarne en la escena.

Allí uno se alegra y se sonríe con el triunfo de la inocencia, de la rectitud y de la verdad y siente una gran satisfacción en el espíritu cuando la virtud y el deber obtienen su merecida recompensa.

De igual manera allí el ánimo se entristece y se experimentan los ímpetus de la venganza y del despecho, cuando se ven triunfando la maldad, la injusticia, el sórdido interés y la hipocresía, de los generosos impulsos del corazón.

Hay allí artistas que saben expresar con tal intensidad, con tal amor y convicción el carácter noble y la bondad de espíritu de los personajes que representan en la escena, que el público sufre, se agita, se conmueve, se alegra y goza, rie y llora á la par con ellos. Si se les ve próximos á algún peligro y si están envueltos en alguna pérfida intriga se sienten deseos de ir en su ayuda y de levantarse en su defensa.

Asímismo hay otros, cuyos caracteres malévolos y torcidos, provocan un fastidio invencible y todos sienten placer al verlos caer en la desgracia.

Es algo como una corriente uniforme de inteligencia y de emoción la que allí se establece entre los espectadores y la escena.

Todo allí es espontáneo y natural: todo

fluye de los sentimientos que se agitan en la escena, como de un manantial inagotable de talento, de ingenio y de verdad.

Á veces se oye brotar del público una carcajada unísona, sonora, cuyo eco alegre va á repercutir en las bóvedas del teatro: alguna situación hábilmente cómica ha motivado esta risotada general, franca y abierta como una risa de niño.

Otras veces se nota dibujarse en los labios de todos una sonrisa maliciosa, provocada por algún espiritual juego de palabras, por alguno de los chispeantes *calembours* que los franceses saben combinar con una gracia inimitable.

En otros momentos todos los semblantes se ven iluminados por una expresión inteligente que hace brillar las miradas: es algún rasgo de *esprit*, que envuelve tanto ingenio como profundidad, el que produce en el público este movimiento de inteligencia.

Muchas veces, en medio del desarrollo de un drama, se siente correr en el teatro algo como un fluído eléctrico que hace cris-

par los nervios y produce un estremeci miento frio de emoción: es entonces cuando la cuerda dramática vibra en su más poderosa tensión, sacudiendo el espíritu con impresiones profundas.

Todo el público se ve agitado á un mismo tiempo, por igual sensación, y parece que esa vigorosa corriente tuviera en sí un secreto magnetismo, capaz de transmitir, por el contacto, una misma emoción á mil diferentes individuos.

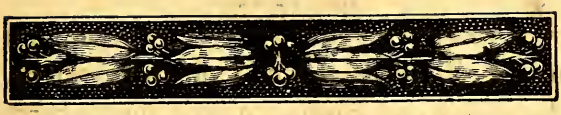
Después de una escena fuerte, palpitante, se oyen, en el teatro, los sollozos oprimidos y se ven correr muchas lágrimas. Todo esto es sincero: nacen estas lágrimas del corazón de un público delicado, sensible, fácil de conmoverse y de experimentar, con fuerza, las emociones que encuentran un natural desahogo convirtiéndose en llanto.

Allí, en ese soberbio palacio del arte, en donde están vivos y latentes todos los más hermosos sentimientos humanos, el espíritu se eleva hasta las nubes en alas de aquellas

maravillosas concepciones del talento, que idealizan y ennoblecen la vida.

Uno llega á figurarse que durante el tiempo que allí ha pasado, ha estado viviendo en un mundo superior, en una región ideal del espíritu, adonde no llegan sino los sentimientos nobles del corazón y los impulsos elevados del talento.

Y realmente allí se vive en un mundo superior, poblado por todos los genios del arte, cuyos espíritus inmortales mantienen siempre encendida la luz en el santuario de aquel templo secular del arte dramático.



Luz y Sombra

"Lo que más sorprende en la pintura de Rembrandt es el poder, el vigor, la fuerza y la luz. El es el único que ha sabido representar la vida en su grado de mayor intensidad. Sus personajes son vivos, palpitantes: parecen hablar y agitarse en las corrientes de la vida. El, con su pincel inimitable, resucita y reanima toda una época pasada.

"A este don maravilloso de la interpretación artística, se une la bondad y la delicadeza de su corazón que late en presencia de todas las miserias y que vibra con todas las emociones y con todos los placeres hu-

manos. El no pertenece á ninguna escuela. Ha abierto un camino nuevo que se cerró después de su muerte. Su cuna es de todos los países, porque su genio artístico es universal. Es Rembrandt y esto basta.»

Con estas hermosas frases, llenas de verdad y de entusiasta admiración, León Bonnat—el pintor más en boga que hay actualmente en París—expresa su juicio sobre la obra de Rembrandt.

Toda la emoción, todo el calor que él manifiesta, al hablar de Rembrandt, no es sino la vigorosa expresión de lo que todos sienten al contemplar sus obras.

Ellas tienen el rarísimo don de conmover, con igual fuerza, á los iniciados en los secretos del arte, como á los simples profanos.

La belleza artística y los impulsos creadores del talento, cuando sobrepasan el nivel normal de las concepciones humanas se imponen universalmente á todos, con ese poder dominador que sólo tiene en sí lo que es eternamente bello y perfecto. Entonces no se necesita saber: basta sólo sentir.

Esta es una ley invariable de todos los tiempos y de todas las razas. Por esto Miguel Ángel, Rafael y Leonardo di Vinci que encarnaron el genio artístico del Renacimiento italiano, fueron laureados y protegidos por los Papas, colmados de honores y de riquezas por los Reyes y aplaudidos también con frenesí por todo el pueblo.

De igual modo Rembrandt, que encarna el genio de la verdad y de la vida en el arte, es admirado y comprendido por todos.

Artistas y profanos, desde hace dos siglos, sienten una extraña emoción delante de sus obras, todas las cuales llevan el sello de su mano maestra.

Los artistas, y particularmente los individuos del oficio, se han preguntado siempre, con viva sorpresa, cuáles pudieron ser los secretos procedimientos que empleó Rembrandt para lograr imprimir en sus telas esas admirables explosiones de luz, aquellos efectos mágicos de sombra, y todo ese juego maravilloso de colores, usados sólo

por él, y que son la nota original y propia de su obra.

Nadie hasta hoy ha conseguido ni siquiera imitar el carácter de su pintura, no obstante que él tuvo á su lado muchos inteligentes discípulos, que eran sus más entusiastas admiradores.

No han faltado tampoco algunos que han creído que Rembrandt usaba ciertas pinturas y barnices especiales, cuyas combinaciones él sólo conocía, y merced á las cuales conseguía producir en sus cuadros estos prodigiosos efectos.

Sin embargo, sean cuales fueren los secretos medios de la pintura de Rembrandt, todos están de acuerdo en reconocer en él un espíritu extraordinario, animado por un poderoso impulso artístico, por un soplo de genio creador, y dotado, á un mismo tiempo, del temperamento más sensible y apropiado para observar y llegar á expresar, con vigor, los misterios de la naturaleza y el calor de la vida.

Su espíritu apasionado sentía con tal fuer-

za las emociones, que él, en sus cuadros, lograba transmitir, con caracteres vivos y palpitantes, las diversas impresiones íntimas que lo agitaban. Por eso en muchas de sus pinceladas se ven reflejados los arranques de su emoción secreta; se ve correr la sangre y latir las pasiones en las figuras representadas en sus cuadros.

Al observar cualquiera de sus obras, aún aquellas cuya factura material es descuidada y caprichosa, se nota en el acto en ellas un síntoma enérgico de vida; se siente allí el poder de una mano maestra, impulsada por un fuego interno, que ha logrado imprimir en la tela un carácter, una pasión humana, ó una escena perfectamente real de la vida.

En algunos de sus cuadros, y principalmente en algunas de sus aguas fuertes y bocetos á la pluma, es donde mejor se observa la nota característica de Rembrandt. La primera impresión que ellos producen es realmente desastrosa: uno al principio cree ver allí algo como un manchón, negro, deforme, hecho toscamente con los dedos

llenos de tinta, y no percibe en ellos ni un rasgo de impresión artística. Pero cuando esas obras se observan con mayor detención y con cierto conocimiento y buen gusto, pronto se principia á descubrir en ellas el movimiento y la vida; y muchas veces se ve estallar, en medio de aquellos oscuros borrones, una explosión de luz que alumbra toda una escena ó realza la figura de algún personaje, el cual parece expresar allí, con palabras, el pensamiento genial que inspiró al artista.

En otras de sus obras uno se queda sorprendido al ver sus atrevidas, pero siempre admirables combinaciones de colores y de tonos.

Sobre un fondo negro intenso, él da, con el secreto de su arte, unos cuantos brochazos blancos y logra obtener un rayo de sol en medio de una oscuridad profunda.

Los contrastes de luz y sombra, él sabe presentarlos con tal conocimiento de los efectos ópticos que uno al verlos se queda deslumbrado y no atina á explicarse cómo,

con el recurso de dos colores, el artista ha podido producir una obra tan perfecta y hermosa.

Usa, á la vez, los coloridos más opuestos y muchas veces los más caprichosos, y los usa á su manera, en una forma tal que parece esparramar, á manchones, las pinturas sobre la tela sin cuidarse de darles finura, ni pulido; pero apesar de estos descuidos aparentes, siempre consigue dar armonía y realidad al sujeto que allí ha querido figurar.

Se ve, claramente, en todas sus obras, que él juega, á su capricho, con los colores de su paleta y con su pincel, despreocupándose, en absoluto, de todo estudiado convencionalismo y de todas las reglas adoptadas por los artistas.

El aliento creador de su poderosa naturaleza de artista, los arranques de su pasión por lo bello y verdadero,—móviles que siempre inspiraron su espíritu,—no podían contenerse en el marco estrecho de las reglas; y él, mirando con desdén las burlas de los críticos de su época, pintó sus cua-

dros para gloria de su patria y para la admiración i la enseñanza de la posteridad, que hoy lo reconoce como uno de los grandes maestros del arte clásico.

Á juicio de la crítica universal, y aún de aquellos extraviados que, en otro tiempo, combatieron la obra de Rembrandt, su trabajo más perfecto y admirable,—á la vez que la obra más perfecta que han producido los pintores de todas las épocas—es la famosa *Ronda Nocturna* que el Museo de Amsterdam guarda con orgullosa veneración en una hermosa sala especial.

Cuando allí se penetra, se ve, desde luego que una turba numerosa de gente rodea siempre este cuadro: uno se aproxima en seguida hacia el sitio en donde puede mirar de frente y con buena luz esta obra prodigiosa. La primera impresión que ella produce es un grito incontenible de loca admiración, luego después se siente un estremecimiento frío de emoción, y el pensamiento se agita febrilmente, con cierta impresión de misterioso temor, como si uno se encontrara frente

á una aparición fantástica en medio de las oscuridades de la noche.

Y realmente este cuadro tiene algo de misterioso y de fantástico que se grava por largo tiempo en la imaginación. El espíritu se aturde y se ofusca ante el maravilloso espectáculo que se le presenta de súbito á la vista.

Un grupo de guerreros armados hacen la ronda á media noche por una calle oscura de Amsterdam: en el semblante de cada uno de ellos está reflejada la impresión de zozobra é inquietud que los anima, pues temen talvez alguna emboscada de los enemigos que sitian la ciudad.

Adelante de la partida va el jefe, cuyo porte varonil y resuelto se destaca, iluminado por un rayo de luz, en el semblante. En pos de él marchan los arcabuceros y los pajes, todos los cuales tienen las figuras alumbradas á medias con el reflejo amarillento de los faroles que llevan en sus manos.

De los balcones de las casas por donde van atravesando, se asoma sigilosamente la

gente, y ellos marchan en puntillas, sin hacer el más leve ruído, en medio de las sombras de aquella noche tenebrosa.

Tal es el asunto de este cuadro admirable, el cual, antes que un cuadro, parece una escena real y palpitante de la vida. Sus personajes tienen tal acción y movimiento en la marcha, tal gesto de energía á la vez que de inquietud en el semblante; la noche se ve tan misteriosa y profunda, que el espíritu se transporta á aquellos sitios y siente todas las impresiones indefinibles y vagas del temor.

Entre sus numerosas obras maestras, adquiridas por sumas fabulosas por todos los museos del mundo, ha llamado también la atención, de un modo especial, su grandioso cuadro *La clase de anatomía* que guarda, como una reliquia preciosa, el Museo real de La Haya.

Representa esta obra la autopsia de un cadáver hecha por un profesor en presencia de sus discípulos. El profesor con los instrumentos quirúrgicos en la mano muestra

á sus discípulos las partes dañadas del organismo, explicándoles con ello la causa de su muerte que antes desconocían.

El semblante de cada uno de los discípulos está alumbrado por un gesto de inteligencia, que varía según el grado de capacidad de cada cual, y se nota, en todos ellos, la expresión de estupor y sorpresa que les producen los secretos del organismo humano que allí están descubriendo.

El género de pintura que Rembrandt cultivó con mayor perfección es, sin duda, el retrato, á pesar de que en todos los demás produjo obras inmortales.

Sus retratos son verdaderos documentos históricos que dan á conocer no sólo el tipo físico de sus contemporáneos, sino que revelan el carácter y la inteligencia de los personajes de su época.

Sobresale entre todos sus retratos el de su esposa *Seiska*, que él debió pintar con todo el apasionado cariño y la ternura de sentimientos que podía inspirarle su noble é inteligente mujer, que fué la compañera

fiel de todos los infortunios y de los triunfos de su turbulenta vida de artista.

El único género al cual Rembrandt no dedicó sus pinceles sino para dejar una sola muestra inimitable, fué el desnudo, que durante todos los tiempos ha sido la fuente de inspiración de los más grandes artistas. Hay solamente un cuadro, *La Ninfa en el baño*, que posee actualmente el Museo del Louvre, en el cual Rembrandt ha querido demostrar que él sabía darle á la mujer toda la voluptuosidad, la delicadeza y la perfección de líneas de un artista griego. Ese es un tallado perfecto de un busto de mujer, al cual no le negaría su firma la mano de un Fidias.

Conociendo la obra de Rembrandt se conoce también el carácter y el temperamento de la raza holandesa,—raza vigorosa, emprendedora, inquieta y enérgica á un mismo tiempo.

En sus obras se ve reflejado el espíritu de su país, á veces alegre, como una sonrisa del sol, y en otras oscuro y lóbrego, como una noche de los polos.

Se nota allí la influencia de la atmósfera sobre su espíritu de artista y sobre el medio que lo rodeaba. Es tan natural que allí, en esos países, en donde pasan ocho meses del año sin entreverse ni un rayo alegre del sol, todos los ánimos sientan de impresión de la oscuridad del ambiente y sufran de nostalgia. Y es también tan natural que, cuando en verano va á alumbrarlos el sol por un poco tiempo, todos lo reciban con risas de alegría, con acentos de júbilo, y pasen todo el día bajo las caricias de sus rayos calientes, como guardando luz y calor para los días oscuros.

Este es, tal vez, el misterio de la pintura de Rembrandt:—él recogía los rayos del sol en su paleta mágica y después los hacía brillar, con explosiones de luz, en sus cuadros inmortales!!

Una tragedia griega

El teatro clásico griego y principalmente el teatro de Sófocles, ha sido restaurado en los tiempos modernos mediante los inteligentes esfuerzos que han hecho en este sentido los directores y los artistas de la Comedia Francesa.

Ellos, en su noble deseo de perfeccionamiento artístico, han ido á estudiar en el drama griego la maestría de la composición teatral, la armonía del conjunto escénico, la elevación de las ideas y la belleza de los asuntos reales de la vida que se llevan al teatro.

Todos los que han conocido el teatro griego, los que han estudiado á Esquilo, Sófocles y Eurípides—sus tres grandes autores dramáticos—no han podido sino tributarle los homenajes de una apasionada admiración.

Parece inconcebible en nuestros días suponer que en los remotos tiempos helénicos el arte dramático llegara á un grado tal de perfección, qne jamás en tiempo alguno se ha logrado sobrepasar, ni imitar siquiera.

Los griegos en su época de apogeo intelectual y artístico, dieron la nota más alta en el teatro y en tantos otros ramos del arte.

Son ellos los maestros inmortales á cuyas lecciones asisten hoy, con veneración, todos los que desean acercarse al ideal en el arte, secreto que ellos solos conocieron y lo dejaron revelado en sus obras de eterna belleza.

Para los griegos el teatro dramático era la reunión armónica de todas las demás

artes que le prestaban sus elementos y concurrían á producir el efecto deseado.

Para llevar á la escena la copia de la vida principiaban por envolver este cuadro real en un ropaje de poesía, base fundamental de todas sus concepciones teatrales. Luego después buscaban los recursos de la armonía á fin de hacer sentir con mayor intensidad las emociones del teatro.

En una época en que los progresos de la música eran muy lentos, ellos llenaron sus piezas con notas delicadas del más exquisito sentimiento, y supieron traducir con frases musicales, llenas de colorido y de pasión, muchas de las emociones íntimas del alma.

En todas sus obras teatrales los coros cantados, las voces rimadas y la melopea tenían una importancia capital, a las cuales dedicaban los mejores esfuerzos.

A la belleza de la música los griegos unían los esplendores del arte decorativo y adornaban la escena con todas las gracias de la naturaleza, fuente de todas las inspiraciones de su arte.

Muchos de sus dramas pasaban entre el misterio de sus bosques de mirtos y laureles, en los cuales habían arroyos con aguas cristalinas, en donde crecían las flores del campo y se escuchaba el canto de los pájaros y el ruido de las fuentes.

En un concierto admirable, en el cual la naturaleza estaba hermanada con el arte, tenían lugar las representaciones teatrales de los griegos.

¡Qué pequeños y raquíticos se ven hoy los esfuerzos del teatro moderno comparados con los de los tiempos helénicos!

Entonces en el teatro estaban combinadas todas las manifestaciones del arte con el fin de producir en un solo momento las mayores satisfacciones en los sentidos.

El arte rítmico, el arte lírico, el arte plástico y el decorativo se unían al arte dramático para formar un cuadro escénico de inimitable perfección.

Se comprende, sabiendo esto, que los griegos no dieran una gran importancia en sus dramas, á la intriga y al desenlace de la

acción, representada en el teatro, desde que su espíritu estaba allí absorto con las bellezas de la armonía, con el ritmo poético y la profundidad de concepto de las estrofas recitadas, y desde que su vista podía recrearse en la frescura de un paisaje alegre de eterna primavera.

Por esto, en muchos de sus grandes dramas,—en los de Esquilo principalmente,—la acción se desarrolla con lentitud y se divide en varias jornadas que se ponen en escena en diferentes días. El espectador no siente en ellas un gran interés de curiosidad por conocer el final de la obra desarrollada y asiste siempre con nuevo placer, porque allí se encuentran en medio de un templo del arte, en donde el pensamiento se eleva, y el espíritu disfruta de todos los placeres que ofrecen la belleza artística y la riqueza de la expresión poética.

Un pueblo como el griego, que rendía culto al arte en todas sus variadas formas, enamorado de la estética, no podía concebir el teatro sino bajo un aspecto grandioso,

digno de su cultura y adecuado á satisfacer las aspiraciones elevadas de su temperamento artístico.

Hoy el drama griego se mira como un modelo perfecto, pero inimitable; es algo como la Venus de Milo en el arte escultural, la cual no hay ahora una mano que pueda dibujar sus líneas, ni armonizar sus contornos de maravillosa hermosura y realidad.

El teatro francés, que es, á juicio de algunos, el legítimo heredero de los dones del teatro clásico griego, es el único que ha hecho esfuerzos por imitarlo y ha conseguido á veces adaptar algunos de los detalles de la perfección helénica en las escenas de la vida moderna.

Después de este triunfo no es posible pretender ir más allá, porque á ello se oponen las dificultades invencibles del medio, del carácter y de la época, todos los cuales son factores poderosos que impiden una resurrección completa del método teatral de los griegos en los tiempos modernos.

Ha contribuido, de un modo decisivo, á dar á conocer las grandezas del drama helénico, antes sólo conocido en los libros clásicos, que apenas se leen, las representaciones hechas por los artistas de la Comedia Francesa de algunas de las obras más famosas de Sófocles y Eurípides.

Con todo el talento y la sinceridad que caracteriza á esos artistas, han puesto en escena esos dramas combinando en ellos todos los efectos y recursos artísticos que empleaban los griegos en sus representaciones.

Han restaurado la música griega, llena de dulzura y suavidad, y han dado vida con ella á la melopea,—expresión delicada del sentimiento que acompaña la estrofa rimada.

Han logrado al mismo tiempo copiar los trajes de esa época y todos los detalles de la indumentaria, de modo de dar á sus representaciones un carácter de viva autenticidad.

Uno allí se figura transladarse con el espíritu á esos hermosos tiempos de poesía, y de belleza, en los cuales el genio del hom-

bre, como producto de una tierra virgen, dió los frutos más lozanos y más perfectos.

Á juicio de muchos críticos la obra que dió en el teatro griego la nota más alta de la tragedia, es el «Edipo», de Sófocles, cuyo argumento, basado en la historia griega, es uno de los asuntos más profundamente conmovedores que jamás ha forjado la imaginación humana.

Este «Edipo», en los tiempos actuales, está magistralmente interpretado por el cuadro más selecto de los artistas de la Comedia Francesa: basta decir que Mounet-Sully —el gran trágico francés—tiene á su cargo el rol de Edipo, rei de Tebas, y que la Bartet,—este primor de sentimiento y de talento artístico,—hace el papel de Yocasta,—mujer y madre de Edipo.

La escena tiene lugar en Tebas, frente al palacio de Edipo, en donde está reunido todo el pueblo y los grandes sacerdotes del templo de Apolo.

El pueblo entona allí un coro angustiado de lamentaciones por las desgracias y fata-

lidades que caen sobre Tebas y le pide á Edipo que él, como soberano, se esfuerce por descubrir el asesino de Laïs, su antecesor en el trono, pues de otro modo tendrán que seguir sufriendo el castigo de los dioses.

Edipo responde que él, para aliviar los males de su pueblo y á fin de cumplir el deseo de los dioses, no omitirá medios para descubrir el asesino de Laïs, y le ruega al pueblo que lo ayude en esta obra de reparación y de justicia.

El pueblo dice entonces que es preciso llamar en este caso al adivino *Teresías*, quien tiene el dón de conocer el oráculo de Apolo.

El adivino llega, Edipo lo interroga; pero él no responde, sino con frases evasivas.

Tú ocultas la verdad, le dice Edipo indignado: lo sabes todo y quieres perder, con tu silencio, á los habitantes de Tebas.

Oculto tu desgracia ¡oh! soberano infortunado, le responde con misterio el adivino; yo sé que un oráculo fatal pesa sobre tu

destino y no quiero descubrirlo. Permíteme irme y no me obligues á hablar, te lo pido por los dioses, dice Teresías.

"No te irás de Tebas, le replica Edipo, sin decir cuanto sepas sobre el asesino de Laïs. Deja á un lado tu equívoco silencio y habla, viejo adivino, tú que tienes el poder de conocer los secretos del oráculo."

"No lo haré, no lo haré", le contesta con obstinada porfía el adivino.

¡Ah! te niegas á cumplir mis órdenes reales y te esfuerzas en traer aún más desgracias sobre esta ciudad con tu insensato silencio, le dice Edipo con el gesto furioso, y con aire de mando le agrega: "Habla, viejo adivino, ó creeré que eres tú mismo el asesino cobarde del rey Laïs, mi antecesor, y el esposo de mi actual mujer Yocasta."

"¡Ah! con que tú me inculpas un crimen que sólo es tuyo, le responde irónicamente Teresías. Haz de saber que el asesino que estás buscando eres tú mismo, rey desgraciado, sobre quien pesa toda la venganza de Apolo."

Después de hablar así el adivino, se retira precipitadamente huyendo de la cólera que, con sus palabras, se ha despertado en Edipo.

Éste se cree entonces envuelto en una infame intriga tramada por sus enemigos á fin de hacerle caer del trono de Tebas. Piensa que las palabras de Teresías son las de un vil calumniador, pagado por los envidiosos émulos de su poder.

La inculpación del adivino luego se la vuelve á confirmar un hermano de su propia mujer, Creón, quien dice delante del pueblo reunido al pie del palacio real, que el verdadero asesino de Laïs es el mismo Edipo.

Edipo entonces siente por momentos crecer su furia en contra de los miserables calumniadores que le han tendido pérfidos lazos para minar su prestigio ante sus súbditos y piensa que este Creón se ha puesto de acuerdo con el adivino para declararlo asesino del rey, su antecesor. Ordena el destierro ó la muerte de todos los que están conspirando contra su real soberanía i consulta el consejo de su hábil mujer, Yocasta,

viuda de Laïs, sobre lo que debe hacer en tales circunstancias.

Una siniestra preocupación absorbe su espíritu y se siente víctima de temores y sobresaltos desconocidos.

Yocasta le da ánimos, lo consuela con alentadoras palabras y le ruega que destierre, como un pensamiento absurdo, la idea de que él pueda ser el asesino de su difunto esposo.

"No tengas superstición en lo que dicen los adivinos, le dice Yocasta, porque las voluntades de los dioses no las pueden saber los hombres."

A fin de hacerte desechar todo resto de inquietud, haz de saber que hace mucho tiempo un oráculo de Apolo fué revelado á Laïs, anunciándole que él moriría bajo la espada de un hijo que iba á nacer de nuestra unión.

Tú, y todo el mundo sabe, que Laïs murió bajo el puñal de unos bandidos que lo asesinaron en el punto de encuentro de tres caminos, de modo que ese oráculo no se cumplió.

El hijo que entonces dí á luz fué entregado á un pastor de las montañas con las piernas unidas por ligaduras mortales, á fin de dejarlo abandonado en el campo y hacerlo morir allí. El niño murió y desapareció entonces todo temor á la profecía divina».

¡Ah! cómo me siento inquieto y con el corazón turbado con tu relato, le dice Edipo presa de una preocupación cada vez más cruel. Me has dicho que Laïs fué asesinado en el punto de encuentro de tres caminos. ¿Y cuánto tiempo hace de esto? le pregunta sobresaltado, como temiendo que se confirmen sus ideas.

Yocasta le responde que aquel suceso tuvo lugar un año antes de que él fuera su esposo y Rey de Tebas.

Edipo se levanta ajitado, víctima de una horrible incertidumbre, se toma los cabellos y dice: ¡Oh! Júpiter! ¿qué has resuelto hacer conmigo?

Su esposa procura calmarlo y hacerle desaparecer sus inquietudes; pero á medida

que habla lo va confirmando más y más en sus siniestros vaticinios.

Ella le da algunos detalles materiales acerca del lugar en donde tuvo lugar ese suceso y le dice que todo lo ha sabido por un viejo servidor de Laïs que escapó allí de ser asesinado.

"Que se presente en el acto ese individuo, grita, cada vez más alterado Edipo; que se le busque por todos los rincones de Tebas y venga á mi presencia para interrogarlo. Quiero saber toda la verdad de este cruel enigma, dice con el semblante resuelto".

"Pero qué extraños temores te asaltan le dice Yocasta. ¿Qué relación hay entre tu nacimiento y el oráculo de Apolo?"

"Quiero creer que ninguna, desde que yo soy hijo legítimo de Polibio, de Corintio y de Doria, responde Edipo; sin embargo, me encuentro atormentado por el recuerdo de un pronóstico de la pitonisa de Delfos, la cual me anunció, hace tiempo, que yo debía matar á mi propio padre, ser esposo

de mi madre y padre de mis hermanos. Este horrible presagio me hizo una impresión cruelísima: partí desesperado ese mismo día de Corintio, en donde dejé á mis padres y me puse á recorrer países y tierras remotas llevando en el alma esta amenaza mortal.

Un día, en un camino de Beocia, encontré un séquito de personas que me atropellaron, estorbándome el paso: yo me defendí, saqué mi espada, trabé combate y eché al suelo á tres de los de esa comitiva.»

Edipo, con voz emocionada, hace este relato delante de todo el pueblo, que pide á los dioses, en un himno respetuoso, los ilumine para descifrar este cruel enigma.

Un coro de voces entona un acorde majestuoso, en el cual se oye el lamento y la súplica que dirige á los dioses un pueblo desgraciado, víctima de todos los males y de los castigos del cielo.

Estas voces lastimeras, unidas al asunto realmente terrible que se está desarrollando allí, cuyo desenlace ya se presiente cercano, infunden un pavor inexplicable en el espí-

ritu y hacen temblar los nervios con sacudimientos poderosos.

El viejo servidor que escapó del combate, en donde fué asesinado Laïs, ya ha venido á presencia de Edipo y sus declaraciones han echado sobre el espíritu del desgraciado Rey una sombra negra de doloroso presentimiento.

Parece que la mano de una oculta fatalidad se empeñara en clavar puñaladas sobre el corazón del pobre Rey Edipo. Todo para él ya es oscuro y sólo vislumbra la horrible realidad de su destino. Casi no se atreve á hablar de temor que se descubra por entero la cruel verdad en que está viviendo.

En los momentos en que el servidor de Laïs va á retirarse, llega de Corintio un mensajero á anunciarle la muerte de Polibio, su padre, y Edipo, al saber esta infausta nueva, exclama: "¡Áh! y ese funesto oráculo había dicho que yo debía matar á mi padre, cuando él ha muerto por su edad avanzada, sin que yo haya tocado mi espada sino para acudir en su defensa. Pero ahora debo toda-

vía temer á mi madre de quien el oráculo me ha anunciado debo ser yo el esposo».

Edipo ordena detenerse al viejo servidor de Laïs y una intuición fatal le hace ponerlo en relación con el mensajero que acaba de venir de Corintio.

¿Conoces á este hombre? le dice, lo haz visto alguna vez cuando eras pastor y cuidabas los ganados en las montañas del Citerón?

Este mensajero desempeñaba hace tiempo el mismo oficio y no es extraño que allí lo hayas divisado en alguna ocasión.

Mi memoria es débil, le dice el servidor, turbado, y no recuerdo haber visto otra vez este individuo; pero entonces el mensajero observa que para él no es desconocido aquel hombre, pues hace años recuerda que él mismo puso en sus manos un niño recién nacido.

¿No recuerdas acaso, le dice, que entonces nos encontrábamos en la montaña con nuestros ganados; tú llevabas cierto día una criatura con las piernas ligadas cruel-

mente entre sí y me la confiaste para no dejarla morir en el campo? Yo la recogí con cariño y llevésela á Polibio, nuestro Rey, quien la adoptó como su propio hijo, desde que él no tenía otros.

El servidor quiere negar todo esto; mas su turbación se hace visible y Edipo lo amenaza duramente. Procura ocultar y fingir que ha olvidado todo; pero Edipo ordena atarlo y torturarlo hasta que diga cuanto sabe.

¿De dónde era ese niño que entregaste al pastor de Citerón? le dice Edipo. Responde con verdad si quieres librarte de mi venganza, le agrega, con tono amenazante de cólera y con la voz trémula de inquietud.

"Se decía que ese era hijo de Laïs, contesta temblando el servidor; pero Yocasta, vuestra actual esposa, que fué quien me lo entregó para hacerlo morir debe saberlo mejor. Preguntádselo á ella y lo sabréis todo. Ese niño debía morir porque un oráculo de Apolo había dicho que él estaba destinado á matar á su padre, á ser esposo de su madre..."

¡Ay! ¡oh dioses crueles! no prosigas tu relato, viejo miserable, que no fuiste capaz de matarme mil veces cuando niño para haberme librado de estos crímenes horrendos, grita Edipo, con la voz entrecortada por los sollozos y por las exclamaciones terribles que salen de sus labios.

Cae al suelo revolcándose, presa de un dolor que lo despedaza, se destroza el pecho, se mesa los cabellos, se introduce las uñas en las órbitas y se saca los ojos lanzando crueles imprecaciones al destino, sacudiéndose como una fiera herida, en los agudos estertores de su inmenso, de su incomparable dolor.

Su cara se tiñe de sangre que corre á raudales de sus ojos hechos pedazos; y después cae sin sentido, aturdido bajo el peso de esa horrible desgracia.

Yocasta al saber el desenlace de este cruel enigma, toma un puñal y se lo clava en el pecho.

Después Edipo, cuando vuelve en sí, dice que lo único que desea es marcharse

para siempre de Tebas y ver antes á sus hijos.

Le traen á sus pequeños niños que él ya no puede ver; los acaricia sollozando, y empapándolos con sus lágrimas y con su sangre.

Cuando va á partir, con un báculo en la mano y conducido por un lazarillo, su hija Antígona corre tras él, se le echa á los pies anegada en llanto, le implora, le suplica que la permita acompañarlo y vagar con él por las montañas y los bosques hasta que los dioses hagan cesar con la muerte la cruel desgracia que pesa sobre ellos.

La hermosa Antígona conduce de la mano á su padre ciego, y es el último rayo de luz y de consuelo en su noche eterna de infortunio.

Al salir de Tebas, el desgraciado Edipo, el pueblo reunido entona un himno respetuoso y conmovido: sus pasos de anciano van al compás de los majestuosos acordes de la armonía y de los acentos solemnes de las voces del pueblo.

Nada hay más grande, más conmovedor

en el teatro que estas escenas poderosamente trágicas que hacen sufrir á todos con emociones profundas y dejan por largo tiempo una herida abierta en el espíritu.

Nada hay tampoco más perfecto, más real, que la interpretación del gran Mounet-Sully del rol de Edipo. Cuando este ilustre artista deje de existir morirá también en el teatro la creación de Sófocles, la más grande y conmovedora de cuantas ha concebido el teatro griego.

En la basílica de San Pedro

Al llegar á la Plaza de San Pedro se ve destacarse una vasta galería de columnas dóricas que se abren, como dos brazos gigantes, para formar un semi-círculo en cuyo fondo se levanta, con soberana magestad, la fachada de San Pedro.

El frontis de la gran basílica, á pesar de tener su carácter y estilo propio, carece, á juicio de todos, de elegancia y de buen gusto artístico; su arquitectura es dura y fría, como la piedra de que está construído, y no guarda las proporciones que corresponden á la soberbia grandiosidad de ese templo.

Desde luego, la gran cúpula de San Pedro—la más hermosa y atrevida de cuantas existen,—apenas se destaca desde la Plaza, perdiéndose de este modo las mejores lineas de la perspectiva que podía presentar el exterior de aquel templo.

La primera impresión que produce San Pedro, mirado en su parte exterior, es realmente un desencanto para quien va con la idea de encontrar allí el esfuerzo más hermoso y más perfecto del arte arquitectónico; pero esta impresión va borrándose á medida que se avanza hacia el pórtico del templo.

Allí, sobre las bóvedas de una valiente arquería, sostenida por gruesas columnas de mármol de un color violáceo, se pueden ver magníficos dorados é incrustaciones valiosas de mosaico que representan asuntos místicos.

Frente al arco principal está la gran puerta de bronce de San Pedro, en la cual se ven cincelados, con hermosísimos relieves, algunos episodios cristianos al lado de asuntos paganos. Es un extraño contraste

el que hace allí un relieve sobre la vida de Jesucristo, al lado de otro que figura una Leda desnuda con el cisne entre sus brazos.

Acaso esto, que para algunos espíritus llega á ser una profanación, no es sino una muestra de la elevada concepción que tenían del arte los artistas del Renacimiento.

Ellos han comprendido que las diversas manifestaciones artísticas no se excluyen unas á otras, desde que todas tienen por base fundamental el mismo culto á lo bello y la aspiración al ideal.

Siempre será hermoso ver una Venus griega al lado de una Madona de Rafael.

Próxima á esta puerta de bronce, se halla la *Puerta Santa*, que sólo se abre cada veinticinco años, en los días de jubileo pontificio, y distribuídas armónicamente en medio de las arcadas del pórtico, están las demás entradas normales á San Pedro.

Después de levantar el pesado cobertor de suela que pende de la puerta de entrada, se da un solo paso adelante y en seguida

todos permanecen allí inmóviles, fríos de emoción, como aturdidos bajo el peso de esa inmensa mole de grandeza que se presenta de un golpe á la vista.

Es esa una impresión de estupor y regocijo al mismo tiempo: nadie se atreve á hablar; todos sienten en respetuoso silencio.

Es aquello algo como una visión de lo infinito que tiene el poder de anonadar la altiva vanidad humana, porque allí, cual en ninguna otra parte, parece sentirse el espíritu de un Ser Supremo, capaz de inspirar y de dar vida á ese grandioso monumento de la fe.

Esas columnas de mármol y de piedras preciosas que figuran, en su atrevida altura, la aspiración al cielo, han sido arrastradas, con rudo trabajo, hasta allí por el esfuerzo de muchas generaciones de creyentes.

Los cimientos de San Pedro están construídos con piedras traídas por la piedad, por el amor, y están unidas entre sí por el ligamento de la fe. Es por esto que San Pedro resiste airoso al desgaste de los si-

glos que le pasan por alto sin poder destruír ni una sola piedra de su base.

Ese templo es eterno desde que es eterno también el culto que él simboliza.

¡Oh, qué hermoso, qué gran argumento es San Pedro para demostrar la nobleza y la solidez de la doctrina de Cristo!

Es ese templo una palabra de los labios del Cristo esculpida en la piedra y revestida con todas las magnificencias del arte: una palabra que se ha convertido en un santuario en donde está vivo el espíritu que la dictó.

Hay tanta belleza, tanta perfección, tan espléndida armonía en todos los detalles de esa obra que todo parece allí decir que ha habido en ella la influencia de un genio divino que ha sido el inspirador de los artistas.

El sello de la grandeza está grabado en las paredes de San Pedro, así como está simbolizado en su elevada cúpula el pensamiento cristiano que mira hácia arriba.

Todo es hermoso, todo es perfecto y ar-

monioso allí: su extensión, la más vasta de todos los templos de la tierra, y su altura colosal están combinadas con admirable proporción de líneas y de distancias, de modo que producen un efecto de armonía y de belleza perfecta.

Esa proporción inimitable de todos los detalles de la arquitectura llega á causar los efectos de óptica más extraños. Una estatua ó una columna se ve pequeña, positivamente reducida de su tamaño natural, mirándola á una corta distancia, y luego se ve crecer rápidamente, hasta tomar proporciones colosales, á medida que se dan algunos pasos para aproximarse á ella.

La nave central está formada por grandes pilastras de mármol de colores que se iluminan con los reflejos de la luz que sale de las altas claraboyas, por entre el tamiz purpurino, violeta ó anaranjado de las grandes vidrieras de suave colorido.

Cuando, á través de los colores, entra un rayo brillante de sol en San Pedro, todo se

sonríe alegremente allí; todo se inunda de una purísima luz rosada con tintes de oro. Parece que entonces hubiera allí un Dios indulgente que mostrara en sus labios una dulce sonrisa de inefable bondad.

Entonces no se teme ver el gesto airado de un Dios inclemente, porque ahí se muestran los resplandores luminosos de una justicia, de una bondad y de una belleza suprema.

En medio de las gruesas columnas de mármol de la nave central se ven algunos nichos, con hermosas incrustaciones de mosaicos de colores, en donde están colocadas las estatuas de los Apóstoles.

Cada una de estas estatuas es de grandes proporciones y ha sido ejecutada por un artista maestro.

Bajo la gran cúpula, sostenida por cuatro enormes columnas, que revelan el más atrevido aliento de la arquitectura del Renacimiento, se levanta el valioso baldequín de bronce macizo, sobre cuatro pilares, en

forma de espiral, que se dice fueron traídos por Constantino de las ruinas del templo de Salomón.

En el centro de este baldequín—obra de Bernini—está el altar mayor donde celebra la misa el Papa en los días de grandes fiestas.

Bajo el altar, en un subterráneo rodeado por rejas de bronce y de oro, se guarda el sarcófago de San Pedro: una urna de oro macizo, con incrustaciones de piedras preciosas, guarda el puñado de cenizas que se conservan aún del fundador del Papado. En redor de esta reja hay siempre prendidas un gran número de lámparas de aceite que se mantendrán vivas en tanto que dure la fe.

En uno de los costados de la nave central hay una estatua en bronce de San Pedro: sus pies han sido devorados por los besos de amor y de fe de los millares de cristianos que durante siglos han ido en peregrinación á posternarse ante él.

En el abside del templo, un tanto lejos

de la cúpula, está el trono de San Pedro, hecho en bronce macizo y sostenido en sus brazos por los cuatro primeros apóstoles que fueron á su vez los primeros sostenedores de la doctrina de Cristo.

Todo el pavimento de la nave central, y en general, de todo el templo, es de riquísimo mármol de colores, combinado entre sí formando cuadros y figuras de admirable buen gusto. Sobre él hay algunas planchas en donde están grabadas las dimensiones de las otras grandes catedrales del mundo, puestas en relación con San Pedro. La mayor de éstas es la de San Pablo en Londres y es sólo un poco superior á la mitad de San Pedro.

En las naves laterales hay pequeñas capillas y altares en donde están colocadas las tumbas de todos los Pontífices. Todas éstas son obras de grandes artistas y revelan cuán hermoso y sentido fué el pensamiento cristiano que las inspiró.

Hay allí esculturas de Miguel Angel, de Bernini, de Montanti, de Canova, de Thor-

valdsen y de otros artistas de elevado talento.

Sobresale entre todas, la tumba del Papa Clemente III, de Canova.

Sobre la puerta de un sepulcro hay una mujer, representando la religión, que llora; un ángel viene á enjugarle las lagrimas trayendo en su semblante un resplandor divino, como un bálsamo de consuelo.

Un poco distante de la puerta de la tumba hay dos leones: uno que vela con gesto airado, y otro que duerme dulcemente. Uno es el poder de la religión que lucha y combate, el otro es la fe que sueña...

Esta obra es conmovedora y profunda: su ejecución es admirable y su hermosa idea es la de un artista de genio.

En un altar próximo á la puerta de entrada se encuentra el famoso grupo de la *Pietá* de Miguel Angel. Esta fué una de sus primeras obras y en ella vació toda la ternura y el sentimiento delicado de su alma de artista.

Es una virgen madre; pero una virgen

inmaculada sin mancha de pecado, casi de la edad del propio hijo, que tiene exánime entre sus brazos, la que creó allí Miguel Angel.

Frente á otros altares hay grandes cuadros en mosaico, copiados de algunos de los originales de Rafael y de otros artistas del Renacimiento.

Se puede ver la famosa "Transfiguración" de Rafael aumentada en grandes proporciones y ejecutada con tal maestría que, á primera vista, el mosaico parece una pintura fresca.

Frente á la "Transfiguración" está "La Comunión de San Gerónimo" del Dominiquino, otro cuadro inimitable, de perfección artística maestra y de un sentimiento cristiano realmente conmovedor.

El cielo del templo es todo de mosaico dorado y en partes hay cuadros ó figuras fundadas en asuntos místicos.

La cúpula que es, sin duda, lo más bello, como concepción, y lo más atrevido como ejecución, de todos los tesoros del arte que

hay en San Pedro, está bordada con valiosísimos mosaicos de colores y las vidrieras por donde llega la luz muestran tonos suaves y armoniosos.

En cada uno de los extremos de la cúpula se ve la figura de algunos de los cuatro Evangelistas, con sus insignias al lado.

Rodeando la cúpula, como una cinta de oro y piedras preciosas, se lee en caracteres colosales esta inscripción en latín: *Tu es Petrus et super hanc petram edificabo eclesiam mean, et tibi dabo claves regni cœlorum.*

En el fondo del templo, sobre una arquería de columnas de mármol, se encuentra el gran órgano de San Pedro que sólo se deja oír en los días de grandes ceremonias religiosas.

Debe ser un momento sublime el romper de las voces del órgano en medio de ese océano de luz y de armonía. Ha de ajitarse allí un oleaje de fe que hará derramar torrentes de lágrimas á los corazones cristianos.

El rumor de las plegarias, de los sollozos,

de los estremecimientos ardorosos de la fe, unidos al eco de la música sagrada deben formar una orquestación majestuosa sólo digna de ser escuchada por un Dios.

¡Oh! que raudales de divina armonía deben brotar de las paredes de San Pedro cuando los cantores de la Capilla Sixtina prorrumpen con el Himno Pontificio al compás de las voces solemnes del órgano!

¡Qué emociones de artista y qué fervores de creyente deben sentirse al oír allí la "Plegaria de Moisés" de Rosini y el "Stabat Mater" de Palestrina!

La misa del Papa

PRINCIPIABA á teñir la aurora del año nuevo pasado, cuando nosotros, vestidos con traje de rigurosa etiqueta, cruzábamos las calles de Roma en dirección al Vaticano, adonde iba á celebrarse, en aquella mañana, una solemne misa, pontificada por el Papa, con motivo de cumplirse en ese día el 60.º aniversario de su sacerdocio.

Al llegar frente á la plaza de San Pedro encontramos ya, en los alrededores de su vasto semi-círculo de columnas, diversos

grupos de señoras y caballeros que se habían dado prisa en llegar hasta allí con el fin de encontrar una buena colocación en la capilla privada del Pontífice.

En todos esos grupos, que surgían, como sombras de ánimas, en medio de la dudosa claridad de aquella pálida mañana de invierno, se oían pronunciar palabras y frases en diversos idiomas; y esos semblantes, mirados á través de la bruma, parecían estar iluminados por la viva expresión de una profunda ansiedad.

Casi toda esa gente agolpada allí desde la madrugada, esperando que se abrieran las puertas del Vaticano, eran extranjeros en viaje por Italia, á quienes la idea de la próxima presencia del Soberano Pontífice les hacía sentir los preludios de una gran emoción.

Después que toda esa concurrencia, entre la cual se notaban claramente los tipos diversos de las nacionalidades que la componían, hubo entrado á la capilla en donde iba á celebrarse la misa, fué preciso hacer

una larga é inquieta espera ántes de que llegara el momento de ver al Pontífice.

El espíritu de todos se sentía exaltado á medida que se veían hacer allí los preparativos religiosos; todas las miradas estaban fijas en la puerta de entrada y parecía que todos se disputaban, á porfía, el derecho de ser los primeros en ver la llegada del Papa.

En medio de la concurrencia se había abierto un camino por donde él debía pasar; allí estaban ya colocados los zuavos pontificios, mostrando la originalidad de sus históricos uniformes; en el altar, donde se veían agitarse, ocupándose de los aprestos místicos, algunos cardenales y sacerdotes, resplandecía un iris brillante de luz; el humo diáfano del incienso se perdía lentamente en las bóvedas del templo; los cantores admirables de la Capilla Sixtina preludiaban algunas notas acompañadas por las voces apagadas del órgano: ya el momento de la entrada del Pontífice no podía tardar más tiempo.

Hubo en seguida un momento de silencio profundo y luego el órgano con el poder divino de sus torrentes de voces, con la majestad soberbia de su espléndida armonía, prorrumpió con raudales de notas entonando los acordes del himno á San Pedro. Un temblor repentino, un estremecimiento de emoción se sintió de súbito en medio de toda esa gente que se veía allí caer al suelo de rodillas, como sugestionada con la presencia del Papa.

Después de un respetuoso silencio se oyó partir de los labios de todos un grito uniforme y sonoro, un grito elocuente, cuyo eco fué repetido por las paredes del templo: un grito de "Viva el Papa" pronunciado en todos los idiomas, con todo el fervor del alma cristiana, con toda la verdad de esos corazones nobles.

El Papa, más que con la majestad de un Soberano, con la aureola resplandeciente de un espíritu divino, pasaba en medio de la gente sentado en el trono pontificio, sostenido en los brazos de sus camareros pri-

vados y escoltado por un séquito brillante de grandes señores.

Con una sonrisa afable, cariñosa, repartía á todos lados su bendición y mostraba aún en su semblante, destruído por los años, la huella imborrable de su gran espíritu.

Vestía de blanco, con una túnica de impecable albura; y al agitar sus manos gastadas, llenas de arrugas venerables, pero movidas aún por los impulsos del amor, parecía una blanca paloma, bajada del cielo, que batía sus alas purísimas para acariciarlos y ampararlos á todos.

En su figura hay algo inmaterial: se ve en él algo como un soplo divino, con voz humana, enviado á la tierra á predicar la virtud, la justicia y la paz; á pedirles á todos que se unan, como buenos hermanos, en una religión única, basada en los principios de la verdad y en los impulsos del bien.

En él se puede mirar al amistoso intermediario entre una Providencia invisible y todos los pobres y los que sufren en la tierra.

En presencia de León XIII no es sólo la soberana majestad del Papa lo que impone, sino que ante él se siente veneración y respeto por el hombre.

Allí el espíritu se desprende de las atrayentes exterioridades del culto, que siempre ejercen un gran poder de impresión, para ver sólo en él la personificación humana de tantas hermosas virtudes.

Sólo él ha sabido hacer uso de las influencias morales de su alta situación, impulsando un movimiento universal de caridad y de amistosa aproximación entre todos los grupos dispersos de los cristianos.

El también ha sabido adaptar, con espíritu abierto y con miras elevadas, muchas ideas ó tendencias religiosas, hoy demasiado estrechas, á las necesidades y exigencias de la vida moderna.

Es, talvez, á causa de estas ideas, conocidas y acatadas por todos, que la presencia de León XIII impone con una fuerza invencible, aún á aquellos que llegan hasta él sin sentir los arrebatos generosos de la fe.

Inclinarse ante León XIII no es, para muchos, una profesión de fe religiosa, sino un homenaje á la virtud perfecta, á la ciencia, á la bondad y rectitud de un carácter humano.

Aquel día, durante la celebración de la misa, en todos los semblantes se veía marcada la huella de una meditación profunda: todos pensaban ó sentían. Y en ese vasto templo, lleno de gente, no se percibían sino las voces solemnes de las plegarias que subían á las altas bóvedas con un murmullo de alas de ángel. . .

El Papa arrastraba su cuerpo penosamente en los movimientos de la misa; pero su voz se sobreponía á la debilidad física, al desgaste de los años, cuando rezaba: cuando su espíritu salía de su viejo cuerpo para hablar con Dios. . .

En algunos momentos, durante la misa, su semblante se veía resplandecer con rayos de luz, de una luz rosada, purpurina, que caía de lo alto de las bóvedas del templo, bañando su figura venerable con fulgo-

res brillantes, como una lluvia de rayos de oro.

Era una sonrisa del sol de Italia dibujada en los labios del Pontífice, que rezaba humildemente al pie del altar: esa era la más hermosa estrofa de fe, de poesía y de belleza...

Parecia la sonrisa de Dios...

Caridad en París

¡Oh! ese gran París, corazón y cerebro del mundo, á quien muchos llaman la ciudad enferma, aturdida por el frenesí del placer, sin saber, acaso, que allí, al lado de los que se revuelcan en el fango, hay almas nobles, espíritus abiertos á la caridad, al amor y á todos los más dignos sentimientos humanos.

Alguien ha dicho que el corazón de París es generoso y espontáneo como el corazón de un niño y que su mano es para la caridad, la mano de un pródigo.

Cierto: en París la noble opulencia no rechaza la más baja miseria; por el contrario, le tiende un lazo de generoso amparo.

Allí las crueldades de la pobreza encuentran afectuosa protección; las enfermedades más repugnantes del cuerpo hallan siempre un ángel de caridad que las atiende con abnegación y con ternura; los quebrantos profundos del alma encuentran un espíritu inteligente y bondadoso que les da un consuelo ó les deja entrever una esperanza.

Mas, para poder observar las virtudes de París es preciso alejarse de ese medio mundano y turbulento que compone el París que se divierte.

En todo ese grupo cosmopolita, derrochador opulento de millones, no se pueden sino conocer las páginas de una inmoralidad elegante, suntuosa, admitida por el uso y el exquisito refinamiento de esa vida.

Es realmente interesante, como estudio de caracteres y como observación de costumbres, penetrarse de las formas, nuevas y cómodas que ha tomado, entre esa gente,

el criterio que todos tenemos sobre la moralidad de las cosas, miradas éstas con el espíritu más ancho y más humano.

Este criterio, universalmente aceptado, por el orden lógico y racional de la vida, sólo encuentra en ese medio aturdido de París una excepción.

Esa agitación febril de placer llega á producir una neurastenia moral que mata todo sentimiento delicado y toda idea noble del espíritu.

Es este, pues, el campo que escogen algunos novelistas para desarrollar escenas en las cuales hacen figurar individuos cuyos actos son los de un desequilibrado moral ó los de un neurótico; es allí donde se encuentran personas que viven en una excitación perpetua del sistema nervioso y que corren, con loco afán, tras de encontrar nuevas sensaciones y nuevas fórmulas para producir el placer.

Es muy natural que entre ese mundo, que no refleja sino un pequeño y despreciable grupo de la sociabilidad de París, la

caridad y toda virtud elevada sea desconocida.

Cuando la banalidad de la vida se apodera de un modo tan refinado del carácter, llega á sentirse repugnancia del solo roce exterior con un miserable que se encuentra al paso por las calles.

Muy lejos de todo esto es preciso ir para penetrar al fondo del corazón de París. Es preciso conocer los delicados sentimientos de la gran señora de la aristocracia francesa que es la que mantiene en París la fuente inagotable de la caridad.

Se necesita, además, mezclarse un poco en la masa del pueblo; ver allí la miseria negra de mucha de esa gente, ver las enfermedades horribles producidas por la falta de los elementos naturales de la vida; ver esa multitud enorme que lucha desesperadamente y sin tregua por vivir, y, en seguida, para abarcar el cuadro completo, es preciso ver, en medio de todas estas miserias, á la noble mujer francesa repar-

tiendo, á manos llenas, los tesoros de su caridad, de su ternura y de su amor.

¡Qué rol más hermoso para ella que el de curar con bálsamo de caridad las peligrosas enfermedades sociales que nacen de la miseria del pueblo!

Todos estos generosos latidos del corazón de París, todos estos elevados impulsos de su sentimiento humanitario pasan allí en silencio, ocultos bajo las alas bienhechoras de su modestia.

Es por esto que todos al pasar por París sólo aspiran el perfume de las flores mundanas y son muy pocos los que conocen la esencia de su violeta escondida: la de su hermosa caridad.

Por una feliz circunstancia tuvimos ocasión, cierto día, de conocer una conmovedora escena de esta caridad privada de París, en la cual había sido protagonista una distinguida señora chilena: la señora Mercedes Otaegui de Peña.

Una buena religiosa de las Hermanas de

los Pobres que veíamos con frecuencia allí, fué la que nos relató esta historia con palabras de encantadora sencillez, y con un acento de ingenua verdad:

"En una ocasión, nos decía la religiosa, fuí mandada por nuestra superiora á atender un pobre enfermo que vivía en un barrio muy apartado, y en un cuarto oscuro y desmantelado de un quinto piso. Este desgraciado estaba en la última miseria y sufría cruelmente de una afección pulmonar. Su espíritu se encontraba de tal modo abatido con estos contratiempos de la suerte, que no pensaba sino en morirse luego, y rechazaba todos los remedios y cuidados que se le hacían.

Deliraba todo el día pidiendo á gritos la muerte y blasfemaba á Dios por haberlo hecho tan desgraciado.

Á medida que el tiempo pasaba su estado empeoraba más y más: recuerdo que una tarde se incorporó en el lecho y con el semblante demudado me dijo:

—"Sepa usted, mi buena hermanita, que

si antes del primero del mes próximo no he aún muerto, voy á matarme como un perro, colgándome con esta soga que tengo aquí, debajo de mi almohada. Ese día van á venir á echarme fuera de este cuarto, porque ya debo tres meses de arriendo y el dueño no espera más. Yo no tengo un centavo y mi enfermedad me impide trabajar. Por eso antes que me dejen botado en la calle, yo voy á acabar con esta vida miserable.»

En sus palabras había un acento de resolución inquebrantable y su angustia era tal, que cuando acabó de hablar tuvo una crisis de lágrimas. Yo hice todo lo que estaba de mi parte por consolarle y le prometí que el buen Dios vendría á ayudarlo en estas circunstancias.

Estaba realmente alarmada con el estado del ánimo de mi pobre enfermo y temía dejarlo solo, por temor de que en mi ausencia realizara sus proyectos de suicidio. Aproveché de unas horas en que su postración lo hacía dormir para ir á casa de una de las señoras que más han protegido nues-

tra institución,—la señora Peña—y le conté el caso de mi enfermo.

Ella, que tiene un corazón tan generoso como tierno, se conmovió mucho con mi relación y en el acto se puso en camino conmigo á la casa del paciente.

—¡Oh! no puede usted imaginarse, nos decía emocionada esa santa religiosa, la escena tan tierna y conmovedora que tuvo lugar en el cuarto de ese pobre enfermo cuando la señora entró á verlo.

En el momento en que llegamos él dormía todavía y deliraba en alta voz, quejándose con palabras amargas de sus desgracias; yo me acerqué á despertarlo y él, cuando abrió los ojos, dió un grito sobresaltado de estupor, al ver á su lado una señora que le tendía cariñosamente la mano y le hablaba con la voz más afectuosa.

Su emoción era tal, que las palabras se le ahogaban antes de pronunciarlas y en un momento de crisis nerviosa se puso á llorar á mares, como un niño... ¡Ay! Dios mío, si no puede ser, si es un sueño, decía. ¿Cómo

es posible que una señora rica y elegante haya venido á verme?

Pero ¿quién es usted, santa señora? le preguntó con la voz entrecortada por los sollozos.

Entonces la señora, con palabras delicadas, le hizo saber que ella era su mejor amiga y que había venido á verlo porque sabía qne estaba muy enfermo y sin recursos. Todos sus gastos corren de mi cuenta y corre también de mi cuenta el pago de los arriendos atrasados que usted debe, le dijo.

En estos momentos la gratitud de ese pobre no tenía límites. ¡Oh! mi buena señora, le decía, con la voz trémula de emoción y con los ojos húmedos por las lágrimas, ¡oh! ¡usted es un ángel del cielo! ¡usted es el mismo Dios! ¡ay! si usted supiera que con esta caridad me devuelve la vida! Si usted no me hubiera auxiliado, dentro de tres días, yo me iba á colgar de una viga con esta cuerda, porque estoy desesperado con mi enfermedad y mi miseria, y como no puedo pagar, iban á echarme á la calle

los dueños de este cuarto. Ahora voy á mejorarme, señora, y todo se lo deberé á usted. Sí, señora, hoy me siento mejor, le decía é incorporándose, con ánimo, en el lecho le pedía su mano para llenarla con las lágrimas y los besos de su inmensa gratitud.

Cuando la señora se despidió de él, dejándole en su velador un sobre con dinero, él quiso saltar de la cama para caer á sus pies y darle una y mil veces las gracias y decirle ¡adiós! Como yo se lo impedí, él le gritaba desde el lecho: "¡Adiós mi santa protectora!" ¡Que los ángeles se la lleven en sus alas hasta el cielo! que Dios se lo pague y que Dios la bendiga.

Después de ese día se notó en él una viva mejoría; la fiebre fué poco á poco disminuyendo; ya no deliraba el día y la noche, ya no se quejaba de su suerte, ni blasfemaba á Dios.

Sus ojos comenzaron á iluminarse de nuevo con los colores de la vida que él sentía venir en su cuerpo; y entonces todo para

él fué más alegre, con los deseos de mejorarse y de seguir viviendo.

Un día, cuando ya estaba convaleciente y pudo levantarse, me dijo "¡oh! hermanita, yo quiero que usted me lleve á casa de la buena señora que vino á salvarme; quiero que ella vea el milagro de caridad que ha hecho conmigo."

Yo, llena de contento, llevé á mi enfermo apoyado sobre mis hombros á casa de esta bondadosa señora.

Allí el enfermo, el resucitado, si es posible decirlo, cayó á los pies de su santa protectora y fué tan intensa y tan viva la emoción de su gratitud, que durante un largo tiempo no se sintieron más que sollozos.....

.....

La Batalla de Flores en Niza

Después que el rápido expreso de París á la frontera italiana, pasa por Marsella, se va cruzando por medio de hermosas campiñas, primorosamente cultivadas, y se divisan, en las faldas accidentadas de las colinas, que bordean el camino, extensos plantíos de olivos y bosques de naranjos que muestran, entre las oscuras hojas de sus follajes, su fruto dorado.

Toda esa feraz vegetación se ve iluminada por los rayos de un sol generoso que, aún durante las crudezas del invierno,

mantiene la savia y hace sonreir, con notas alegres, el pintoresco paisaje de esos lugares.

Á medida que el tren sigue avanzando hacia la ribera del Mediterráneo,el panorama va tomando colores más acentuados y vivos. Al llegar á Tolón se siente el primer rumor del mar y se principian ya á diseñar vagamente las primeras líneas de aquel cuadro grandioso de las orillas del Mediterráneo, que, con tanta propiedad, llaman los franceses *les côtes d'azur*.

El mar se va lentamente descubriendo allí, orgulloso de su belleza, parece que se negara á mostrarse de improviso en todo su magnífico esplendor, y en el rápido marchar del tren, por entre los desfiladeros de las montañas vecinas a la playa, sólo, de tarde en tarde, se divisa un pedazo de mar azul, puro y tranquilo como un girón del cielo.

Luego después, cuando la barrera de montañas desaparece, la vista se deslumbra ante un horizonte infinito de azul, de un

azul que tiene los tonos oscuros del zafiro y los reflejos de la esmeralda. En ese mar apacible que no rizan los vientos, ni agitan las tempestades, inspirador de los sueños azules, sólo se ven ondular, á lo lejos, unas cuantas velas blancas, como alas de cisne, movidas suavemente por la brisa.

Allí las embarcaciones de placer, los *yacht* suntuosos de toda la gente opulenta, que va en el invierno á buscar esa atmósfera tibia del Mediterráneo, se ven cruzar rápidamente dejando oír los ecos desbordantes de su alegría.

Parecen ir impulsadas por una brisa ardiente de placer.

El tren, mientras tanto, sigue su marcha por la ribera y va descubriendo las hermosas ciudades allí construídas. Menton, Cannes, Beaulieu se presentan á la vista con el aspecto seductor de un jardín oriental, brillante de luz, lleno de color y saturado de perfumes.

Todos los castillos y las *villas* edificadas sobre las colinas vecinas á la playa levan-

tan sus torreones y sus blancas azoteas por encima de las altas copas de los árboles que las rodean, como empinándose para contemplar las bellezas de ese mar.

De todas partes se siente salir un exquisito perfume vegetal, un olor á primavera en pleno invierno; una corriente de savia se ve animar aquella privilegiada naturaleza y esos efluvios exhuberantes de vida que brotan de aquel suelo feraz, hacen sonreír el espíritu y dan bríos al ánimo.

Toda aquella costa, regiamente ataviada con suntuosos edificios y con los lujos de una vegetación siempre lozana, se presenta á la vista, como una perfumada guirnalda de azahares, de rosas y jazmines, para servir de marco al espléndido panorama del Océano.

Allí en esos sitios, el cielo, talvez para coronar el concierto de belleza y de armonía que celebra la tierra, muestra siempre un color azul intenso como el azul del mar, y no se ve una nube borrascosa que venga á turbar su limpidez serena.

Son todas esas ciudades, situadas á las orillas del Mediterráneo, las frecuentadas por el mundo millonario y opulento de Europa, que va allí en busca de la alegría del sol y del aliento tibio de las brisas africanas.

Todos los gastados de la vida, los enfermos del ánimo y del cuerpo van, en la época de las nieves, á gozar de esa atmósfera risueña que les prolonga la existencia y les ofrece horas de alegría.

En medio de ese mundo elegante, compuesto con la opulencia de muchas diversas nacionalidades, la vida toma los caracteres más exquisitos y refinados. Allí no se concibe sino la gracia, el buen humor y sólo se ven semblantes contentos.

Las desgracias y la pobreza no tienen puertas por donde entrar á ese suntuoso festín de la riqueza y de la dicha.

El *sport* en todas sus variadas manifestaciones, encuentra en esos sitios un campo en donde se le cultiva con buen tono y maestría.

Las escenas galantes, los misterios de

amor que ocultan, bajo una capa de refinada hipocresía, toda esa gente nerviosa, sedienta de emociones, se desarrollan en esas playas al calor de las brisas voluptuosas del mar y del perfume sensual que ahí se aspira.

Es allí, en medio de ese grupo cosmopolita de exterior brillante, en donde Bourget hace los croquis de sus admirables estudios psicológicos sobre ocultos escándalos sociales.

Allí, á ese rincón universal del placer, íbamos también nosotros confundidos entre una agitada concurrencia que se dirigía á Niza para asistir á la batalla de las flores, con la cual se terminan las fiestas del carnaval.

La hora de llegada de nuestro tren coincidió con la hora anunciada para comenzar la batalla. No hubo tiempo sino de proveerse de algunas armas galantes para marcharse al combate.

El campo de batalla ofrecía un golpe de vista soberbio, deslumbrador. Era un cuadro lleno de color, de animación y de vida, que

tenía los tonos azules del mar combinados con el verde oscuro de las palmeras africanas, con los variados matices de las azaleas, las rosas y orquídeas que allí habían en opulenta profusión.

En el primer plan se destacaban numerosos grupos de bellas mujeres, mostrando los graciosos contornos de sus perfiles griegos, y dando allí la nota de la elegancia perfecta con sus vestidos de gusto exquisito.

Sobre todo este armonioso conjunto de belleza artística, un manto celeste, sin manchas, como un manto de las madonas de Murillo, cubría toda la atmósfera.

Era aquella una orquestación melódica de la luz, de la belleza, del perfume, del amor y todos los elementos agradables de la vida, dirigida por el compás uniforme de las olas del mar.

Y en seguida los carruajes, adornados por manos de artistas, exhibían las formas más graciosas y originales, y evolucionaban rápidamente sobre aquella vasta avenida, llena de gente elegante.

Lluvias de azahares, de rosas, de jazmines, de violetas y orquídeas, caían sobre los carruajes, en donde iban las más hermosas mujeres. Ellas, á su vez, respondían disparando, á manos llenas, puñados de flores que embalsamaban el aire con su suave fragancia.

Tenía aquello algo del «Triunfo de Flora» con que celebraban los romanos, en sus carros de soberbio atavío, la entrada de la primavera.

Era éste el poema de la felicidad completa: cada sonrisa era una estrofa, cada beso de una flor que caía sobre la figura de una mujer bonita, era una espléndida armonía.

Y la batalla seguía con animación creciente; los fuegos de la galantería no se apagaban un momento y por todas partes se veían cruzarse los disparos de flores y se sentían reventar granadas de perfumes.

Los heridos en la rudeza del combate respondían con una carcajada alegre, sonora, cuyo eco iba á apagarse, allá á lo

lejos, en medio del rumor apacible de las olas.

Dos carruajes se disputaban el premio en este corso suntuoso, en donde cada uno de aquéllos era una obra de arte, de gusto primoroso.

Uno sobresalía por su sencillez y el otro por su lujo.

Uno estaba adornado con espigas verdes de trigo entrelazadas con amapolas rojas y con manojos de *bluet;* toda esta hermosa combinación de colores estaba ligada entre sí con lazos de caña cinta.

Dirigía este carruaje una hermosa niña inglesa que vestía un traje sencillo de pastora. Su magnífica cabellera rubia ondulaba sobre las espigas de aquel campo improvisado, completando así el cuadro campestre que se había querido figurar.

El otro carruaje, que competía al premio, representaba un botón de rosa, de un color rosado suave, de cuyos pétalos se veía aparecer una fantástica ninfa que tenía en sus manos las riendas tejidas con flores.

Sus ruedas estaban adornadas con orquídeas moradas y con finísimos helechos. Parecía ese el carro nupcial de una princesa encantada,—de aquellas celebradas en las románticas leyendas del Rhin.

Sin embargo, no obstante su lujo regio y su elegante ejecución artística, el jurado acordó dar el primer premio al carruaje campestre de la hemosa pastora.

Al caer la noche los carruajes principiaron á retirarse, dejando tras de sí la huella de su olor delicado á flores y á esencias.

El final de esta fiesta estaba adornado por una decoración grandiosa, con tonos deslumbradores de fantasía oriental.

El cielo, encendido por los arreboles de un sol poniente, tenía el aspecto de una inmensa hoguera, cuyas llamas de color rosado purpurino, se reflejaban sobre la superficie plateada del océano.

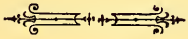
Unas cuantas velas se veían ondular, á lo lejos, encendidas como lenguas de fuego, sobre el mar.

Cuando el sol se sumergió, bajo aquel

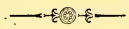
horizonte encendido se veían aún alumbrar, cual luciérnagas del agua, esas llamas de las velas lejanas teñidas por el reflejo de los últimos arreboles.

Parecía aquello una aparición fantástica de las sirenas y de las ninfas de ese mar soberbio, jugando, á su vez, una batalla de perlas, sobre sus carros de coral y de esmeraldas...

Pero la noche, celosa de tanta belleza, pronto vino á cubrir, con su manto negro, esa orgía admirable del color, de la luz y la armonía .....



El Palacio de Venus



Es una gruta misteriosa en donde se percibe apenas una suave claridad: un reflejo de luz rosada, como aurora de Oriente, lo envuelve todo en un manto que parece bordado con pétalos de rosa. En el fondo de la gruta se divisa, entre nubes fantásticas, un lago azul, de un azul profundo, en cuyas aguas se baña un grupo de náyades; y, en sus riberas, cubiertas de flores y de yerba fresca, se ven recostadas algunas sirenas que duermen un sueño de amor.

En el primer plan de este fantástico cua-

dro se destaca el lecho de Venus, un lecho divino esmaltado con perlas y piedras preciosas y suspendido en el aire sobre los tallos de los helechos y las palmeras.

Al lado de Venus, voluptuosamente recostado, se ve al caballero Tannhäusser.

En el medio de la gruta hay un grupo de ninfas de admirable belleza, vestidas con tules de gasa transparente, que ondulan con movimientos cadenciosos, al compás de una danza.

Sus cabelleras rubias caen lánguidamente sobre sus hombros desnudos, al seguir la armonía del baile y parecen formar entre ellas una cadena tejida con hebras de oro.

Del fondo de esta gruta encantada se ven aparecer algunas bacantes, con sus frentes ornadas con pámpanos de viña, trayendo en sus manos unas copas doradas, llenas de un licor perfumado, espumoso, con el cual invitan á beber á las ninfas.

"¡Oh! bellas mujeres; ¡ninfas del palacio de Venus! rendid un tributo á nuestro dios Baco, al dios de la alegría y del placer, les

dicen, rebalsando una y otra vez las copas.

"Bebamos á la gloria de Venus, la diosa de la hermosura y del amor; la que tiene fuego en el pecho y la única que da los goces de la vida", les responden las ninfas, siguiendo los movimientos, cada vez más agitados de la danza.

Y en seguida, en medio de la locura de esta bacanal olímpica, se oyen como un eco perdido que viene de lejos, las voces de las sirenas recostadas en las riberas del lago.

Entonces, la danza se va lentamente apagando y todos escuchan las voces lejanas.

"Acercáos á la ribera, se les oye decir, acercáos á este sitio, donde, en los brazos de un amor divino, se siente un fuego delicioso que apagará vuestros deseos."

Luego que todos han escuchado el canto de las sirenas, la danza sigue con nuevos bríos, con arrebatos febriles de impetuosidad y de pasión.

Llega un momento en que la locura, la frenética agitación de los danzantes, ebrios

ya de placer y de licor, principia á languidecer y las parejas van, poco á poco, perdiéndose en medio de las sombras misteriosas de la gruta.

Durante las diversas fases de esta maravillosa escena, se oye brotar de un oscuro subterráneo el son de una música prodigiosa, cuyos tonos van fluyendo en admirable armonía con los movimientos escénicos y con la idea que allí se ha querido figurar.

Esa música suena al oído como el rumor de un arroyo escondido, en cuyas aguas cristalinas corren las perlas sobre un lecho de granos de oro.

El acorde de los violines y del harpa, pulsadas por manos maestras, viene á completar la ilusión deslumbradora de este cuadro, en el cual todos los sentidos son halagados por emociones verdaderas,—emociones que sólo es capaz de producir el arte perfecto.

Wagner ha podido expresar con la armonía lo que no puede llegar á traducir el lenguaje humano: las sensaciones poderosas de

la voluptuosidad, el grito de la pasión, las vibraciones galvánicas del ser humano, cuando tiene por delante la atracción de la belleza, las seducciones y los misterios de las formas femeninas; todos estos movimientos íntimos del hombre están expresados, con calor y energía, en las notas de aquella música, profundamente real y humana.

Es allí, en el palacio divino del amor y del placer supremo, en donde el caballero Tannhäuser vive desde hace algunos años, enervado bajo aquella atmósfera tibia, perfumada, donde sólo se respira la molicie y sólo se sienten la languidez del espíritu y la postración moral.

Pero un cierto día, después que ha pasado esta desenfrenada orgía de ninfas y bacantes y en el palacio de Venus todo ha vuelto á la calma, él se siente despertar como de un largo sueño.

Es demasiado ya, ¡ah! es demasiado: es tiempo ya que venga el despertar, dice, agitando sus brazos, como buscando energías para romper los lazos que lo tienen allí atado.

¡Ah! qué palabras son esas, á donde se va tu pensamiento, le responde Venus, acariciando con sus manos la rubia cabellera de Tannhäuser.

"Yo soñaba, le dice Tannhäuser, me parecía escuchar lo que desde hace tanto tiempo no oía: creía sentir el rumor alegre de las campanas; me figuraba estar bajo los rayos brillantes del sol y divisar las hermosas constelaciones del cielo. ¡Oh! me parecía estar tendido en la yerba fresca empapado en rocío matinal oyendo los cantos del ruiseñor, mensajero de la feliz primavera.

¡Ay!, díme cuánto tiempo hace que yo estoy aquí privado de ver la hermosa naturaleza. ¡Oh! gran Dios, ¿acaso no la volveré á ver jamás?

Ah! ¿qué dices? le replica Venus, con el gesto indignado; ¿á qué vienen estas quejas insensatas? ¿Acaso estás ya cansado de las suaves delicias que te brinda mi amor, ó bien te quejas de estar á punto de ser un Dios: tan pronto has olvidado, ingrato, todo

lo que antes sufrías y todos los placeres de que gozas ahora?

Vamos! arriba, mi cantor divino, toma tu harpa y celebra el amor: tú sabes hacerlo, con tal magnificencia que has llegado á conquistar á la diosa misma del amor! Celebra el amor, mi Tannhäuser, ya que te has ganado el premio más sublime!

Entonces Tannhäuser se pone de pie, toma su harpa y canta.

"Gloria á tí, hermosa Venus! gloria á las maravillas que tu bondad ha creado para hacerme feliz! Que las delicias que tú has derramado sobre mí, sean expresadas en mi canto con explosiones de alegría y gratitud. A mí, un simple mortal me has hecho partícipe del favor que sólo se concede á los dioses.

Mas, por desgracia, he quedado siempre mortal y tu amor divino es superior á mi debilidad humana.

Un dios podría amarte siempre; pero yo por naturaleza, estoy sometido á los cambios.

Envidiable es aquel que puede gozar siempre en los brazos de tu fuego divino.

Las maravillas de tu imperio me llenan de deliciosa embriaguez; aquí respiro el encantamiento de todos los placeres. Mas yo ¡oh desgracia! en medio de estos vapores rosados, suspiro, á toda hora, por la brisa de los bosques verdes, por el azul del cielo, por el canto de los pájaros y por el perfume de las flores: me es preciso huír de tu imperio. ¡Oh reina! ¡oh diosa! déjame partir, déjame partir, le dice Tannhäuser con la voz angustiada, suplicante.

Venus, al oirle, se levanta de su lecho con los ojos fosforecentes por la ira; y con la voz temblorosa y agitada le grita:

¡Ah! infiel, desgraciado, traidor, ingrato; qué palabras son las que acabas de pronunciar! Tienes la osadía de despreciar mi amor,—el amor de una diosa, el amor de Venus,—tú un miserable mortal. Ah! no te permitiré alejarte de aquí. Tú no me dejarás, no me dejarás, le repite, con la voz exaltada de cólera.

Luego Venus cambia de tono y se dirige con timidez á Tannhäuser, le toma suavemente las manos, le besa los labios con arrebatos de pasión, y le dice, con un aire tierno, con un acento humilde de súplica: ¡Oh! mi bien querido, no me abandones, no seas cruel con quien de este modo sabe amarte. Mira mi palacio envuelto en todos los vapores del placer. Un Dios estaría orgulloso de encontrarse en tu lugar. Permanece acá y sobre mi almohada, la más suave de todas, no sentirás la nostalgia de la tierra. Sobre mis labios has de beber, á largos sorbos, el brebaje divino y en mis ojos vas á sentir los rayos de la voluptuosidad.

De nuestros lazos va á nacer una fiesta de placer; va á nacer un nuevo amor. ¡Ah! no te vayas! quédate conmigo y celebraremos juntos las solemnidades del amor.

Mi trovador, mi bien querido: ¿piensas todavía en huír?

Sí, le responde con acento resuelto y enérgico Tannhäuser, tratando de deshacerse de sus caricias con un esfuerzo de ánimo

supremo, en el cual se ve la violencia con que él procura apagar los llamados del placer; sí, continúa, estoy decidido á partir: mis deseos me empujan al combate; yo no busco las delicias del amor; yo quiero encontrar el reposo de mi conciencia en la oración, en la penitencia de mis culpas que deseo expiar.

Jamás encontrarás reposo, le dice Venus indignada, jamás encontrarás la salud de tu alma. Ven á mí y yo te daré la paz y la salud que tú deseas.

¡Oh! diosa funesta de la voluptuosidad, le replica Tannhäuser con acento cada vez más resuelto, no es en tí donde yo puedo encontrar la paz y la salud de mi alma: es en María.

En este instante se oye en la gruta misteriosa un golpe terrible, un grito ahogado y Venus desaparece de súbito.

Se oyen allí entonces los aleteos y los graznidos de los buhos y se ve salir del fondo de la gruta un vapor gris, amarillento, que envuelve toda la atmósfera en una

nube opaca, evocadora de los malos espíritus. Pero muy lentamente esta capa gris se va despejando y se principian á diseñar vagamente las primeras líneas de una montaña y de los bosques; se cree sentir, á lo lejos, como un eco, el sonido de las campanas y los gritos de los pastores.

Luego, este cuadro campestre, que figura la entrada del día, va haciéndose cada momento más real y, á medida que la luz aumenta, se va descubriendo una campiña verde con hermosos paisajes, con bosques profundos, con rebaño de ovejas que pastan en la yerba fresca; todo esto se ve alumbrado por un sol radiante que se destaca de un cielo despejado de azul intenso.

Se siente allí el canto matinal de las aves y el tranquilo murmurar de las fuentes. Es el campo de todas sus delicias y misterios el que se presenta á la vista de Tannhäuser que mira deslumbrado el cielo, sube y baja las colinas con alegría ingenua, infantil, rebosando del placer inmenso que le ofrece la contemplación de la naturaleza y

la vuelta de nuevo á la vida tranquila y saludable.

Sigue andando por el valle y luego encuentra un pastor sentado al pie de un árbol, que entona en su flauta un himno á la primavera que principia ya á brotar en los campos.

El siente de nuevo correr en su cuerpo la savia de la vida; la alegría se ve dibujada en su semblante, y canta entonces, con voz robusta, una canción sencilla á la vida campestre, ensalzando la felicidad de la existencia cuando se está libre de los lazos enervantes de la voluptuosidad.

Mientras continúa su marcha á través de los prados verdes, cogiendo las flores del campo y tendiéndose á ratos sobre el césped cual un niño contento, siente unas voces lejanas, algo como un coro místico que le sobrecoge y lo llena de piadoso fervor.

El procura acercarse al sitio de donde salen estas voces y luego alcanza á percibir algunas palabras.

"Vamos hacia tí, se oye decir, Señor de

Misericordia, Jesús Todopoderoso que eres la única esperanza del pecador arrepentido. Sentimos pesar sobre nosotros la carga abrumadora del pecado y queremos pedirte perdón humildemente y de rodillas. Por eso vamos á tu santuario en peregrinación piadosa. Tú has de escuchar nuestras súplicas."

Era este un coro de peregrinos que iba á Roma á pedir al Pontífice el perdón de sus culpas, entonando, con acentos de fervoroso arrepentimiento, un himno de gracia.

Tannhäuser se siente conmovido al oír desde lejos los ecos de estas voces; cae de rodillas al suelo, y con la voz entrecortada por las lágrimas, dice:

"¡Ah! Yo también siento pesar sobre mí la carga de mis culpas: yo no puedo llevarlas por más tiempo. Yo debo ir, soportando las fatigas y el sufrimiento, junto con esos pecadores, á pedirle á Dios el perdón. Tanto he pecado que ahora no me queda sino la expiación. La misericordia de Dios debe ser muy grande para quien ha vivido

tanto tiempo en brazos de la molicie y del placer.»

Entonces se levanta con nuevas energías y se le ve avanzar caminando por los escarpados senderos de la montaña, para buscar el coro de peregrinos, cuyos ecos se van apagando á lo lejos.

Una prodigiosa armonía de las notas y de las voces, que entonan el himno del perdón, envuelve esta escena en un manto celeste de misticismo profundo; y cuando á la distancia se pierden los últimos acordes de las voces solemnes de los peregrinos, el espíritu se siente agitado por una emoción extraña de fervor y de piedad.

Se sienten impulsos de oración y arrebatos de fe...

Las orillas del Rhin

El Rhin, símbolo de la poesía y de la música alemana, inspirador fecundo de las más hermosas leyendas caballerescas, viejo sitio de las más viejas tradiciones históricas, cuya atmósfera respira aún ese ambiente medioeval, saturado por las emanaciones del fanatismo y por el fragor de las encarnizadas luchas religiosas, es, sin duda, el punto de Europa que hoy conserva, con colores más vivos, el carácter y el alma de otra época.

Tiene el Rhin, marcado en todos sus detalles, el sello de la antigua hidalguía caballeresca y tiene á la vez un cierto sabor ro-

mántico que traduce, con rasgos verdaderos, las costumbres de esos tiempos.

Allí, en vista de los castillos feudales, despedazados y abatidos por los años, pero que siempre ostentan su altivo aspecto señorial, se pueden hoy reconstituir muchos interesantes capítulos de la historia de la Edad Media.

Allí, en esos hacinamientos, de ruinas, cubiertas de yedras, se puede recordar á lo vivo aquella época de los poderosos señores feudales, forrados en blindajes de acero, que vivían en perpetuo y mortal combate con sus vecinos. Ellos, entonces, para defenderse de los mutuos asaltos, se veían obligados á edificar sus castillos fuertes, ya en la cumbre elevada de un cerro escarpado, ya entre las más grietas profundas de una roca inexpugnable.

Observando ahí todo esto, bien se puede tener una idea de lo que fué esa oscura época en que el progreso de la civilización estuvo detenido algunos siglos bajo la influencia de un absurdo fanatismo religioso que

sólo inspiró al hombre de ese tiempo los ímpetus feroces del combate, junto con las ideas del odio, de la intolerancia y de la guerra á muerte.

Las orillas del Rhin fueron el centro en donde se operó todo el movimiento de las ideas religiosas de la Edad Media, cuya expresión fué siempre un acto de guerra. Desde Carlomagno hasta los tiempos modernos se han sentido por allí resonar los clarines del combate; y no sin razón han sido conocidas esas riberas como el campo de batalla de Europa.

Pero estas asperezas de la lucha fueron allí dulcificadas por las delicadezas y los perfumes del arte que ha encontrado en esos sitios una atmósfera propicia. Todo el desarrollo del arte alemán, á partir de sus primeros orígenes hasta nuestros días, está íntimamente ligado con algunas de las tradiciones del Rhin.

En la época medioeval los trovadores inspiraron sus cantos en las románticas leyendas del Rhin; y entonces aquellos bardos

primitivos entonaban himnos á los amores sencillos del campo, ó bien ensalzaban, con acentos de robusta poesía, el valor y el denuedo de los guerreros cristianos.

Más tarde los genios de la poesía alemana encontraron en los episodios del Rhin una fuente de inagotable inspiración. Muchos de los argumentos de Goethe y algunos de los admirables poemas de Heine se hallan empapados en la savia de esa vaporosa poesía, que es el alma de las fantásticas leyendas Rhinianas.

Los trovadores del tiempo medioeval acompañaban sus canciones con los acordes de sus instrumentos de cuerda que sólo permitían escuchar algunas notas de pobrísima armonía.

Después de los trovadores vinieron allí los históricos maestros cantores, grupo compuesto de músicos de algún talento, entre los cuales había nobles señores que recorrían las ciudades de las orillas del Rhin haciendo oír en las iglesias sus fervorosos cantos místicos, acompañados por una combinación

perfeccionada de instrumentos que ya significaba un paso de progreso en este hermoso ramo del arte.

Lentamente esta evolución seguía su curso natural; el Rhin era testigo de todos los ensayos y ofrecía en todo tiempo una nota de inspiración al sentimiento de los artistas.

Llegó, por fin, el momento en que el genio musical de esa raza logró hacer vibrar la nota más alta de su poderosa concepción artística y entonces las orillas del Rhin se desbordaron con los torrentes de esa soberbia armonía.

Bach, Bethooven, Gluck y Wagner muestran en muchas de sus admirables composiciones la influencia de esa delicada poesía, á veces mística, y á veces profana, que envuelve, como en un manto transparente de púrpura, las leyendas del Rhin.

Es, sin duda, este conjunto de grandes cosas que han tenido por cuna las orillas del famoso río, el motivo del apasionado interés que despierta su navegación en el ánimo de todos los viajeros. Esto mismo contribuye,

en gran parte, á que la imaginación se forje una idea ponderada de todos los encantos que allí puede observar, de tal modo que cuando se llega al propio sitio de estas fantásticas leyendas, todos encuentran una gran reducción entre el magnífico panorama soñado y la realidad de las cosas.

Desde luego, sus aguas son espesas y de un color oscuro de barro: por cierto que nadie al verlas se sentiría convidado á poetizar si no supiera de antemano que estaba navegando sobre el Rhin.

El paisaje que allí se presenta á la vista es realmente hermoso y original durante la primera hora de la navegación; pero en seguida va, poco á poco, degenerando en una monotonía fatigante para el espectador, que lleva la idea de ver á cada rato algún espectáculo maravilloso.

En ambas riberas del río hay plantíos de viñas que extienden sus guías por lo alto de las rocas y por encima de las pendientes más profundas.

Parece imposible cómo pueden allí culti-

varse esas plantas, que son las que producen el famoso vino del Rhin, sobre un terreno, á veces tan árido y escarpado, que tiene el aspecto de un barranco cortado á pique.

Por ambos lados se divisan cruzar los trenes que á rato se pierden de vista i luego vuelven de nuevo á aparecer por entre las gargantas escabrosas de esas montañas. En lo alto de las colinas y sobre los encumbrados promontorios de las rocas se pueden ver los restos mutilados de los castillos feudales, evocando allí los viejos recuerdos del pasado. Es entonces cuando el Rhin toma su color característico y despierta vivo interés en el espíritu de todos los que conocen los episodios históricos ligados á esos sitios.

Su parte más hermosa y variada es la comprendida entre Coblentz y Maguncia; es este el viaje que hacen todos los *turistas* en la línea de pequeños vapores que, con tal objeto, se ha establecido entre esas dos ciudades.

Allí, sobre la cubierta de esos vapores, se ve un conjunto extraño de tipos de todas

las diversas nacionalidades, reunidos con el propósito de conocer el famoso río.

Es curioso observar el aire de hastío ó desencanto que se manifiesta en todos aquellos semblantes poco después de haber partido.

Los turistas ingleses, siempre los más numerosos, no encontrando en el paisaje las maravillas de belleza que ellos se figuraban, se ponen, con toda flema, á leer las historias del Rhin en su guía de viaje; el inseparable Beadeker.

Unos cuantos viajeros franceses, que allí se veían, luego ordenaron un espléndido *lunch*, y hacían destapar, una tras otra, botellas de Joanisberg, —el más famoso vino del Rhin,—que parece tener un sabor y un perfume especial cuando se toma en esos sitios.

Por otros lados se notaban muchos grupos de gordos alemanes empinando, hasta saciarse, grandes *bocks* de espumosa cerveza.

En todas partes, el aleman, cuando siente

algún impulso romántico, necesita, para completar su emoción, estar sentado al lado de un *bock* de cerveza, siempre renovado...

Una sonata de Bethooven ó una sinfonía de Wagner, junto con una salchicha y un sorbo interminable de Munich ó Pilsener: tal es el complemento indispensable para su plena satisfacción. Mitad poeta, mitad gastrónomo y todo soldado, es el tipo que se ve dominar en Alemania.

En otros puntos veíanse algunos, más artistas por cierto, que estos alemanes, ocupados en leer poesías ó leyendas relativas al Rhin, recostados muellemente en los sofaes del vapor. Sin duda, eran éstos los únicos que sabían aspirar el delicado perfume que se desprende del alma de esos históricos sitios.

En fin, todo ese grupo cosmopolita que allí viajaba, con el objeto de admirar los paisajes del Rhin, no se daba ni siquiera la pena de mirar los panoramas del río.

Durante todo el trayecto se van viendo algunas de las pequeñas ciudades edificadas

sobre las orillas del Rhin: el aspecto que ellas muestran es agreste y sencillo: hai allí un aire primitivo de buenas costumbres que les da un sabor patriarcal, lleno de encantos.

Cuando hasta ellas llega el vaporcito, al caer la tarde, se sienten sonar, con voces melancólicas, las campanas de la aldea, y todos los habitantes salen á las orillas del río, vestidos con sus trajes sencillos, á esperar la llegada del vapor que les ha de traer buenas noticias.

Un acento de profunda tristeza acompaña el eco de las campanas del Rhin y el paisaje alumbrado por la luz de un crepúsculo sombrío, principia á tomar formas fantásticas.

Entonces la imaginación, exaltada por la leyenda, comienza á concebir las visiones de los castillos encantados, de las hadas y sirenas que pueblan los bordes del río.

En esa hora, teñida por los arreboles de un horizonte gris, el espíritu se figura ver, sobre la cumbre de aquellos precipicios y por encima de los rocas escarpadas, las legiones de hidalgos caballeros medioevales

marchando á través de los peligros, al asalto de algún castillo fuerte para rescatar una dama prisionera ó para castigar á un mal cristiano.

Entonces el Rhin revive con todo el vigor de su vieja existencia y todos sus genios ocultos, envueltos por el manto de la noche, siguen inspirando nuevas páginas á sus eternas leyendas.

Las leyendas del Rhin

Del polvo de las ruinas de los castillos y de las fortalezas medioevales, ha renacido una nueva vida en las románticas orillas del Rhin. Es la vida de la tradición y de la leyenda que resucita los recuerdos del pasado y los reviste con un ropaje de hermosa fantasía.

Cada muro derruído que allí se ve, cuenta una historia; cada ruina evoca un pensamiento. Las paredes de los viejos conventos, cuyos cimientos aún están en pie, guardan todavía el eco de los cánticos de los piadosos peregrinos, que por allí pasaban en viaje á Roma.

Sobre las altas rocas, en donde estaban edificados los castillos fuertes, se sienten correr dulcemente las aguas del río, haciendo un murmullo cadencioso que evoca el recuerdo de los viejos trovadores y de sus románticas canciones.

Por entre las grietas de las paredes destruídas de los claustros y castillos se asoman los pámpanos de verde yedra, brotados en el polvo de los escombros medioevales.

Este ropaje de verdura, cubriendo las ruinas, es el eterno lazo con que la naturaleza une los tiempos que fueron con los días presentes.

De igual modo las leyendas del Rhin son el eco de la vida de otros tiempos, envuelta en el perfume de la poesía y en los vapores fantásticos del misterio.

Navegando en el Rhin, á cada rato, se escucha relatar una leyenda.

Al pasar frente al castillo de Trifels el guía, que va en el vaporcito de *turistas*, cuenta una hermosa historia.

"En el siglo XII este castillo era una fortaleza inexpugnable, destinada á servir de prisión á los grandes reos de Estado.

Aquí, el sanguinario Enrique VI, sucesor de Barbarroja, encerró á todos los príncipes enemigos haciéndoles morir de hambre ó de maltrato. Cierta vez cayó en sus manos "Ricardo Corazón de León" después de una reñida batalla, y lo hizo encerrar con grillos en el calabozo más seguro del castillo. Este accidente no abatió el espíritu indomable de Ricardo y en las oscuridades de su prisión se dedicó á la música y al canto, sus dos placeres favoritos.

Después de la batalla sus súbditos y partidarios se vieron obligados á escapar á Inglaterra para librarse de las venganzas de Enrique VI, y ninguno de ellos pudo saber el sitio en dónde estaba encerrado el infortunado soberano.

El más fiel de todos ellos, el famoso trovador Blondel, se propuso encontrar la prisión de su rey; con este objeto se transla-

dó á las orillas del Rhin y durante largo tiempo recorrió todos sus castillos y fortalezas tomando noticias de Ricardo.

Fué infructuoso todo su activo empeño; él estaba ya decidido á volverse á Inglaterra, descorazonado, por no poder encontrar las huellas de la prisión de Ricardo.

Pero, un cierto día, al pasar por una campiña, próxima al castillo de Trifels, escuchó la voz de una joven pastora que cuidaba allí un rebaño y entonaba un aire que él conocía mucho por ser la canción favorita de su rey.

Se acercó á ella, emocionado, y preguntóle dónde había ella escuchado esa canción tan hermosa y delicada.

Hay un prisionero allí en esa torre del castillo, le repuso la zagala, que á toda hora canta este mismo aire acompañado de su lira. Yo se lo he aprendido y lo canto mientras estoy en el campo cuidando el ganado de mi padre. Debe ser un gran personaje ese prisionero,—le agregó la pastora,—porque con él hay la más estricta vigilancia en el castillo.

Este fué un rayo de luz para Blondel y sus presentimientos le anunciaban que no podía ser otro sino su rey ese prisionero.

A fin de no provocar sospechas de las guardias del castillo, se retiró pronto de ese sitio para volver en las altas horas de la noche con su harpa y entonar allí la romanza que acababa de escuchar de labios de la hermosa pastora.

A media noche llegó allí, y mientras todos dormían, él escaló las escarpadas rocas del castillo, situándose en un punto próximo á la torre en donde estaba encerrado el prisionero.

Pulsó entonces su harpa y cantó á media voz la romanza favorita del rey Ricardo.

Luego, desde lo alto de la torre, percibió una voz apagada y el son de una lira que repetía algunos acordes de esta romanza.

Era, sin duda, Ricardo Corazón de León el prisionero encerrado en la torre del castillo de Trifels: era él, quien con su lenguaje varonil y delicado, estaba allí anunciando su presencia.

Esa romanza sólo él podía entonarla desde que eran obra suya los versos y la música.

Empresa harto difícil y peligrosa era vencer la vigilancia de los carceleros y más difícil aún poder escalar los muros del castillo, edificado, como ustedes ven, nos decía el guía, sobre aquella empinada roca. Blondel tuvo entonces que recurrir á la astucia. Se disfrazó de paisano y le hizo la corte á la hija del llavero del castillo, que era la hermosa muchacha que había conocido cuidando su rebaño en las inmediaciones del castillo. Su voz privilegiada de trovador, sus tiernas romanzas, cantadas al son de su harpa, lograron pronto enamorar á la pastora y hacerla servir fielmente sus deseos.

Blondel le pidió una noche que, mientras su padre dormía, ella entrara á su aposento y le sustrajera las llaves para abrir la prisión de Ricardo.

Ella intimidada al principio, luego accedió á las instancias de su amante, quien le ofreció partir con ella y con su rey Ricardo

que sabría recompensarle con honores y riquezas su generoso atrevimiento.

Cuando todo estuvo concertado, la pastora entró á la prisión de Ricardo y le entregó una carta del trovador; ambos entonces salieron ocultos entre el misterio de la noche y en la puerta del castillo encontraron á Blondel con dos briosos caballos preparados. A gran galope pasaron la frontera y pusiéronse á salvo en tierra extranjera.

En aquellos tiempos de continuas guerras y de asaltos, nos decía el guía, escenas como éstas sucedían con mucha frecuencia y siempre era la astucia la que vencía la fuerza y la estrategia.

Estos castillos, como ustedes ven, eran por su posición, completamente inatacables, aún con un número de hombres cien veces superiores á los que los defendían, y sólo con un golpe imprevisto de audacia personal ó de astucia se podía lograr el éxito en un ataque ó la libertad de un prisionero.

No sólo la leyenda histórica ó guerrera, sino la leyenda fantástica, ha encontrado un

vasto campo de invención en las orillas del Rhin.

La imaginación popular, siempre inclinada á lo maravilloso y sobrehumano, ha forjado allí extrañas apariciones de hadas y sirenas.

"Sobre esa alta roca que se ve salir á flor del agua, nos contaba el guía, hay infinitas supersticiones y misteriosas leyendas que se han ido transmitiendo, de generación en generación, desde los más remotos tiempos.

Hay gente del pueblo que cree que allí ha aparecido una hada, cuyo palacio encantado estaba en el fondo de las aguas.

Cuenta una vieja tradición que Hermann, poderoso caballero de la comarca, se enamoró de aquella hada, cuya belleza era ideal y cuya voz era suave y armoniosa.

Algún tiempo después el caballero Hermann desapareció sin que nadie pudiera jamás dar noticias de él.

Sólo más tarde un viejo pescador contaba que él había visto lanzarse al río desde

esa roca á un caballero de armadura dorada y de cabellera rubia.

Era Hermann que, conducido por el hada, había ido á habitar su palacio misterioso en donde cantaban las sirenas y las ninfas del Rhin.»

Esta tradición ha inspirado á Heine un delicado poema llamado *Lore lei.* «Sobre la roca gris, dice, ella sale al amanecer de su palacio de perlas á beber las gotas del rocío del alba.

Cuando asoma el sol su cabellera rubia esparce rayos de luz. Las sirenas y las ninfas la rodean y cantan á su lado.

Ella después se recuesta sobre la espuma duerme con su amado.

Una barca blanca arrastrada por un cisne, viene al caer la tarde y la conduce de nuevo á su palacio en donde reina y el amor y la felicidad eterna.»

El amor y la piedad vivían en amistosa unión en aquellos buenos tiempos: al lado de un episodio de fantasía galante se cuenta allí una escena de fantasía mística.

Ahí en esas viejas paredes destruídas, pero que aún conservan su aspecto claustral, hace siglos hubo una ermita en memoria de San Goar el patrono y protector del Rhin, nos decía nuestro guía. Cuentan las viejas tradiciones que en ese mismo sitio vivía, en una casa de piedra, este buen religioso: su virtud y su piedad eran tales que toda la gente de la comarca acudía á su lado pidiéndole su consejo y su gracia.

El los protegía á todos, con paternal cariño, les daba sanos consejos, les exhortaba al bien, les enseñaba á ganarse la vida cultivando los campos y las viñas.

Era el patriarca del Rhin á quien todos profesaban respeto y cariño: cuando murió se erigió en su memoria una ermita á la cual iban en peregrinación todos los años los habitantes de esta comarca á implorar los dones milagrosos del Santo.

Ahí iban unidos los simples campesinos y los grandes señores.

Carlomagno en una de sus expediciones

fué á ese sitio llevando moribundo uno de sus hijos y obtuvo su mejoría.

Todas los cruzados de las orillas del Rhin, antes de partir á Tierra Santa, pasaban por la ermita de San Goar á besar sus reliquias, consideradas como un talismán.

Hoy este culto no se ha extinguido del alma de los sencillos paisanos que habitan estos lugares. Si los años han destruído las paredes de la ermita no han podido destruir la tradición milagrosa del Santo. Todos los años hay aún peregrinaciones populares á este sitio; y las madres traen á sus hijos enfermos para que el santo les devuelva con un milagro la salud.

Este piadioso ermitaño que murió muy anciano, teniendo el corazón y la bondad de un niño, es hasta hoy el símbolo de la inocencia y de la virtud. Una vieja costumbre, establecida entre los paisanos de estas riberas, conduce á las muchachas del pueblo, el día de su primera comunión, á la vieja ermita del santo y allí hacen sus votos de fe y de piedad.

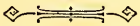
Es digna de verse esa peregrinación de muchachitas hermosas, que suben hasta la altura de la ermita, con sus cabellos rubios, como hilos de oro, flotando sobre sus vestidos blancos y llevando en sus manos ramilletes de flores blancas, emblema de su pureza virginal.

En esos días la ermita se siente perfumada; vuelve á renacer en ella la juventud, y el espíritu del santo parece vivir de nuevo allí.

Entretanto oíamos esta hermosa leyenda, llena de fe y poesía, nuestra embarcación seguía avanzando rápidamente: caía la noche, cubriendo la atmósfera de nubarrones oscuros que evocaban las visiones de los espíritus y daban alas á la imaginación y á la leyenda. Sentíamos, á lo lejos, un rumor de campanas que tocaban la oración con sonidos dulces, como una plegaria á la Virgen.

Poco después divisamos las torres de la vieja catedral de Maguncia, nuestro punto de llegada.

Los Restos de un Mundo



Las pintorescas riberas del Guadalquivir, sitio alegre de las danzas y de las canciones españolas, fuente de la gracia, del salero y de toda la risueña poesía andaluza, deben estar hoy adornadas con lazos de crespón negro, porque acaba de cruzar sus aguas una barca fúnebre,—una barca que viene desde América trayendo las cenizas de Colón.

Los azahares que perfuman aquellos jardines encantados de Sevilla han de haber servido para tejer las guirnaldas de duelo; los claveles rojos que caen en racimos de

los arabescos balcones de sus casas, deben estar brotando sangre en estos tristes días; y las sonrisas alegres que siempre se dibujan en los labios rosados de las guapas andaluzas, debieron trocarse en un sollozo de amargo llanto.

La fiereza y el orgullo de una raza, los sentimientos nobles del corazón de un pueblo, deben haber visto en este episodio algo más que el gesto de la sangrienta ironía del tiempo, algo más que una carcajada mefistofélica sobre la faz moribunda de la infortunada España; ¡ah! sin duda todos habrán sentido algo como la impresión de una traidora puñalada en el pecho, al comprender todo el profundo y desgarrador significado que tiene para España la vuelta de los restos de Colón.

Para cerrar el libro que relata la historia grandiosa del descubrimiento de América, —libro escrito con sangre sobre páginas de oro,—sólo faltaban algunas palabras que le sirvieran de epílogo. Hoy, este epílogo está ya escrito: su última frase, palpitante aún de

emoción, dice, "que en una ligera barca,—parecida á la carabela en que partió Colón,—se ha visto llegar un féretro, en donde viene encerrado el último tributo que América le rinde á España: un puñado de las cenizas de Colón!!

Los que hayan presenciado este suceso con espíritu ilustrado y pensador, se han podido, talvez, apercibir de que allí asistían á la última escena de una gran tragedia histórica. De una tragedia cuyo poderoso desarrollo ha durado más de cuatro siglos en lucha abierta con todos los obstáculos de la naturaleza, venciendo todos los azares de la guerra con los pueblos salvajes, sin inquietarse jamás por las incertidumbres de lo desconocido, ni por temor á la muerte y á las fieras rudezas del combate.

Esta tragedia, heróica á veces, ávida de oro siempre, encierra en sí la historia de los triunfos y de las grandezas de una raza, á la vez que da noticia de sus debilidades y decaimientos.

Al final de este gran movimiento de he-

chos históricos asistió, ayer no más, el pueblo español, cuando fué á recibir los restos de Colón.

Ese día, al guardar en un vaso sagrado el puñado de cenizas que aún quedan del grande hombre, á quien un destino implacable lo hizo errar durante su vida de igual manera que siglos después de su muerte, me figuro que todos deben haberse prosternado con muestras de respeto y de terror, ante el espíritu inexorable de un Dios inclemente, que se encarga de mostrar á los pueblos, con lecciones severas, cuán poco duran todas las grandezas humanas.

De aquel mundo enorme de riquezas fantásticas sólo le quedan á España algunos nombres de esforzados guerreros, algunos recuerdos de valientes episodios de combate, en los cuales había, sin duda, mayor parte de ambición que de espíritu civilizador, pues con todo lo demás, con las montañas de oro, con las piedras preciosas y las fuerzas indígenas, España construyó un elevado castillo en el aire que fué arrastrado por los vientos.

Sólo la cuna en donde vió la luz esta maravillosa epopeya de Colón,—la más sublime y hermosa de cuantas ha producido la humanidad,—permanece intacta á través de los siglos. El sol brillante de Andalucía que iluminó las sombrías auroras de Colón, cuando su espíritu estaba nublado por la visión de un nuevo mundo y por las crueles luchas que sostenia para realizar sus proyectos, es el mismo que ayer, á su llegada, envió sobre sus restos un rayo moribundo, un beso de adiós!

Las riberas perfumadas del Guadalquivir, sobre cuyas aguas se mecieron muchas veces sus sueños inquietos á través del más allá del océano, que él, con su genio, presentía, se conservan allí como mudos testigos de todos los episodios de esta magnífica epopeya.

Las fantásticas tradiciones de este río, tantas veces cantado en las leyendas populares, así como en la lira de los clásicos poetas castellanos, cuentan que en sus riberas viven sirenas que cantan los idilios de los sencillos

pastores que guardan sus rebaños por allí cerca de esas riberas.

Estas mitológicas sirenas del Guadalquivir han podido también cantar todo el himno grandioso del descubrimiento de un nuevo mundo. Ellas han visto pasar por el lecho de su río, durante siglos, los veleros, soplados por las brisas de América, que llegaban á España cargados con montones de oro y llenos de piedras preciosas.

En los mismos bordes del río ellas han visto levantarse un castillo fuerte, bautizado con el nombre de "La Torre del Oro", pues servía para depositar en él todo el oro que venía de América.

Este castillo fué entonces el tesoro de España y de allí salió todo el brillo que ella lució ante el mundo en aquella gloriosa época en que "el sol no se ponía en sus dominios".

Hoy "La Torre del Oro" existe en pie y conserva todavía el mismo nombre de antes; pero ya no hay allí soldados que guarden el tesoro y dicen que está convertida en una guarida de ratones. . . .

Ah! qué lección de amarga filosofía hay encerrada entre las paredes de esa torre! ¡Cuántas veces en la vida los que han sido leones pasan á ser ratones!

Después de cantar el himno al oro, aquellas sirenas del Guadalquivir, han podido entonar alegres canciones á las victorias y al heroismo de los hijos del Cid.

Ellas han visto desfilar por las aguas de su río, uno tras otro, los buques de América, mensajeros de gloriosas nuevas. En cada correo, cuando no se relataban las hazañas de un hidalgo guerrero castellano, se daban noticias de un nuevo país sometido al cetro de los Reyes de Castilla.

Cortés, Pizarro, Almagro y Valdivia pasaron por allí en buques lastreados con piedras de oro y con piedras preciosas, llevando una nueva corona á los dueños del mundo.

Sus figuras se destacaban, rodeadas de la brillante aureola del triunfo, sobre la turba de indígenas prisioneros que llevaban como muestras de los tipos criollos.

Y estos pobres al inclinarse como escla-

vos, al peso de las cadenas, ante aquel trono olímpico, no sentian, acaso, allí mismo correr en su sangre indígena el primer germen de regeneración, el primer impulso de libertad?

Mas todas estas figuras de los héroes de la mitología castellana se han ido, poco á poco, desvaneciendo en la bruma del tiempo.

La evolución se iba operando lentamente, pero con paso seguro; y esas canciones á la riqueza y á las victorias castellanas, fueron así mismo cambiando su acento.

Las mismas sirenas del Guadalquivir vieron después cruzar por sus aguas algunos buques que venían de América trayendo arriada, si no á media asta, la invicta bandera española. Entonces ellos, en vez de traer las faustas noticias de la conquista de nuevas tierras, venían derrotados, corridos por sus propios hijos, llorando la pérdida de algunos de los países conquistados.

Y estos buques, con la bandera arriada, iban llegando, uno á uno, con obstina-

da porfía, hasta que, por fin, llegaron todos.

Cuando, ayer no más, entró el último, llevando en sus velámenes lazos de tules negros y en su cámara de honor un pequeño féretro con las cenizas de Colón, las alegres sirenas del Guadalquivir, las que, en otro tiempo, cantaron los triunfos y las glorias de España, dejaron oír, en ese día, una canción dolorida de amargo llanto. . .

¿Y qué dirán hoy los hijos de España, si piensan un poco y si miran á través de los siglos, en presencia de este tributo fúnebre que le rinde la hija emancipada á su vieja madre?

Existe todavía una histórica urna en un antiguo templo gótico, en la cual se guardaban las joyas que obsequió la reina Isabel á Colón para construir sus carabelas.

Hoy que á España no le queda de América, sino los restos de Colón, ahí está la urna abierta, desde hace cuatro siglos, aguardándolos. Ella contará cómo adentro de sus estrechas paredes hay encerrado un mundo;

ella mostrará el polvo de la grandeza humana!!

Y habrá que inclinarse con respeto ante esa gran lección.

Enero 15 de 1899

Un retrato de Ibsen

Todos los viajeros que van en el verano á recorrer los grandiosos bosques de Noruega, una vez que llegan á Christianía, procuran buscarse una ocasión de conocer á Ibsen: este genio de los polos que irradia sobre Europa las elevadas concepciones de su talento original.

El sitio conocido por todos como el más á propósito para encontrarle, es el Gran Hotel de Christiania, pues Ibsen, siguiendo una vieja costumbre, va á él todos los días, por una hora, con el fin de leer los diarios franceses y alemanes que allí se reciben.

Nosotros, como tantos otros viajeros, preferimos hospedarnos en ese hotel para satisfacer desde luego esta natural curiosidad.

Algunas horas después de llegar y en circunstancias de encontrarnos sentados bajo la sombra de las palmeras de un hermoso jardín suspendido, en donde todos después del almuerzo se iban á tomar el café, vimos avanzar un viejito de melena blanca, con grandes anteojos negros, que marchaba lentamente y traía en sus manos algunos diarios.

Todos á su paso se ponían de pie, haciéndole respetuosos saludos, y en el semblante de esa gente se notaba algo como un movimiento de satisfacción y de sorpresa. El viejito caminó hasta un rincón de aquella azotea, en donde había un cómodo sillón de balance y allí se sentó á leer sus diarios.

Uno de los mozos del hotel, cuando nos observó que lo mirábamos con muestras de viva curiosidad, se acercó á nosotros y nos dijo en un mal francés: "Ese que ustedes

miran es Ibsen, señores». Dijo estas palabras con un tono tan marcado de petulancia que cualquiera habría creído á ese rudo mozo de hotel, capaz de comprender á Ibsen.

Pero, en fin, con esto él revelaba el culto que tienen los noruegos por su grande hombre y la satisfacción patriótica que ellos sienten cuando pronuncian su nombre delante de los extranjeros.

Nuestro primer intento al encontrarnos frente á Ibsen fué el de dejar encerrada su figura en las placas de nuestro aparato fotográfico, y, al efecto, apenas él se instaló allí frente á nosotros, comenzamos á ingeniarnos un modo de realizar nuestro proyecto. Era preciso tomar algunas precauciones para no ser sorprendidos, pues, es fama que Ibsen huye de estas máquinas instantáneas que usan los *turistas* y que siempre lo persiguen.

Nos colocamos en una mesa situada al costado del sitio en que él estaba, y allí, mientras fingíamos ocuparnos en tomar nues-

tro café, le dirigimos el foco sobre su cabeza nevada que deseábamos conservar como el mejor recuerdo de nuestro viaje por los países de las nieves eternas y de los grandes bosques primitivos.

Después, cuando Ibsen hubo concluído su lectura habitual, se puso de nuevo en marcha hacia su casa, y nosotros nos fuimos tras él á cortos pasos, apuntándole con el foco nuestro implacable aparato fotográfico. Igual cosa hacía á nuestro lado un grupo de viajeros ingleses y alemanes que no perdían ni un paso de Ibsen, é iban tras él con una extraña mezcla de curiosidad infantil y de admiración.

Es realmente digna de observarse la popularidad de Ibsen en Noruega; cuando él va por la calle todo el mundo se descubre en su presencia y muchas veces se forman grupos de personas que le abren camino y le dicen á su paso las palabras más entusiastas y afectuosas.

Su retrato se ve en todas partes ocupando un sitio entre los retratos de familia y su

nombre es venerado por todos, desde el rey Oscar II, que se manifiesta su mejor amigo y entusiasta admirador, hasta el más humilde leñador de los bosques.

El culto de los noruegos por Ibsen, ha llegado hasta el punto de inmortalizarlo en vida y con este propósito le han elevado una estatua de mármol en la puerta del nuevo teatro dramático de Christianía, en donde se representan sus obras.

Esta popularidad sería, sin duda, muy estrecha si se hubiera reducido á las fronteras de Suecia y Noruega; pero, lejos de esto, el nombre de Ibsen es conocido y admirado en todo el mundo intelectual europeo.

En todas partes sus obras han sido traducidas y comentadas por los críticos, quienes han reconocido, á una voz, su mérito artístico, á la par que la singular originalidad y el humanitario propósito de sus teorías sociales.

En Francia y Alemania la influencia de sus obras ha sido tal que han formado una nueva escuela en el teatro moderno, y mu-

chos escritores de mérito se reconocen sus discípulos.

Es á causa de esto que alguien ha comparado á Ibsen con Wagner, desde que ambos han operado una revolución en el ramo del arte al cual han dedicado sus talentos.

¿Quién, al leer y sobre todo al ver representar algunos de los profundos dramas de Ibsen, no ha sentido una emoción extraña, una palpitación nueva de los sentimientos? ¿Quién, además, no ha podido ver en sus obras la imagen perfecta de la realidad, puesta en la escena con todo el calor de la vida y con toda la fuerza de su poderosa concepción dramática?

Ibsen en todas sus obras se ha propuesto dar á conocer algunos oscuros problemas de la vida social moderna y ha conseguido poner en relieve muchos vicios de la organización de las sociedades europeas.

En esta empresa ha puesto en acción su espíritu profundamente moral y humano, junto con los impulsos de su corazón generoso.

No ha podido contemplar, sin un grito de indignación, la hiprocresía y la injusticia de ciertas conveniencias sociales admitidas; y, valiéndose de los recursos del teatro, en donde él ha encontrado su campo de trabajo, ha luchado por combatir estos males.

Ibsen es un apóstol de la verdad social, un bello ejemplar de la honradez severa del carácter. El teatro ha servido de tribuna á sus ideas, adecuadas, talvez, á los hábitos y al temperamento de sus connacionales; pero demasiado estrictas para las viejas sociedades del mundo europeo, en las cuales la lucha creciente de la vida y el cosmopolismo de sus poblaciones ha introducido gérmenes viciados.

En cualquiera de sus obras puede notarse un noble fin: en "Casa de Muñecas", por ejemplo, sostiene á la mujer en el papel que le corresponde en el hogar, en donde ella debe tener un puesto importante y hacer valer cierta autoridad.

En el "Pato salvaje" condena la inmoralidad de un patrón,—tipo de muchos otros,

que para salvarse de una responsabilidad de amor, sorprende la buena fe de uno de sus subalternos y lo hace contraer un matrimonio vergonzoso.

En "Los Espíritus", su obra maestra, pinta con energía y verdad prodigiosas, el tipo de un muchacho, degenerado y raquítico por la herencia viciosa de su padre, que, á los veinte años, siente una anemia física mortal, junto con otra anemia, más cruel aún, del espíritu.

Á juicio de todos los críticos esta obra retrata fielmente la degeneración intelectual y material de ciertos individuos nacidos en medio de la orgía de las grandes ciudades, con tan pocos síntomas de vida, que mueren en plena juventud, linfáticos y raquíticos de cuerpo y de espíritu.

En sus dramas políticos—"Un enemigo del pueblo" y "Romersholm"—combate con valor la injusticia y pone en evidencia el carácter y las intenciones de tantos grandes especuladores del pueblo. En ellos demuestra sus teorías políticas sobre el gobierno de

un país ó sobre la manera cómo él entiende los asuntos públicos. En todas ellas se ve su espíritu recto y siempre justiciero; pero platónico á veces.

Para apreciar el elevado espíritu de Ibsen es preciso conocer el medio social y aún el medio natural en que ha vivido y del cual ha sentido poderosas influencias en su temperamento y en su manera de apreciar las cosas.

Es natural que en Noruega, allí donde el espectáculo de una naturaleza grandiosa y feraz, hace que el hombre conserve el alma más sana y primitiva, existan caracteres severamente morales como el de Ibsen, caracteres que no han tenido que doblegarse en la lucha por la vida, que no han sentido el contagio de los espíritus enfermos, ni de las inclinaciones torcidas; hombres de corazón sencillo que no han respirado la atmósfera viciada de los grandes centros humanos. Estos caracteres son como las encinas de las selvas salvajes de Noruega, á donde jamás ha llegado una mano extraña á despojarlas de su corteza primitiva.

Ibsen es el tipo de hombre que mejor personifica el carácter noruego—sano, laborioso y moral á un mismo tiempo—, y es por esto que todos sus compatriotas lo veneran y cada uno, en su corazón, le ha elevado un monumento de admiración y de cariño.

Los peregrinos de Lourdes

LA PARTIDA DE PARÍS

Todos los años, el 17 de Agosto, día de la peregrinación nacional á Lourdes, los enfermos de males incurables que existen en Francia se incorporan, con ansias de vida, en sus lechos, y, unos arrastrando dolorosamente sus cuerpos mutilados y otros llevados en camillas por sus deudos, consumen sus últimas fuerzas en ir hasta el santuario de Lourdes á pedirle allí á la Virgen que les devuela, con un milagro, la salud y la

vida, ya que la miserable ciencia de la tierra no puede aliviarlos de sus males.

Una ráfaga ardiente de fe, una brisa de esperanza divina sopla en esos días sobre los lechos de los moribundos y de todos los que padecen sin remedio: y esos espíritus, exaltados por el sufrimiento, se agitan con movimientos nerviosos de acendrado fervor, creyendo, tal vez, vislumbrar la luz de la vida allí entre las sombras misteriosas que envuelven el milagro.

Esas pobres imaginaciones febriles, viven muchos años soñando con esta hermosa poesía de Lourdes, poesía divina, desde que tiene el don de servir de lenitivo á los más crueles dolores humanos.

Cada uno de los enfermos que va hasta aquel santuario lleva en su corazón todo un mundo de fe en el milagro. Unos creen que allí, en medio de los resplandores del nimbo de luz que rodea la gruta de Lourdes, van á percibir una sonrisa afable de la Virgen, —una sonrisa que sea como un bálsamo de vida y de salud,—otros van con la idea de

escuchar, entre el murmullo de las plegarias y los cánticos, una palabra de sus labios,—una palabra como las del Cristo á Lázaro, que les diga: "Levántate y anda", á los desgraciados que han vivido postrados durante largos años.

Por esto, entre todos los enfermos, devotos de Lourdes, la esperanza en el milagro es un manantial que no se agota jamás: muchos de ellos van allí todos los años, sin interrupción, siempre con nueva y ardorosa fe, siempre creyendo cada uno ser él, el ungido del milagro.

Ellos en el fervor candoroso de sus almas, enfermas también por los sufrimientos físicos, viéndose abandonados del mundo que los mira con repugnancia, sin un amparo en la tierra, ingrata y egoísta para sus dolores, piensan, talvez, en medio de las angustias de este horrible naufragio de todo lo de abajo, que volviendo sus ojos al cielo han de alcanzar las piadosas miradas de la Virgen, madre de bondades y de misericordias, que ha de acordarse alguna vez

de sus dolencias y les ha de conceder alivio.

Esta angustia mortal del ánimo unida á los deseos desesperados, violentos, de volver á la vida,—á la alegría y al placer de la existencia sin las torturas del dolor físico, —son motivos suficientes para producir un estado febril de exaltación nerviosa en el ánimo de los enfermos. Estas aspiraciones tan naturales á la vida, apoyadas después por una fe apasionada en la tradición de los milagros de Lourdes y fomentadas, hasta el delirio, por las plegarias y por los arranques místicos de los espíritus creyentes, logran operar, muchas veces, un sacudimiento tan poderoso en todas las fibras del sistema nervioso que, de súbito, se restablece el equilibrio de todas las funciones del organismo, y entonces el enfermo se levanta de su lecho y anda.

Al verlo todos caen de rodillas ante el altar de la Virgen y gritan ¡milagro!

Pues bien, sea. Hay que inclinarse, con respeto, ante ese hermoso milagro brotado

del corazón de un grupo de sinceros creyentes, quienes, al pedirle al cielo un alivio para sus males, encuentran, á veces, el remedio en el propio fervor de su espíritu, poseído por la idea del auxilio divino.

.....

El día de la partida de la peregrinación, desde la madrugada, principia á llegar á la estación de los ferrocarriles que van á Lourdes, una turba numerosa de enfermos de todas las clases sociales.

Unos llegan en grandes carruajes abiertos, acostados sobre sus camillas; otros llegan en brazos de sus parientes, otros que aún pueden valerse por sí mismos, se ven llegar apoyados en sus muletas, arrastrando penosamente sus miembros enfermos, otros, por fin, con mejores recursos, llegan instalados cómodamente en sus pequeños carruajes de mano. En la estación están aguardándolos los sacerdotes y las hermanas de caridad que organizan esta peregrinación y los reciben á todos, sin distinción, con las muestras de ese abnegado amor

cristiano que tiene una sonrisa de bondad inefable para todos los dolores humanos.

Allí también se ocupan de asistir á los enfermos muchas señoras y algunos caballeros y jóvenes de la alta sociedad francesa, quienes prodigan ahí la caridad en una forma tan generosa como edificante.

Es preciso ver allí ese cúmulo desgarrador de enfermedades rechazantes; es preciso ver las llagas humanas con aspectos nauseabundos, repugnantes, para poder apreciar hasta dónde llega la virtud y la abnegación de la mujer francesa, personificada en el tipo sublime de la hermana de caridad.

Además, se veían en ese recinto, ayudando, con entusiasmo, á las buenas religiosas en la penosa tarea de instalar los enfermos en los coches de los trenes, algunos resucitados de Lourdes que, después de su curación, habían hecho voto de ir todos los años á auxiliar los peregrinos.

Por intermedio de una distinguida señora, que formaba parte de la peregrinación, tuvimos ocasión de conocer aquel día á uno

de estos favorecidos de Lourdes, quien nos relató en dos palabras su historia.

"Estuve durante ocho años, nos decía, sufriendo de parálisis, de tal modo que no podía ni moverme del lecho.

Híceme todos los remedios posibles; ví los médicos más famosos y nada conseguí. Por último, mi esposa me convenció que debía abandonar los recursos de esta pobre ciencia de los médicos y confiar plenamente en la milagrosa protección de la Virgen.

Lleno de fe y de ardor fuí durante tres años á Lourdes sin obtener ninguna mejoría, y al fin, siempre confiando ciegamente en la bondad de Nuestra Señora, fuí por cuarta vez y sané. Hace ya seis años desde el día de mi curación y no he vuelto á sentir ni un síntoma de la cruel enfermedad que antes sufría."

Nosotros lo mirábamos con semblantes extrañados al ver la naturalidad convencida de sus palabras y el acento de profunda sinceridad y buena fe que tenía su relato. Como

él notara, talvez, en nosotros algún gesto de desconfianza, nos replicó con viveza:

"Vayan ustedes, señores, y una vez que vean aquello, creerán."

Quisimos oír de sus labios la relación detallada de las diversas fases de este caso; pero en ese movimiento agitado y continuo de gente no era posible escuchar nada. Allí, en ese hospital de dolores, sólo se podían oír los ayes desgarradores de los enfermos y los ruídos de las muletas y de las camillas que se arrastraban por el suelo antes de ser instaladas en los coches de los trenes.

¡Y qué horrible hacinamiento de crueles deformidades físicas iba encerrado en los compartimentos de aquellos trenes que salían de allí unos tras otros, como apresurados por abandonar luego ese triste cargamento de angustias y de miserias humanas!

En aquel cuadro sombrío de males incurables se veían agitarse confundidas todas las dolencias: al lado de un paralítico tendido en su lecho, cuyos músculos temblaban nerviosamente, se veía tropezar un ciego

apoyado en los hombros de sus deudos. Próximo á ellos, algunos desgraciados que, en sus figuras hechas pedazos, exhibían todo el horror rechazante de las llagas descompuestas.

Más allá se divisaban otros infelices con el semblante demudado y la expresión angustiada por las torturas del dolor físico; tenían el color verdoso; sus ojos apenas mostraban una luz moribunda y sus manos eran manos de esqueletos; estos sufrían de úlceras interiores que, á cada rato, se manifestaban con crueles dolores y con náuseas.

Después, otros que aún tenían fuerzas para mover sus huesos, andaban penosamente mostrando en sus aspectos cadavéricos y en sus ojos fosforescentes por la fiebre, la penosa enfermedad que los consumía lentamente. Eran los tísicos que iban también á Lourdes pidiendo la salud: éllos, en sus sueños agitados por la fiebre, veían los resplandores divinos del milagro, y esta idea era, talvez, lo único que aún los sostenía con vida.

Y en medio de los ayes del dolor, de las contorsiones del sufrimiento, se oían las dulces palabras de las buenas religiosas que acariciaban con sus alas de ángel á los pobres enfermos. Ellas refrescaban ese ambiente con una brisa de amor divino.

Y al lado de éllas las madres de estos desgraciados les curaban las heridas, les mojaban los labios, les secaban las lágrimas con manos cariñosas, y los miraban con maternal ternura, como pidiéndoles perdón por haberlos echado al mundo....

Y en seguida los trenes, convertidos en hospitales rodantes, partían sin interrupción llevándose confundidos todos los dolores.

Era un espectáculo terrible, algo que crispaba los nervios y hacía sentir los sacudimientos de una emoción poderosa, ver allí la partida de cada uno de esos trenes cargados de moribundos.

Las religiosas, en el momento de partir, entonaban un cántico á la Virgen y todos los enfermos respondían en coro, levantando el timbre gastado de sus voces al impulso

de la fervorosa exaltación de sus almas creyentes.

El eco de aquellas voces cavernosas, brotadas de esos labios sin vida, repercutían á lo lejos, como el sonido de una campana fúnebre. Después, cuando la marcha de los trenes se aceleraba, se percibía aún el murmullo vago de las plegarias y de las súplicas á la Virgen.

¡María, madre de Francia, se oía repetir una y mil veces, acuérdate de tus pobres hijos que sufren y devuélveles la salud para servir á tu gloria!

—¡María, madre de Dios, reina de la gracia y de la misericordia, ten compasión de tus pobres enfermos y danos la vida!

Y aquella voz del alma, brotada de las heridas del cuerpo, resonaba allí como un himno fúnebre, como la última plegaria á la vida en las puertas mismas de la muerte!

Era un himno gigante de angustia y de dolor humano que subía á lo alto entre sollozos, entre ayes y gemidos!

En la Abadía de Westminster

GLADSTONE

Los ingleses han convertido este viejo templo gótico en un santuario destinado á guardar los restos de sus soberanos y de sus grandes hombres.

Las paredes del templo, de igual modo que su pavimento y sus capillas laterales, están llenas de lápidas con inscripciones y de hermosos mausoleos.

Es un gran honor que Inglaterra concede á sus hijos predilectos,—á los que han merecido la aureola de la inmortalidad por su

talento, su valor y patriotismo,—el inhumar sus cenizas en la célebre Abadía.

Allí, bajo las bóvedas de aquel templo, duermen los reyes al lado de los simples ciudadanos; de aquellos que se han levantado hasta la cumbre por sus grandes virtudes cívicas.

Carlos I está allí próximo á Cromwell en una de las capillas laterales. ¡I qué gesto irónico del tiempo parecen mostrar aquellas tumbas!

Al andar sobre el pavimento del templo se va caminando sobre las cenizas del genio. Es aquél un piso hecho con restos de grandes hombres.

En una plancha de mármol se lee el nombre de *Peel*, el gran Estadista, y al lado se ve una inscripción, sobre un hermoso monumento, que recuerda á *Pitt*.

Se sigue el paso y se encuentran planchas ó mausoleos con los nombres de *Lord Palmerston*, de *Fox*, de *Macaulay*, de *Newton*, de *Gordon*, de *Stephenson*, de *Lord Russell*, de *Disraeli* y, en fin, de todos los

hombres célebres en la política y en la ciencia.

El descubridor de las reglas de la pesantez y de la rotación terrestre, reposa cerca del que inventó la primera locomotora. El noble adalid de los esclavos, Macaulay, está próximo á Lord Russell, el valiente campeón de la raza judía.

Los dos grandes rasgos del carácter ingles se ven allí personificados sólo en los nombres de esos inmortales. La realidad práctica y útil, de aplicación y de ventajas positivas para el progreso material de la civilización, junto con el generoso impulso á la libertad individual y á la dignidad de la raza humana.

¡Oh qué grandioso párrafo de la historia del siglo XIX se puede leer allí sobre las planchas que cubren esos restos gloriosos!

Los grandes movimientos civilizadores de este siglo están sintetizados en esos nombres.

Y como si todos ellos no bastaran ya á la grandeza de Inglaterra, ahí se siguen

viendo nuevas inscripciones que hacen recordar las más ilustres memorias. Allí Inglaterra se muestra derrochando sus hombres célebres.

El espíritu se sobrecoge bajo aquel ambiente en donde se siente flotar el gran aliento del genio. Se marcha lentamente y con respeto, temiendo, talvez, profanar el silencio de esa solemne morada.

En una hermosa capilla, llamada de los poetas, está el monumento de *Shakespeare.*

Una mujer que representa la tragedia, llora á sus pies, y deposita algunas flores. Próximo á *Shakespeare* está *Garrick* el intérprete genial de sus grandes obras.

Allí debía estar Ofelia guardando en un vaso de oro el puñado de cenizas del trágico inmortal!

En ese mismo sitio se leen los nombres de *Milton*, de *Ben Johnson*, de *Addison*, de *Thackeray*, de *Butler*, de *Spencer*, de *Tennyson*, de *Burns* y de toda la gloriosa pléyade de poetas y escritores ingleses.

Todos estos nombres están allí escritos

simplemente sobre modestos mausoleos. Es verdad que ninguno de ellos necesita inscripciones, ni epitafios: su sólo nombre es un monumento de gloria.

Los ingleses, así como los romanos en su época de apogeo, han querido tener un *Panteón* de hombres ilustres, al cual fueran todos los ciudadanos a recibir estímulos patrióticos y nobles enseñanzas.

Ellos han comprendido que los pueblos se engrandecen por el esfuerzo ó por el talento de sus grandes hombres, y es por esto que Inglaterra, como una madre romana, guarda, con veneración y con orgullo, el recuerdo de sus buenos hijos.

Todas las semanas, en un día fijo, hay peregrinaciones públicas á la Abadía de Westminster: en ese día el templo, desde temprano, se ve invadido por una numerosa concurrencia de gente de todas las clases sociales.

No hay pueblo como el inglés para rendir homenaje á sus muertos ilustres: todos van hasta allí recogidos y con muestras de

profundo respeto. Hay gente del pueblo que lleva en esos días manojos de flores para esparcirlas sobre la tumba de los poetas populares, cuyo recuerdo es simpático y querido en toda Inglaterra, porque son ellos los que han idealizado, en sus obras, su vida de trabajo y el sentimiento romántico de su alma.

Fué en un día de peregrinación pública cuando nosotros tuvimos ocasión de visitar la famosa Abadía.

Al entrar se oían las voces majestuosas del órgano unidas al rumor respetuoso de la ola popular que inundaba las naves y el pórtico del templo.

Una luz moribunda, pálida, como debe ser la luz de un cementerio, entraba por las altas vidrieras de colores suaves.

En las capillas de las naves laterales, ardían algunos hachones, dejando ver en el fondo algún mausoleo oscuro. Todo tenía allí un aspecto misterioso, lúgubre, como que era ese el templo de la muerte.

Nosotros, acompañados de un guía, re-

corrimos todos los rincones del templo y los subterráneos, en donde reposan los restos de los reyes, de todas las dinastías sajonas: Tudores, Stuardos, Yorks, Plantagenets.

Al salir, en un punto de la nave central, vecino á la puerta, notamos que había un grupo numeroso de personas formando círculo en redor de alguna borrada inscripción que ellos procuraban descifrar allí. Con algún esfuerzo nos acercamos hasta ese sitio: entre otra gente había allí una mujer del pueblo con cuatro niños, al parecer hijos suyos, que miraban al suelo con respeto y todos se hacían á un lado, no queriendo hollar con sus pies aquella plancha.

Nosotros procuramos aproximarnos más aún y ver cuál era la causa de aquella elocuente y silenciosa veneración popular. Conseguimos hacerlo y allí pudimos leer sobre una lápida de mármol esta sola palabra:

GLADSTONE

¡Oh! qué justo tributo era el que allí se rendía al hombre de gran corazón y de gran carácter, que durante medio siglo luchó por la libertad y por el bienestar del pueblo!

Entonces sólo hacía pocos días que él había muerto: su espíritu parecía aún vivir allí: por eso las madres llevaban hasta su tumba á sus hijos pequeños para impregnarlos con su grandeza de alma y con su aliento poderoso de patriota.

Gladstone personifica una idea política de humanidad, de justicia moral y de progreso material al mismo tiempo.

El, para no interponerse como obstáculo á la marcha de Inglaterra, sacrificó muchas veces sus propias ideas, adaptándolas á las nuevas necesidades de la vida y al natural desarrollo de las cosas.

Sus apostasías, sus cambios políticos fueron actos de elevado é inteligente patriotis-

mo. El comprendió, con espíritu abierto, el horizonte de un político moderno que debe seguir siempre el movimiento creciente del progreso.

Fué un obrero práctico y tenaz de la grandeza de su patria: fué un apóstol, un redentor de Irlanda, por cuya libertad religiosa y civil luchó toda su vida.

Su ejemplo es grande y digno de imitarse: es la nobleza, la rectitud de espíritu, unida al brazo de hierro para empujar con vigor los rodajes del progreso material y del bienestar social.

El entierro de Daudet

"Vengo á despedirte, mi viejo y querido amigo, con las manos cargadas de coronas y traigo en el corazón un mar de lágrimas". Con estas sentidas palabras principió el discurso que, hace un año, dijo Zola ante la tumba de Daudet.

Todo el París artista, todo el París literario é intelectual, fué ese día al cementerio del *Pére Lachaise* á dejar una lágrima á la memoria de Daudet. Todos los admiradores anónimos de sus obras, los que en ellas habían encontrado un consuelo, una

simpática comunidad de ideas ó una alegre sonrisa de la vida, fueron allí en tumulto á dejarle un suspiro de adiós.

Muchas mujeres, vestidas de riguroso crespón negro, traían en sus manos, sencillas coronas de flores blancas, entrelazadas con hojas de yedra é iban á depositarlas en la puerta de la pequeña casa de piedra, en donde se había encerrado ese bello espíritu.

Aquel día, el corazón francés lloró la pérdida de uno de sus hijos más queridos. No hubo allí lisonjas fúnebres ni palabras frívolas: todo el mundo sentía de veras y se oía partir de aquella distinguida concurrencia el clamor angustiado de un sollozo.

Era este un merecido homenaje al recuerdo del espíritu privilegiado que había muerto. Para todos era cruel esa despedida, porque todos querían la vida de ese talento noble, unido al corazón ingénuo y delicado de un verdadero artista.

Allí se veía morir su obra, que tiene tantas páginas admirables, escritas con el

corazón abierto á todas las elevadas emociones y con el espíritu alegre y risueño á todas las bondades de la vida.

En su vasta y variada obra literaria, tal vez no fué Daudet un profundo psicólogo, analizador de los sentimientos y sensaciones íntimas del alma; tuvo, tal vez, temor á esta medicina interior de las almas enfermas, y por esto buscó en sus novelas almas sanas y juveniles, espíritus que sienten la dicha de vivir y la primavera de la naturaleza.

No buscó tampoco los tipos de sus novelas en los pantanos morales, ni en los arrabales de las grandes ciudades: su tarea deliterato fué más noble y simpática. El se propuso, en sus novelas, presentar los tipos de la vida real con caracteres generosos y con aspiraciones elevadas.

Como artista pintó con hermoso colorido las escenas nobles de la vida: en su paleta tenía colores rosados y sus cuadros de costumbres están siempre iluminados por rayos de sol, respiran la felicidad tranquila del

campo y dejan la impresión de una sonrisa de niño.

Como observador de caracteres creó un tipo que refleja el temperamento y la manera de sér de toda una raza. Su Tartarín de Tarascón vivirá mientras exista en Francia el tipo soñador é iluso del francés del Mediodía.

Creó asimismo el tipo del Nabab, personificación maestra de un carácter que obedece á muchos tipos reales que figuran ó han figurado en el medio cosmopolita y opulento de París.

A la mujer dedicó páginas de elevado sentimiento y fué indulgente y generoso con ella.

El amor fué para él un culto, al cual rindió la veneración de un artista y los tributos de un hombre de alma superior...

Fué, sin duda, en algunas de sus obras tristemente escéptico y sombrío. Sapho, Jack, L'Arlesienne, tienen un fondo de

amarga tristeza y desengaño; hay en ellas notas delicadas de ternura indecible.

En ellas no se muestra Daudet el pintor alegre de la vida y parece que un nubarrón oscuro hubiera contristado su espíritu en esa época.

Sin ser un autor dramático, Daudet ha presentado una de las escenas dramáticas más palpitantes y vigorosas en su admirable estudio de costumbres "Risler aïné et Fromont Cadet".

En sus cuentos, tejidos brillantes de encajes, hechos por mano de artista, vibra siempre una cuerda simpática y sonora, cuando no un pensamiento tan sentido y verdadero que encierra una escena profundamente dramática de la vida.

Su naturaleza privilegiada de artista, su corazón generoso, su imaginación fecunda lo guiaron con éxito en todos los campos del arte literario, en todos los cuales dejó su nombre ligado á una obra maestra.

Daudet refleja en sus obras, mejor que

otro alguno, el corazón francés—alegre y sensible al mismo tiempo. ¡Con cuánta razón su muerte ha sido llorada por todos los que en la vida saben reír y son también capaces de sentir!

Recuerdos de Sevilla

CUCURUCHOS...

El día Viernes Santo, la hermosa Sevilla, la ciudad perfumada por el aroma de los azahares y de los claveles rojos, amanece envuelta en una densa nube de incienso, y por todas partes se ven agitarse las luces de los cirios benditos, que miradas, á lo lejos, através de la bruma, parecen revoletear en el aire, como una bandada de mariposas de oro.

Ese día, Sevilla guarda los hermosos arreos de su habitual alegría, esconde sus

guitarras y castañuelas para ponerse su tradicional vestuario místico y entregarse de lleno á sus viejos recuerdos religiosos.

Una antigua tradición, tan antigua como la historia del pueblo andaluz, ha establecido allí las procesiones de Semana Santa.

Ellas revisten un fausto y una magnificencia deslumbradora y revelan un fanatismo de lujo, de derroche y de ostentación mundana que mal se aviene con el carácter modesto y sencillo de la doctrina de Cristo.

Bien se conoce que estas procesiones tuvieron origen en la época en que España fué la orgullosa señora del mundo y la dueña soberana de todo el oro y las piedras preciosas de América.

Cada una de esas andas ó *pasos* como allí las llaman, lleva tal cúmulo de riquezas que esos pobres que las sostienen sobre sus hombros, van encorvados, sudorosos, mordiendo el polvo, bajo el peso abrumador de su mística carga de oro.

Se ven allí en las andas, imágenes de vírgenes, cuyos mantos, bordados con piedras

preciosas de inmenso valor, bien podrían servir mejor como manto de abrigo á millares de pobres que andan por las calles pidiendo limosnas, con porfiada insistencia, á todos los extranjeros que van en esos días á Sevilla para ver las famosas procesiones.

Toda esta decoración casi teatral en que están envueltas estas fiestas religiosas, tiene una explicación perfectamente humana.

En siglos pasados se fundaron allí diversas cofradías ó hermandades, cada una de las cuales tenía el nombre y representaba, en sus andas y en su indumentaria, una etapa de la pasión de Jesucristo. Estas cofradías contaron con un número muy crecido de socios, y luego, entre los miembros de cada una de ellas, se estableció la rivalidad del lujo y se principiaron á gastar sumas enormes entre los cofrades, para no ser vencidos en aquella lucha de vanidad mística.

Todo el fervor se traducía, entre ellos, en manifestaciones de opulencia: cada Hermandad quería ser la primera en la suntuosidad de sus andas y en el valor y riqueza

de los trajes que vestían en los días de ceremonias religiosas.

De este modo se llega á comprender cómo han podido irse acumulando allí esos tesoros que hoy solo sirven para recordar á España sus días brillantes de apojeo.

La fe que en los tiempos primitivos inspiró estas manifestaciones del culto religioso, era, sin duda, mucho más ingenua, más verdadera y espontánea que la de hoy. Es por eso que entonces estas fiestas, aún con sus detalles de vanidad y opulencia, tenían un carácter profundamente místico: eran una sincera expresión del sentimiento religioso que profesaban los espíritus de aquella época.

Hoy, talvez, no ha variado el fondo de este sentimiento de fe religiosa; pero sí han variado sus formas de expresión y se han comprendido, con espíritu más humano y más abierto, las bases y las manifestaciones de la moral cristiana. De aquí que esas ceremonias, antes consideradas como un movimiento natural del más respetuoso fer-

vor, hoy día se ven revestidas de un carácter profano, y más bien que una fiesta religiosa parecen un espectáculo teatral.

Antes había una fe tan ciega en el milagro, en la bondad del auxilio divino, que el día de estas procesiones, tras de cada anda, marchaban con los pies llenos de silicios, arrastrándose dolorosamente por el suelo, todos los que tenían algo que pedirle á la Madre de Dios y le imploraban de rodillas, con las lágrimas en los ojos, su divino amparo.

Hoy, por seguir talvez esta tradicional costumbre, caminan tras de algunas andas unas cuantas mujeres desgreñadas, con el cabello suelto y el aspecto de orgía que le cantan á la Virgen algunas coplas populares, en las cuales cada palabra es una vulgaridad de expresión ó un insulto.

Por respeto al culto, debería hoy impedirse esta exhibición de los vicios al lado de la purísima imagen de María.

Antes, bajo el estravagante disfraz de los Nazarenos (lo que nosotros llamamos *Cucu-*

ruchos), había encerrado un verdadero fanático, capaz de llevar á sus espaldas hasta el tribunal de la Inquisición á cualquier hereje; hoy bajo ese mismo disfraz se esconde un perillán ó un mozo de cordel que está riéndose, detrás de su antifaz, del papel que allí representa.

Tuvimos ocasión de ver unos cuantos de éstos que, aprovechando la gran apretura de gente que hay en el trayecto de las procesiones, dirigían galantes requiebros á las guapas muchachas que encontraban á su paso.

¡Bendita sea tu mare, remonona! escuchamos, no sin sorpresa, que uno de estos *cucuruchos* le decía á una hermosa chica que veía pasar la procesión en un balcón vecino.

Otro de estos truhanes disfrazado de místico, le decía á una guapísima muchacha de ojos negros y de cuerpo gracioso, apostada en una esquina viendo el desfile.

¡A las ocho, sin falta, en la glorieta del Parque María Luisa! y en señal de confian-

za le daba un amable bastonazo con el cabo del cirio bendito....

Todo Sevilla está ese día asomado en los balcones de las casas ó de pie sobre las azoteas para ver el desfile de las innumerables y regias andas.

En la plaza en donde está situado el Palacio del Ayuntamiento se construyen grandes tribunas, en las cuales se arriendan palcos y sillones por precios fantásticos.

Este, es, sin duda, el mejor sitio para observar las procesiones, pues allí el campo está más despejado y todas las andas están obligadas á hacer, frente á la tribuna del Alcalde, una estadía.

Situándose allí se ve desde lejos avanzar la procesión, serpenteando lentamente por la torcida calle de *Las Sierpes* que se ve iluminada por millares de luces. Al llegar á la plaza del Ayuntamiento, los soldados ahí estacionados, presentan armas á cada una de las andas que viene precedida de todos los hermanos de la respectiva cofradía, vestidos con el original disfraz de su orden, y trayen-

do velas encendidas, estandartes y otras insignias religiosas.

Adelante de cada anda van los sacerdotes entonando cánticos sagrados, rezand oraciones y agitando los incensarios.

A cortos pasos delante de ellos marcha los civiles ó miembros honorarios disting dos de cada cofradía, que visten traje rigurosa etiqueta y son los comisionad para ir hasta la tribuna del Alcalde á soli citar el pase de cada una de las andas.

Mientras esto sucede el anda se detier frente al "Palacio del Ayuntamiento" y só entonces hay, en medio de esa agitada multitud, un breve momento de respetuoso silencio; pero tan pronto como la procesión se pone de nuevo en movimiento principia á oírse un sordo murmullo en voz baja, algo parecido al ruido de una enorme colmena, y en seguida el murmullo sigue, poco á poco creciendo, hasta que luego estallan, por todos lados, los gritos, las risotadas y el alboroto.

Los venteros pregonan á gritos sus ven-

tas: "¡¡Los buñuelos frescos!! ¡las castañas cocidas! ¡las azucarillas con agua, señorito!" se oyen repetir, una y cien veces, por todas partes en medio del desfile solemne de las procesiones.

Los limosneros que invaden la ciudad en estos días, pues saben que hay en ella gran número de ricos extranjeros, ingleses principalmente, se introducen con odiosa impertinencia en todos los sitios, y durante el movimiento de las procesiones andan repitiendo en alta voz una jerga de frases chuscas á fin de obtener algunos reales.

Uno de estos gandules se aproximó á nosotros y nos dijo con el mayor desenfado del mundo: "Saben ustedes, señoritos, yo estoy haciendo una colección de monedas muy curiosa, y necesito, pues, que ustedes me den un puñado de perras gordas (1) ó de perras chicas si les parece".

Otros perillanes de esta catadura se acercaban á los que presumían ingleses y ten-

(1) Moneda ínfima.

diéndoles la mano, con todo aplomo les gritaban: *money*, *money*, señoritos!

Allí, en las tribunas de la plaza del Ayuntamiento estaba toda la gente elegante y aristocrática de la sociedad sevillana y madrileña y todos los extranjeros distinguidos.

Se veían en ese sitio muchos grupos de guapas muchachas que mostraban en sus figuras, vivas y chispeantes, toda la gracia y el salero que es propio á la mujer andaluza.

En los palcos, próximos á ellas, estaban sentados los muchachos, sus amigos, y parecía, al verlos, entregados á la charla más jovial é insinuante, que realmente era aquel un salón de tertulia ó un alegre espectáculo teatral.

Algunas parejas se miraban con ojos llenos de fuego: mas no de un fuego místico... y los mozos les dirijían equívocos requiebros á esas guapas pimpollas que ardían en arrebatos de amor... divino!!

Y entretanto seguía pasando, una en pos de otra, el cortejo interminable de cofradías.

A los nazarenos vestidos de negro, con calaveras y osamentas bordadas en el traje, sucedían los nazarenos blancos con bonetes negros y corazones rojos puestos sobre el pecho; en pos de éstos venían los nazarenos verdes y después los rojos con grandes cruces blancas en el vestuario.

Había momentos, durante este extraño desfile, en que la imaginación se transladaba á la época en la cual nacieron esta clase de ceremonias religiosas, y uno llegaba á figurarse que allí estaba, realmente, en camino de presenciar un auto de fe. Cada uno de esos cucuruchos parecía que ocultaba un implacable inquisidor.

Y la ilusión tomaba un cierto color de realidad al ver que muchos de los trajes de esos nazarenos, eran históricamente los mismos que usaron, en tiempo de Felipe II, los miembros de *La santa hermandad de la Inquisición.*

En medio de la turba de cucuruchos aparecen, al pie del anda que representa la prisión de Jesucristo, los centuriones roma-

nos ó soldados de Pilatos, haciendo allí la guardia. Delante del anda van algunos á caballo y tras ellos marchan los soldados de infantería.

El lujo de arreos, de cascos, corazas, lanzas y demás útiles que usan los jinetes es realmente propio de los súbditos de un Emperador romano, en los tiempos del apogeo.

Los cofrades de esta Hermandad, con tal de salir flamantes el día de la procesión, poco les importa llevar á la agencia todo cuanto poseen ellos y sus familias.

Oíamos contar que uno de aquellos centuriones, para poder comprar un par de espuelas enchapadas en oro y con piedras finas, había pedido al fiado, sin ánimo de pagar, por cierto, y llevado á la agencia hasta los pendientes de su mujer...

Nadie, entre ellos, quiere tener menos lujo que su vecino en ese día de parada, y de esta pueril consideración de vanidad, nace toda la regia magnificencia que se observa en los trajes de esos centuriones romanos.

Con esta legión de bravos, armados de cirios benditos y protegidos por escapularios y armaduras doradas, bien puede España evitarse muchos Cavites...

Después que los soldados se van perdiendo de vista entre el laberinto de calles torcidas y estrechas que siguen las andas para llegar á la Catedral,—el punto de término,—continúan siempre desfilando, con pasos graves, los nazarenos.

Ya después de algunas horas de este monótono espectáculo, en todos los semblantes se ven las muestras del fastidio. Sólo los que jamás han visto estas procesiones, los ingleses, alemanes y demás europeos, muestran allí caras muy risueñas y parecen divertirse á morir con estas excentricidades del pueblo andaluz.

En un grupo de ingleses, próximos á nosotros, oímos que alguno decía:

—¡Oh! si esto es muy divertido; parece una mascarada de carnaval...

Y realmente aquello parecía el desfile de un baile de máscaras.

Estas procesiones de Sevilla, dada la forma mundana y de puro aparato decorativo que hoy han tomado, y la clase de público que á ellas asiste, no son sino una parodia irreverente del sentimiento religioso de otra época, que ahora, lejos de mover el espíritu al misticismo, sólo lo convidan á la disipación.

Hace realmente impresión ver la buena fe y la acendrada piedad que aún mueve el espíritu de algunos de esos sacerdotes, quienes conservan hoy, el mismo fervor, exaltado y sincero, de los viejos españoles.

Ellos organizan estas procesiones con el espíritu más profundamente piadoso y toman parte en ellas con toda la fervorosa unción de la fe, sin sospechar siquiera que allí, á su lado, bajo los pliegues de la careta mística, se oculta una sonrisa escéptica de muchos perillanes que, por motivos profanos ó por hábito, toman parte en estas manifestaciones piadosas.

Ellos, en la fe ciega que los anima, no comprenden, talvez, que empeñándose en

hacer vivir, sin el aliento de la antigua fe, este género de ceremonias, están hoy fomentando la irreverencia del pueblo y menoscabando el prestigio del culto.

Mas hay espíritus que no pueden ceder el paso, ni pueden subordinar sus actos á la evolución necesaria que en todo, hasta en las manifestaciones de la fe religiosa, va operando el tiempo.

Hay todavía quienes viven en el limbo de la Edad Media, meditando, en éxtasis místico, sobre la vida y milagros de algún santo, sin comprender cómo hay otro espíritu cristiano mezclado en la corriente del mundo, haciendo la caridad á los pobres, enseñando á ganar la vida á los desamparados, curando á los enfermos y consolando á los desgraciados.

Este último es el verdadero espíritu cristiano, depurado de fanatismos y de utopías metafísicas; el otro es el espíritu oscuro de la Edad Media, el que inspiró la Inquisición, el que creó las procesiones con *cucuruchos* de colores, el que trajo hasta noso-

tros el torpe disfraz del manto y tantas otras cosas que hoy sólo sirven para fantasmas de los niños, para terror de la gente ignorante ó para desprestigiar la nobleza de la religión cristiana.

Entre nosotros, acaso por ley de atavismo, se ve que en las manifestaciones religiosas, domina el espíritu oscuro de la Edad Media,—el que hacía consistir la piedad en las exterioridades ó en las fórmulas del culto, sobre el espíritu elevado y sublime de la moral cristiana, que predicó Jesucristo con nobles ejemplos de caridad, de indulgencia, de bondad y de amor...

Primavera andaluza

Ocho días después de las procesiones de Semana Santa, Sevilla amanece adornada con las mejores galas de Abril; deja entonces á un lado sus disfraces místicos para entregarse de lleno á la alegría de esta hermosa fiesta primaveral que muestra en sí toda la gracia y el sabor de la simpática tierra andaluza.

Todo el mundo está allí, en esos días, con el ánimo alegre, el semblante risueño, y tiene un aire zandunguero y de jaleo; todos esperan con el cuerpo liviano y vestidos con

traje de fiesta la entrada de la primavera, que llega á los campos de Andalucía muy de madrugada, talvez, porque es allí en donde más se la celebra y en donde son mejor apreciados sus favores.

Siempre ha sido un rasgo característico del pueblo andaluz la felicidad, la fantasía de imaginación y la alegría para disfrutar de los placeres de la vida. Esos espíritus parecen vivir en una eterna juventud: ellos saben gozar con todos los dones de la naturaleza y saben también alivianar la existencia, revistiéndola con el ropaje de una poesía, apasionada, vibrante, de colorido oriental.

Allí en el cielo, siempre azul de Andalucía, los nubarrones de tristeza, las nostalgias, esas neblinas del espíritu, sólo pasan al vuelo, por lo alto, como huyendo del festín de placer que ahí se celebra.

Es tan feliz el carácter de esa gente que, todos los años, cuando un resplandor del sol de Abril va á dorar las primeras espigas de sus campos de trigo, todos lo reciben con

caras risueñas, de júbilo, y luego se marchan con los mejores productos de sus tierras y con sus más hermosos animales, á Sevilla, en donde celebran, en medio de un entusiasmo delirante y al son de los guitarrazos, de las coplas populares, de las jotas y habaneras, la fiesta de primavera.

En esos días la savia primaveral corre por los campos de Andalucía haciendo reventar los capullos de las flores, vistiendo los bosques con un ropaje de verdura fresca, dándole voz á las aves dormidas, tiñendo las praderas de un color verde intenso y poblándolo todo con la armonía vibrante de la vida.

Los efluvios de esta corriente de savia parece que penetraran en el ánimo de todos los andaluces en esos risueños días de franca alegría. La primavera se ve reflejada en todos los semblantes: en las risas de una guapa muchacha se escucha un trino alegre, como un canto de risueñor; en sus mejillas, frescas y rosadas, se ve el color de un botón de rosa; en sus ojos chispeantes y vivos se

siente el fuego amoroso de los rayos del sol, y de sus labios encarnados parecen brotar, entre racimos de perlas, el zumo de las fresas y el aroma de los claveles rojos.

Sevilla, durante la época de la Feria, es una ciudad fantástica, encantada. Uno se figura que allí se encuentra en medio de una fiesta oriental.

Todo ahí conserva el aspecto morisco que le dejaron impreso los árabes en la época de su dominio en Andalucía.

El opulento alcázar, que recuerda hoy la magnificencia de los Reyes Moros, así como la última casa de Sevilla están mostrando la huella que dejó la civilización de los árabes.

Por esto Sevilla se presenta en esos días, como una opulenta sultana, ataviada con los soberbios arreos de su fantasía oriental. Todas las mañanas despierta de su sueño, de azahares, al son de las guitarras y al compás melodioso de las danzas y de las vibrantes canciones andaluzas.

Se sienten allí los suspiros de Oriente

aprisionados en las notas de las guitarras, en las voces sonoras de las panderetas y en las ráfagas del aire tibio y voluptuoso que acaricia las mejillas de esas apasionadas mujeres andaluzas.

Mientras duran los días de la Feria se ve por todas partes brotar la alegría, la sal y todos los dones de la tierra andaluza,—la tierra de María Santísima, según ellos la llaman en su pintoresco lenguaje popular.

Por todos lados se escucha entonces el eco armonioso de los aires de habaneras, de las sevillanas y jotas, acompañadas del ruido alegre de las panderetas y castañuelas que animan el movimiento agitado de los bailes.

Todo el ambiente está en esos días saturado por el aroma delicioso de los bosques de azahares, que hay plantados en las orillas del Guadalquivir, los cuales envían al campo vecino de la Feria sus regalos de perfume.

Al pasar frente á cada una de las casas de Sevilla, de esas casitas blancas, como nidos de palomas, se ven salir grupos de muchachas bonitas que van á la Feria.

Se les observa marchar con pasos livianos, rápidos, como impulsadas por un deseo vehemente de placer.

Bajo los pliegues de las mantillas de encajes, que ellas llevan prendidas en sus cabellos, con graciosa coquetería, se ocultan los racimos de claveles encarnados.

Cada cual de estas chicas es el tipo acabado de una Carmen, con su garbo y su donaire en el andar, con sus movimientos de cuerpo tan sueltos y graciosos y con el fuego apasionado de sus grandes ojos negros.

Al cruzar las calles se tropieza con numerosos carruajes abiertos, arrastrados por tiros de hermosas mulas cordobesas, que van enjaezadas con arneses llenos de cintas rojas y llevan colgaduras de bulliciosos cascabeles.

¡Á la Feria! ¡á la Feria! es la voz que sale de los labios de todos, y corre hacia ella un río turbulento de gente.

El sitio en donde tiene lugar, llamado el prado de San Sebastián, queda á corta

distancia del centro de la ciudad. En ese terreno se instalan las infinitas ventas, las mil curiosidades de todo género y los variados productos de la agricultura y de la ganadería de los campos de Andalucía.

Cada uno de estos objetos está repartido en sitios y en secciones aisladas. En la avenida principal se levantan las tiendas de la gente elegante de la sociedad andaluza y de las madrileñas distinguidas.

Sin duda esta es la parte más hermosa y de mejor gusto artístico que se puede ver en todo el campo de la Feria. Esas carpas se construyen con un material ligero, y luego se tapizan de verdura y de flores.

En cada una se improvisa un bosque que oculta belleza, perfume y gracia, y donde brotan cascadas de voces frescas y de alegres sonidos.

En esos sitios las familias se reunen con todas sus relaciones, y allí, en el seno de la más expansiva confianza, principia el *rasgueo* de la guitarra, preludiando los bailes que siguen, unos tras otros, con inagotable

entusiasmo y con derroche de gracia y buen humor.

Y en cien carpas distintas se nota la misma animación y se ve agitarse igual corriente de placer. Aquello es un concierto inimitable, en el cual toman parte miles de voces y miles de instrumentos, todos armonizados por el compás de las danzas.

En el baile, cuando ya toma calor, todos se agitan, desde los chicos, que apenas si saben dar unas cuantas vueltas, hasta los viejos, que parecen recordar en aquellos alegres días, sus tiempos verdes...

Tras una sevillana, bailada con animosa agitación, al compás de castañuelas y al son vibrante de las panderetas, sigue una malagueña, un bolero ú otro baile andaluz, de movimientos ondulados y cadenciosos.

En seguida, mientras el baile se detiene por un momento, se escuchan por todos lados las voces frescas y bien timbradas de las muchachas que cantan coplas y habaneras.

Al pasar frente á una de estas carpas,

desbordantes de juventud y de animación, nos detuvimos un momento y oímos que una muchacha entonaba unas seguidillas y un mozo le respondía, uniendo sus acentos al son armonioso de las guitarras:

"Por traidores tus ojos
Voy á enterrarlos,
No sabes lo que cuesta
Niña, el mirarlos.

Sobre su losa
He de escribir con besos:
Aquí, los pícaros,
Por fin reposan."

¡Olé! ¡Olé! salero, gritaban con frenético entusiasmo los oyentes y todos palmoteaban las manos, tamboreaban en la guitarra; y luego se cantaba otra seguidilla y otras más en seguida, en medio de un alboroto y de un movimiento indescriptible.

Sólo había un momento de tregua cuando se servían los caños de manzanilla: el licor

perfumado, el que mantiene la alegría y el buen humor en todas las fiestas andaluzas.

En otra avenida del campo de la Feria, un tanto alejada del centro aristocrático, están situadas las ventas populares. Es en este sitio en donde se derrama toda la sal de la mujer andaluza y donde mejor se aspira el sabor de las costumbres y del carácter de este pueblo original.

Allí están las gitanas diciendo la buena ventura y bailando sus danzas peculiares; ahí se ven las cigarreras y las chulas, la *bailaora* flamenca y todo lo que Andalucía puede mostrar de original en sus hábitos y en sus tipos.

En ese lugar la fiesta suele tomar aspecto de orgía: la animación, en ciertos momentos, tiene un tono subido, agitado, lleno de pasión, de calor y de vida.

La alegría se ve brotar allí espontánea y francamente, como de una fuente inagotable de gracia y de placer. Al observar ese torrente desbordado de felicidad popular, uno se llega á figurar que la vida de los an-

daluces se ha hecho sólo para bailar jotas y cantar peteneras al son de las guitarras y panderetas, bebiendo el opio enervante de la molicie y del continuo placer.

Y en medio de la alegría, que corre á torrentes, se sienten soplar ahí las brisas tibias africanas, y se nota entonces que en Andalucía queda aún un dejo palpitante de los árabes.

Es una pintura hermosísima, con pinceladas de armonioso colorido, la que presenta allí una chula bailando alguna de sus danzas populares, vestida con el clásico mantón de Manila: el traje característico de las cigarreras, de las manolas y de toda mujer española que gana su vida correteando por las calles.

Estas mujeres en los días de la Feria se presentan ataviadas con sus mejores arreos: en su cabeza se colocan una gran peineta y en seguida se matizan los rizos del cabello con manojos de flores encarnadas. Usan mangas y falda corta y el mantón de Mani-

la se lo dejan caer, con descuido, sobre sus hombros.

Cuando se agitan en los movimientos del baile, se ven envueltas en un marco de flores de vistosos colores; al ondular forman una hermosa guirnalda con los flecos del pañuelo, y entre los pliegues del mantón dejan ver los contornos provocadores de sus cuerpos graciosos.

Sin duda, son ellas las que dan á los bailes andaluces la nota original y característica que todos van allí á observar.

En otras avenidas más distantes del campo de la Feria está la sección agrícola y comercial que mantiene en activo movimiento á una turba inmensa de gente.

Allí se ven los chalanes paseando á los briosos potros de raza árabe que saltan encabritados mostrando su vigor y energía.

Al pie de ellos están apiñados los aficionados y los comerciantes que hacen ofertas y piden rebajas.

En todo el inmenso terreno destinado á la Feria de animales se ven hermosas crías

de vacunos, de cerdos, cabros y ovejas, traídos de los campos vecinos para ser negociados en la Feria.

El alboroto en esos sitios es inusitado; á los gritos de los infinitos venteros que pregonan sus ventas ambulantes, se une la voz de los rematantes de ganados que venden por pequeños lotes sus existencias; á éstos se juntan los gritos y balidos de los diferentes animales y el rumor de la música de los organillos populares, el ruido de los cascabeles, de las guitarras y castañuelas.

Es esta una orquesta salvaje que tiene infinitos tonos, todos alegres y animados.

Tal es la Feria durante el día: en la noche ese campo brilla con el reflejo de millares de luces de todos colores, distribuídas graciosamente, entre las carpas y los bosques, presentando un golpe de vista fantástico, deslumbrador, como una fiesta oriental.

La alegría se renueva entonces, haciéndose cada vez más viva, y las horas de la noche se pasan en un sueño alegre, aspi-

rando el perfume embriagador de los azahares...

Cuando al día siguiente el sol principia á iluminar el campo, las guitarras están aún vibrando y los pintados mantones de Manila se presentan á la vista como un manto primaveral de flores frescas...

¡¡A los toros!!

En medio del alboroto entusiasta de la gente y entre el movimiento agitado de los bailes, se oye en el campo de la Feria, el grito ¡á los toros!; y todos entonces dejan á un lado sus guitarras y cuelgan sus castañuelas para ponerse en marcha hacia la "Plaza de Toros" situada á corta distancia del campo de la Feria.

Esta voz resuena allí, de igual modo que en toda España, como un toque de combate; pero de un combate, no con toros *yankees*.... sino de un alegre combate de destreza, de

audacia y de energía varonil, en el cual se experimentan las sensaciones del placer, unidas á una inquieta agitación nerviosa.

Esta doble emoción está en armonía con el carácter y con los gustos del pueblo español, y es por esto que las corridas de toros están profundamente arraigadas en sus hábitos y forman parte integrante de su espíritu y de su ser nacional.

Realmente no hay, en pueblo alguno, una afición que sea tan unánimemente aceptada como la que tiene España por los toros. Esta palabra ejerce un poder mágico sobre todo español: ella remueve todas las fibras de sus sentimientos y hace palpitar, con violencia, á todos los hidalgos corazones de esa raza.

Basta que ellos la oigan pronunciar para ver sus semblantes animados de alegría, para que sus ojos echen chispas de placer, y se agite, con vigor, en sus venas la sangre altiva de los viejos castellanos, y sus pies marchen ligero, como impulsados por un resorte secreto.

Pero en ninguna parte, tal vez el grito

¡á los toros! repercute con un eco más entusiasta y más vibrante que en Andalucía, y principalmente en medio de la Feria de Sevilla, pues entonces toda la gente se encuentra allí con ánimo de fiesta y de jaleo.

El día de la primera corrida, que coincide con el día de apertura de la Feria, corre por las calles de Sevilla, en dirección á la "Plaza de Toros", un mar turbulento de gente de todas las castas sociales. Una muchedumbre inmensa se mueve, en confuso tropel, en las vecindades del sitio donde va á tener lugar la corrida. Todos visten trajes vistosos y domina especialmente el color encarnado en los caprichosos arreos de las mujeres.

Un tumulto bullicioso de carruajes de toda especie, con sus caballos y mulas adornados con borlas y colgaduras rojas y provistos de sonoros cascabeles, maniobran en los alrededores de la "Plaza de Toros".

El movimiento agitado de la gente, las voces descompasadas de los cocheros, el chasquido de los látigos, el ruido atronador de los infinitos carruajes, el alboroto de los

jinetes, la gritería de los muchachos que venden entradas, programas y episodios taurinos, los organillos populares tocando la marcha de Carmen y las miles de voces y sonidos de todo género que allí se escuchan, dan al preludio de esta fiesta un carácter particular, lleno de alegría, de animación y colorido.

Se entra á la corrida en medio de una orgía ensordecedora de notas y de gritos populares, y envuelto en el oleaje de un mar embravecido de gente que á uno lo obliga á marchar casi por fuerza suspendiéndole los pies en el aire.

Una vez adentro de la plaza, é instalado cómodamente en un palco ó butaca, se puede observar allí un golpe de vista imponente, atrevido.

En rededor de una pista de colosales proporciones, se ve palpitar en las varias graderías de aquel inmenso anfiteatro, una turba enorme de gente que no puede bajar de treinta mil personas, todas las cuales están allí, con el espíritu inquieto, aguar-

dando el momento en que debe principiar la corrida.

Sin duda este espectáculo tiene muchos rasgos análogos á las luchas de fieras de los antiguos circos romanos; y es hoy una idea generalmente aceptada la de suponer que el primitivo origen de estas corridas de toros está basado en las tradiciones de los romanos.

El primer movimiento para iniciar la corrida es el saludo á la Presidencia que se encuentra instalada en una tribuna especial, situada en un extremo de la plaza, de donde ella dirige las diversas maniobras de la corrida, con sonidos de corneta. Cada torero, vestido con sus magníficos arreos, bordados con oro y plata, desfila frente á la tribuna de la Presidencia, escoltado por la cuadrilla de banderilleros con los cuales va á trabajar en el combate.

Este desfile tiene una gracia y un donaire característico: todos los movimientos de la marcha son elegantes y ejecutados al compás del clásico aire español "Pan y To-

rosu, cuyas notas vigorosas y llenas de ardor, van haciendo subir, por grados, el entusiasmo de la gente.

En este acto acompaña al torero un alguacil que entrega en sus manos la llave del toril, en donde está encerrado el *bicho* que debe salir á la pista.

Antes de marcharse á ese sitio los toreros ponen sus capas, que son su más valioso arreo, en manos de las damas más distinguidas que asisten á la fiesta, quienes consideran como una alta distinción ser las depositarias de estas preciosas prendas.

Ya después de esto el momento del combate está próximo. Se ven llegar á la pista unos cuantos jinetes,—los picadores,— montados en caballos escuálidos que llevan los ojos vendados. Estos sirven allí para amortiguar un poco los primeros ímpetus furiosos del *bicho*, de modo de tenerlo ya un tanto fatigado cuando caiga en manos de los banderilleros ó del matador. Por regla general, estas infelices bestias son cruelmente destrozadas por el toro y sus jinetes

están muchas veces en peligro inminente de correr igual suerte.

Sin duda es ésta la parte sanguinaria é inhumana de esta fiesta que tiene, por otro lado, los rasgos más interesantes y varoniles.

Cuando los picadores se han colocado en la pista, á cierta distancia uno de otro, se abre con estrépito la puerta del toril y de adentro salta, bramando furiosamente, el *bicho* que corre por toda la pista cortando el aire con la rapidez eléctrica de un rayo.

Sus ímpetus y su rabia son tales, en el primer momento, que los ojos se le inyectan de fuego y se detiene en medio de la plaza mirando para todos lados sin ver nada.

El efecto de la luz, después de estar en plena oscuridad, lo deslumbra al principio; y en seguida el espectáculo de un sitio lleno de gente, vestida, casi toda, con colores subidos, lo aturde primero y luego lo enloquece de furia. Estos animales, criados en las montañas más apartadas, no han divi-

sado jamás á nadie ni han tenido nunca por delante un objeto para desfogar sus ímpetus salvajes.

¡Cuáles serán los impulsos de su rabia y su sorpresa cuando se encuentra de súbito en medio de una plaza, entre el bullicio de la gente y al frente de muchos obstáculos sobre que lanzarse!

Tan pronto como vislumbra á alguna de las pobres bestias que están colocadas en los extremos de la pista, se va, á todo escape, sobre ella, con la cabeza baja, bramando locamente y escarbando el suelo con sus manos.

Este momento es realmente terrible y pone en agitación los nervios de todos los espectadores.

Se ve avanzar, como un erizado proyectil, al toro sobre el caballo que está allí impasible, sin poder ver el peligro que tiene próximo. El bicho cae furiosamente sobre él, no obstante los esfuerzos del jinete para detenerlo, enterrándole su lanza acerada, y generalmente lo deja muerto á la primera

embestida. Algunas veces el estrellón que recibe el caballo es tan vigoroso que cae de espaldas al suelo y el picador debajo: una vez en el suelo, éste no puede moverse, porque todo su cuerpo está forrado con planchas de acero á fin de impedir las lesiones que puede ocasionarle el *bicho* al embestir.

Entonces hay un momento de angustia en el semblante del público, pues se ve allí el peligro inminente que está corriendo la vida de uno de estos individuos.

El toro, al ver salir la primera sangre de su víctima, se ceba sobre ella y sigue destrozándola bárbaramente.

En tanto el jinete está allí debajo del caballo con la vida suspendida en un hilo y aguardando que vayan en su auxilio.

El torero entonces se aproxima á ese sitio y muestra al *bicho* su capa roja: el *bicho* salta furioso sobre ella, y aquél con un juego admirable de agilidad, de astucia y de presencia de ánimo, consigue distraer la atención del toro hasta que el picador ha sido levan-

tado del suelo y transportado fuera de la pista, en un lugar seguro.

Este primer lance del torero, que no siempre tiene lugar, es realmente temerario, de un atrevimiento y de un valor prodigioso, porque, en esos primeros momentos, el toro está todavía con toda su altiveza y su vigor y bastaría sólo un mal paso del torero para ser cogido por el *bicho* y ser hecho pedazos al instante.

Después de este incidente queda de nuevo el toro en medio de la pista y los picadores avanzan hacia él con sus lanzas adelante, á fin de lastimarlo y de rendirlo, haciéndole perder sangre y gastándole sus fuerzas y sus bríos. El *bicho* sigue haciendo una verdadera carnicería con los caballos que se le ponen por delante. Cuando no consigue echarlos á tierra de una primera embestida, se encarniza sobre ellos clavándoles, una y cien veces, sus cuernos afilados como puñales de acero, é hiriéndolos cruelmente.

Esos caballos corren por la pista manan-

do gruesos chorros de sangre y dejando, á cada paso, las partes mutiladas de sus cuerpos, hasta que, por fin, caen al suelo revolcándose en una dolorosa agonía.

Hay veces que un solo toro acaba con diez y más caballos, uno tras otro. Cuando ya se estima suficiente la carnicería, esto es, cuando el *bicho* se ha dado un baño de sangre y ha debilitado un tanto sus bríos, la corneta de la Presidencia, que da las diversas señales de mando, se deja oír, ordenando la salida de la pista de los picadores que aún quedan en pie allí.

Esta primera parte de la corrida sólo produce una impresión de horror y repugnancia, pues nadie puede sentir placer ante el salvaje espectáculo de sangre y de crueldad brutal que se le ofrece á la vista.

En honor de la civilización debería suprimirse esa chocante manifestación de los instintos feroces, apropiados talvez, para las luchas romanas, en tiempos de Nerón; pero del todo absurdos en nuestros días de cultura y humanidad.

Prescindiendo de este espectáculo, que bien podría cambiarse por otro más humano y destinado á surtir el mismo objeto que éste persigue, las corridas de toros son una de las fiestas más hermosas y animadas que se pueden imaginar.

Luego que los picadores han abandonado la pista, principia la lucha entre el toro y los banderilleros: es ésta una lucha de agilidad, de movimiento, de ligereza de cuerpo, y sobre todo de vista de lince para tener siempre en acecho la intención del animal.

Un traspié cualquiera, un error de cálculo en la visual, un ligerísimo descuido les importa una muerte segura.

Los banderilleros avanzan hacia el *bicho*, aparte uno de otro, llevando en sus manos un par de afiladas banderillas con el fin de clavárselas en el lomo. Ellos avanzan sin ir provistos de capa, ni de otro objeto que les sirva para defenderse ó para desviar los ataques furiosos del toro.

En un instante de intrépida resolución, corre rápidamente el banderillero, de frente

sobre los cuernos del *bicho*, y mientras éste se prepara para embestirle, él le clava en el lomo el par de banderillas, y luego, con un movimiento ágil, nervioso, da un salto hacia atrás y escapa. Todo esto pasa con una rapidez eléctrica, en menos de un segundo.

Cuando este atrevido paso ha sido realizado con energía y elegancia, todo el enorme público grita y aplaude con locura al valiente banderillero.

En pos de uno de éstos viene otro, y otro en seguida, hasta completar media docena. Una vez que ha desempeñado su oficio cada uno de los banderilleros, el toro marcha llevando clavadas en sus lomos, un buen número de vistosas banderillas de todos colores, que le hacen bramar de dolor y lo salpican de sangre.

Es en este momento cuando avanza el matador, escondiendo su espada bajo los pliegues de su ancha capa roja. Sin duda es esto lo más interesante de toda la corrida y lo que atrae, con nerviosa curiosidad, la atención de toda la gente. Se ve establecerse

allí una poderosa lucha entre la astucia, el valor, la energía de ánimo de un hombre y la brutal ferocidad, la rabia y la fuerza de una fiera.

Este espectáculo ofrece una muestra elocuente del grado á que puede llegar el valor y el espíritu del hombre si llega á tener el poder de sobreponerse y de dominar la acción de los nervios.

El toro, cuando ve avanzar al matador, mostrándole su capa roja, se va sobre él á escape, bramando de furia: él lo espera impasible, con la mirada serena, sonriendo á veces y en el momento en que ya casi está á su lado, hace un movimiento rápido de cuerpo y lo burla echándole á un lado la capa, que el animal embiste con rabia feroz. De este modo, durante algunos minutos, el matador hace un lujo admirable de valor, de lijereza y soltura de cuerpo y juega, á voluntad, con los ímpetus del toro, haciéndole ir y venir donde él quiere con sólo ponerle por delante su capa roja. Todos estos movimientos son ejecutados de un

modo tan natural y tan maestro que, al verlos, llega hasta parecer algo muy sencillo aquello de torear, siendo en realidad este arte el más difícil de todos, y en el cual sólo un individuo de temperamento excepcional, puede llegar á saber manejarse, despues de muchos esfuerzos y de largos años de práctica.

Hay toreros que casi logran magnetizar al toro con el poder eléctrico de su mirada; y á veces su presencia es de tal modo valiente y enérgica que el animal llega á sentirse intimidado ante ellos.

El matador, antes de dar la estocada de gracia, sigue provocando la furia del *bicho* con su capa roja, que el toro persigue á muerte, como si estuviera teñida con sangre. Todo el mundo está entonces con el ánimo inquieto, anheloso, esperando el desenlace que ya viene pronto. En aquel enorme anfiteatro, poblado por miles de personas, no se siente el vuelo de una mosca en el aire y parece que todos los alientos se paralizaran súbitamente.

En uno de estos movimientos rápidos y en los momentos en que el toro arremete sobre el paño rojo, el matador saca, de súbito, su espada y la clava, con admirable presteza y precisión, sobre la nuca del *bicho*: á veces esta estocada es dirigida con tal acierto, arte y maestría, que el animal cae instantáneamente al suelo, como herido por el rayo, derramando un río de sangre.

Entonces el entusiasmo del público no tiene límites: es aquel un torrente desbordado de gritos, de aplausos, de vivas y de toda clase de expresiones entusiastas. La pista se llena de sombreros, de capas, de flores y de toda especie de objetos que lanza el público al torero, en medio de un delirio fanático de admiración. El torero es en esos momentos, una especie de mito, algo como un héroe de las leyendas del Cid, al cual la dama más guapa de la aristocracia española no le negaría un abrazo ó quizás más...

El matador entonces, á fin de corresponder con algo á aquellas atronadoras manifestaciones del público, brinda la cabeza del

toro á alguno de los asistentes distinguidos, á quien se le hace, con sólo ésto, el más alto honor y distinción.

Hay algunos toreros que gozan de tal popularidad que basta sólo se presenten en la pista para que el público los reciba en palmas de mano y les haga una ovación frenética. Tuvimos nosotros ocasión de ver trabajar, en esa corrida, al famoso Guerrita, el torero más popular hoy día en España, quién, por cierto, se merece de sobra, por sus admirables dotes de valor y destreza, esta entusiasta simpatía de un público. Es este, realmente, un tipo excepcional, é inimitable en la perfección á que ha llegado en el arte taurino.

En cada corrida hay tres matadores que trabajan tres ó más toros, cada cual con la ayuda de su cuadrilla de banderilleros,—sus soldados durante el combate.

Cuando, después de caer el último toro entran á la pista los tiros de mulas, llenas de cascabeles y de penachos rojos, para recoger á los caballos y al *bicho* muerto en la

lucha, la plaza parece venirse desplomada al suelo con el alboroto y el movimiento indescriptible que reina entre la gente.

Se oye allí un griterío atronador, furioso y se ve agitarse un hormiguero hirviente y bullicioso de revuelta muchedumbre.

Al salir á la calle el ruido y la agitación siguen creciendo, y corre por todas partes, como un oleaje tempestuoso, la turba de gente que se agita y se mueve, entre los miles de carruajes, de tranvías, de caballos y mulas y de cuanto objeto rodante y andante hay en la tierra.

Después de abandonar la plaza de toros, la impresión que deja en el ánimo una corrida es más bien de agrado y se desea con vehemencia volver de nuevo. Uno llega á prescindir de alguno de sus rasgos de crueldad y salvajismo en vista de tantas otras cosas interesantes que se pueden observar en ellas.

Estos actos de audacia y de valor á toda prueba, que se ven allí ejecutar continuamente, sirven, sin duda, para estimular y

vigorizar la energía del pueblo y también para mantenar cierto carácter varonil en la raza. Sirven además, de un modo eficaz y decisivo, para distraer al pueblo del alcohol. Bastaría sólo esto para aplaudirlas y fomentarlas abiertamente, desde que mediante ellas se consigue sustraer á todo un pueblo de lo que más lo aniquila y degenera.

No hay en toda España un solo individuo que vaya en los días domingos á una taberna, pudiendo ir á las corridas de toros.

Después de observar las diversas fases de este espectáculo, es realmente de sentir que no hayamos heredado de España este vicio inocente. Con una afición de esta naturaleza, arraigada en los hábitos de nuestro pueblo, conseguiríamos, desde luego, distraerlo del alcohol y de la taberna; y sólo con obtener esto, tendríamos ya asegurada la mitad, al menos de su civilización, conservando además la vitalidad y la energía de nuestra raza.

Por otra parte también—y esta conside-

ración no es para echarla en saco roto,—un gusto de este género, introducido en nuestra alta sociedad, haría que la gente se ocupara más de corridas de toros que de *corridas de chismes*.... Entonces se podría ir á los toros, á ver clavar banderillas sobre los lomos del *bicho*, y no andarían tantas, con banderillas emponzoñadas, bajo el disfraz místico del manto, clavándolas, *cristianamente*, sobre los lomos del prestigio y de la honra ajena....

La casa de Murillo

En una calle apartada y torcida de Sevilla hay una casita pequeña, baja, de modestísimo aspecto, en la cual se puede ver una plancha conmemorativa que recuerda el nacimiento de Bartolomé Murillo—gloria de Sevilla y honra del arte universal,—que allí tuvo lugar en el año 1618.

Esta calle se llama la "calle de las Tiendas" y es de tan pobre apariencia y tan desnuda de todo ornamento, que no parece haya podido vivir en ella este hombre de temperamento privilegiado que nació con

un dón poderoso de concepción y de sentimiento artístico.

La primera manifestación de sus admirables dotes de artista tuvo lugar allí en su propio hogar, en donde Murillo, siendo aún un niño, ocupaba sus ocios pintando santos é imágenes devotas, sobre tablas y toscos lienzos, que vendía por unas cuantas monedas á los ricos armadores provenientes del Perú y de otros países de América.

No es, pues, extraño suponer, en vista de esto, que muchas de sus primeras obras, marcadas ya con el sello de su genio, se encuentren todavía escondidas en algún oscuro rincón de los conventos de Lima ó de otras ciudades americanas.

En el convento de los Franciscanos, de Buenos Aires, hay, por ejemplo, una tela que representa un hermoso asunto religioso, cuya suavidad de tonos, cuya armonía de colores y expresión mística están diciendo claramente que esa es obra de Murillo.

De igual modo en nuestra capital se encontró hace años, en una antigua casa de

ilustres abolengos, un precioso grupo místico firmado por Murillo, que estuvo allí ignorado y cubierto de polvo y telarañas durante largos años sin que nadie advirtiera la valiosísima joya que tenían ahí encerrada.

¡Qué tendría de raro ver hoy aparecer de nuevo un Murillo en el fondo de algún viejo claustro ó entre las imágenes de devoción de alguna antigua casa de clásica herencia española, evocando en nuestros días de duda, una resurrección gloriosa de aquel acendrado y sincero misticismo de otro tiempo, que fué el móvil inspirador de todas sus grandes obras!

Al observar cualesquiera de los cuadros místicos de Murillo se siente llegar al espíritu el calor del aliento de esa ardiente fe cristiana, en la cual están empapadas todas sus producciones.

Realmente Murillo ha sido el pintor más profundamente piadoso, no sólo de su época sino de todas las épocas de la historia del arte. Fué un artista de alma profundamente devota y sencilla, un verdadero místico. Era

tal su unción y tan grande el arrebato de su fervor para tratar con su pincel los asuntos piadosos, que cada una de sus Vírgenes y de sus imágenes de santos están todavía revelando, en las admirables expresiones de pureza y de virtud que él les imprimió, la ingenua sinceridad de su espíritu.

Algunos de sus cuadros parecen haber sido pintados bajo la impresión de un éxtasis de ardoroso fervor cristiano, durante el cual la imaginación del artista se hubiese transportado á los misteriosos arcanos de una región celeste.

Su frente de inspiración artística fué la más delicada y hermosa de cuantas pueden mover el espíritu de un creyente. Fué la pureza inmaculada de María,—virgen y madre,—la que inspiró á su pincel los cuadros inmortales que son hoy día la admiración de los artistas profanos, y el documento más preciado y más hermoso, de las manifestaciones piadosas de otros siglos, que conservan en el día los hombres de fe.

Con razón á Murillo se le llamó en su

época *el pintor de las Concepciones*, desde que fué éste el asunto favorito de su pincel y en el cual produjo notas de tal belleza y armonía que ni sus discípulos, ni los entusiastas admiradores de su talento, que fueron los continuadores de su obra, han podido llegar á imitarlo.

Sin duda su genio de artista debió estar inspirado por algún vaporoso sueño divino; su ardiente fantasía mística debió talvez vislumbrar una visión celeste al ejecutar algunos de esos cuadros que representan la "Inmaculada Concepción."

Cómo, de otro modo, ha podido imprimir en la tela los rasgos de una mujer ideal que está revelando en su figura de diáfana pureza, su virginidad, su candor, su inmaculada inocencia. Una virgen impecable que va subiendo al cielo envuelta en los pliegues de su vaporoso manto celeste, cuyos jirones flotan suavemente en el aire, como si estuvieran hechos con trasparencias de nubes y con pedazos del cielo.

Y cómo también, sin el impulso de una

inspiración misteriosa, él ha logrado allí coronar á la Virgen de una aureola rosada, en donde se agita una nube vaporosa de angelitos rubios, hermosos, como una sonrisa divina, que van cortejando á la Virgen en su viaje á las regiones celestes.

Todo el ideal delicado de esta hermosa leyenda cristiana ha sido interpretado por el talento de Murillo, no sólo con la maestría de su mano de artista, sino con la ternura y el fervoroso aliento de su alma piadosa.

Al mismo tiempo que Murillo sintió nacer su inspiración en la pureza de María, los impulsos de su temperamento artístico, la poesía de su corazón de sincero creyente lo hicieron encontrar en las escenas de la infancia de Jesús otro tema admirable para desarrollar su poderosa vocación por todo lo bello y lo ideal.

Sus cuadros en que representa al niño Jesús en una modesta alcoba en brazos de la Virgen y al lado de José, que se ve allí ocupado en los trabajos de su oficio, están im-

pregnados de una sencillez, de una ternura y de una realidad conmovedoras. Es la vida misma en su aspecto más puro y primitivo, la que está transportada á esas telas admirables, en las cuales se respira la tranquilidad apacible del hogar, la felicidad y el bienestar de las familias que viven con sencillez y con modestia. Uno de los cuadros de este género que más emociona, por su exquisita ternura y su delicada naturalidad, es el que representa al niño Jesús y á San Juan Bautista sentados en el campo, al pie de un arroyo, jugando con un blanco cordero.

Es este el emblema más puro de la inocencia y del candor infantil y es también un idilio elocuente y vivo del carácter, tan ingenuo como bondadoso, que es natural en los primeros años de la vida.

Casi todas las obras de Murillo están fundadas en asuntos piadosos; sólo una que otra vez él se inspiró en la naturaleza ó en temas profanos. El fué el gran místico de su siglo, y el que dejó escrito en la tela, con rasgos sentidos y con caracteres imbo-

rrables, palpitantes, el pensamiento cristiano y el fervor ascendrado de los espíritus de su época.

Por eso su obra se puede considerar de verdadero valor histórico, aparte del mérito que de ella ha hecho la crítica universal, que lo ha colocado entre los grandes maestros del arte clásico.

Su famoso y jamás bien ponderado cuadro de "San Antonio con el niño Jesús en los brazos", que guarda la Catedral de Sevilla como su más rico tesoro; su admirable "Santa Isabel de Hungría curando los leprosos" y todo lo que salió de su pincel maravilloso, inspirado por la fe más apasionada y más pura, son obras inmortales, ante las cuales se han detenido, con admiración y con respeto, los individuos de muchas generaciones y la gente de todos los países.

Este gran espíritu, que vivió enamorado de la fe cristiana, encontró la muerte en el mismo terreno á que había dedicado sus impulsos de artista y sus arrebatos de creyente.

En cierta ocasión, él se ocupaba de pintar, sobre el altar mayor de la Catedral de Cádiz, un cuadro que representa los "Desposorios de Santa Catalina", cuando perdió el equilibrio y cayó al suelo, desde la altura en que estaba trepado, y pocos días después murió de las consecuencias de este golpe fatal.

Su última pincelada quedó allí palpitando sobre la tela, así como queda palpitando el eco de las plegarias bajo las bóvedas de un templo. Su último cuadro fué también su última oración, porque realmente, Murillo, cuando pintaba, debía estar arrodillado y con el espíritu puesto en Dios.

Allí, á su modesta casa de Sevilla fué llevado, después de este desgraciado accidente, y ahí en aquellas alcobas desnudas, que revelaban la sencillez de su vida, se extinguió la luz de ese gran espíritu, ante cuyas obras los creyentes sienten renovado el ardor de la fe, y los profanos á la idea religiosa, experimentan las más delicadas emociones artísticas.

Carmen

En el sitio más pintoresco, más perfumado de la hermosa Sevilla, en un sitio risueño, en donde hay misteriosos bosques de naranjos en flor, con techos vivos de enredaderas de rosas blancas, en donde hay grupos de granados, cuyos frutos entreabiertos, en medio del verde follaje, parecen una alegre sonrisa de la primavera, donde se descubren, entre los sombríos bosques, pequeños kioskos con paredes de madreselvas y con cielo de suspiros azules; ahí, en ese

florido rincón de Sevilla, se meció la cuna de Carmen, la apasionada gitana andaluza.

Se llama aquel sitio "La venta de la Eritaña" y es allí á donde van las gitanas, las cigarreras y las chulas, con sus guitarras y castañuelas, á bailar sus jotas y á cantar sus alegres habaneras.

Muy próximo á ese bosque de perfume, que oculta bajo su sombra la alegría y la pasión andaluza, se escucha el rumor del Guadalquivir, un rumor dulce, cadencioso, que semeja una canción al placer y al amor.

Una brisa tibia, voluptuosa, cargada de esencias, sopla suavemente allí: es una brisa de oriente, saturada de vapores de sueño que, produce una risueña languidez en el ánimo.

Fué allí, bajo esa atmósfera ardiente, donde Carmen, la andaluza de cuerpo gracioso, de sonrisa provocadora y de mirada de fuego, conoció á don José de Navarro, ese buen oficial vasco que cayó en sus redes siendo un leal militar para salir más tarde convertido en un criminal de patíbulo.

Ahí, en medio de los bosques de azahar, fué donde él la vió bailar habaneras, al compás de las guitarras y castañuelas, y donde admiró el soberbio donaire y la gracia sin par de su cuerpo de gitana.

Ella entonces mostróle engañosas sonrisas que lo enloquecieron y le dejó entrever esperanzas que le perturbaron, hasta empujarlo al crimen.

Aquel apasionado don José habría dado mil veces su vida y habría cometido toda clase de crueldades, con tal de ver á Carmen, siempre á su lado, con las castañuelas en mano, oyéndola cantar sus alegres habaneras y sabiendo que aquel primor de gracia y de belleza era solamente suyo.

Pero en la sangre altiva de Carmen, de carácter y de raza bohemia, ninguna pasión podía ser duradera, y ella ante todo aspiraba á su plena libertad,—á su libertad de ir y venir á donde quisiese, de amar y olvidar á su antojo, de volar, como un pájaro libre, en el espacio, sin sujeción á nadie.

Este carácter rebelde, caprichoso y apa-

sionado de Carmen, dió motivo para que á su lado se desarrollara un drama de amor y de celos que ha sido inmortalizado por el romance y ha inspirado á la música las notas más vibrantes y coloridas.

Carmen, en la hermosa novela de Merimee, encarna el tipo de la gitana, que existe aún en Andalucía, cuyo carácter tiene cierta ferocidad natural, como que él es el producto de las tribus bohemias que viven todavía un tanto ajenas á la civilización moderna.

Carmen tiene en sí todo el poder que da la belleza y tiene además un particular atractivo en su cuerpo y en el ardor de su mirada, mediante lo cual puede jugar, á su capricho, con todos los hombres que se enloquecen por llegar á obtener sus favores.

Su temperamento es fuertemente apasionado; pero sus pasiones duran un día. Odia con la misma facilidad con que ama. Su volubilidad es tal que dice: "hoy lo quiero, es cierto, pero no es raro que mañana amanezca aborreciéndole".

Carmen huye, sobre todo, de cuanto pueda subyugarla y hacerle perder su querida libertad. Por esto cuando principia á sentir algún impulso particular hacia alguien, evita el peligro antes de entrar á la lucha y lo rechaza, diciéndole: «Eres temible: puedes llegar á cortarme una de mis alas».

Cuando encuentra por primera vez á don José, todo un guapo oficial, siente por él un síntoma de amor y le hace consentir que le va á ser siempre fiel.

Don José entonces para poder seguirla á todas partes y estar siempre á su lado, deserta de su regimiento, comete despues un crimen y abandona á su anciana madre, de quien era el único sostén. De un hombre bueno, como él era antes, ella hace luego un perfecto malvado.

Mas, bien poco podía durarle á Carmen su amor por ese apuesto oficial que tenía rendido á sus pies; pronto le declara que ya no lo quiere, y que en cambio está enamorada de un torero.

Don José, al saber esto, se enloquece de

furia y siente todo el cruel escozor de los celos.

Sigue con vehemencia los pasos de Carmen; la asecha, la espía á toda hora á fin de sorprenderla con su nuevo amante. Le ruega, le implora que vuelva á quererlo, ya que ella lo ha obligado hasta ser un criminal. Carmen lo rechaza con rabia y no quiere ni oirle ya.

Un día él la sorprende en camino de una corrida, en donde debe ver al torero, le hace una última súplica y luego después le clava una puñalada.

Ella antes de morir le dice:

"Haz podido matarme cien veces; pero no haz conseguido quitarme mi libertad. "Nací libre y muero libre", grita al caer al suelo, bañada en sangre, en los propios brazos de don José que llora á mares y se entrega él mismo á la justicia.

El tipo, de un carácter rebelde á todas las convenciones sociales establecidas, de una voluntad imperiosa, indomable, de la volubilidad del sentimiento, de los arrebatos de

la pasión y de los impulsos del odio, está magistralmente personificado en esta Carmen, la obra maestra de Merimee.

En ella está estudiado, con profundidad, el carácter y los instintos de estas razas bohemias, de las cuales la sangre andaluza ha heredado muchos rasgos que hoy se ven aún palpitantes en la manera de ser y en las costumbres de ese pueblo.

No obstante el tamiz de la civilización, queda hoy todavía en el corazón de toda andaluza, una gota de esa sangre apasionada y rebelde de Carmen; y es esto, tal vez, lo que les da un carácter y un atractivo particular.

Cuando vayan los refinamientos y los estudiados convencionalismos de la cultura moderna hasta el corazón de la alegre tierra andaluza y hagan desaparecer del genio de sus mujeres ese perfume de Carmen,—que no es sino un dejo simpático de las costumbres primitivas, en el cual hay mucha alegría, mucha naturalidad y un derroche de gracia,—todos verán perderse, con pena

el tipo de la verdadera andaluza, que es el más acabado de la seducción y del encanto femenino.

Merimee en su novela, después de pintar, con pinceladas vigorosas, el carácter de una mujer de naturaleza apasionada y enérgica, en el amor como en el odio, capaz de todo antes de entregar el tesoro de su libertad, ha pintado, haciendo allí un vivo contraste, el carácter de un hombre que, obsedido por una pasión, comete los mayores crímenes y pierde hasta los sentimientos de humanidad.

Don José, impelido por el frenesí de su amor por Carmen, aguijoneado por los celos que ella le provoca, se convierte en un furioso que busca la venganza y se goza en derramar sangre.

No se puede decir que este carácter está exagerado en la obra de Merimee, desde que el tipo de don José, dadas las circunstancias, tiene mucho de humano, y sobre todo tiene mucho del temperamento andaluz, de por sí ardoroso y resuelto.

Despues que Merimee hubo dado á co-

nocer este interesante tipo de Gitana, Bizet inmortalizó con la armonía, en sus admirables frases musicales, el carácter de Carmen.

Su obra, casi rechazada al principio, es hoy celebrada y aplaudida por todos los públicos del mundo.

Donde quiera que *Carmen* ha sido puesta en escena, se ha visto, con coloridos reales, un pedazo de la tierra Andaluza. El sonido alegre de sus castañuelas, el rasgueo vibrante de su guitarra, entonando sus aires de habaneras, han evocado siempre el recuerdo de Sevilla y han hecho pensar en los bosquecillos de azahares de las orillas del Guadalquivir, en donde tuvo lugar aquel drama de pasión.

Es la misma gitana andaluza la que habla en *Carmen* con un lenguaje armonioso, imitativo, cuyas notas son cada cual un eco vivo de sus sentimientos, un grito de su pasión ó un arrebato de su odio.

"Qué sé yo cuándo podré quererlos, les dice á los que solicitan sus favores, puede ser que nunca, puede que mañana, puede

que ahora mismo» y largaentonces una carcajada diabólica, llena de encantadoras seducciones, haciendo caer rendidos á sus pies á cuantos hombres la cortejan.

Despues coge un clavel rojo de su peinado y lo deja caer sobre su favorito al són de una habanera: «El amor es un niño bohemio que no conoce leyes», le dice con toda su graciosa coquetería, dejándole entrever el ardor de su pecho de gitana, y luego baila á su lado una danza alegre, en la cual le muestra los perfiles provocadores de su cuerpo, que respira fuego.

Cuando su galán está ya locamente apasionado de sus encantos, lo mira con insolente desdén, recibe con fastidio sus pruebas de amor, y luego, en un arrebato de su carácter inquieto y mudable, le grita con rabia: «ya no te amo más», y lo echa á un lado mirándolo con altanero desprecio.

Tal es el tono de la *Carmen* de Bizet, en la cual está maravillosamente interpretado el carácter y el temperamento de la Carmen andaluza.

Son las notas de esta música, tan profundamente apasionada, á veces, como tierna en otras, tan vigorosa, como delicada, tan robusta como flexible, que encierra en sí todos los tonos, todas las variaciones de los sentimientos humanos, desde las voces dulces del amor, hasta las ásperas del odio, desde el grito de venganza hasta la súplica de perdón, las que harán vivir largamente á Carmen en el arte universal; y las que harán pensar siempre en Sevilla, cuna de gitanos, tierra del sol, perfumado rincón de Oriente, en donde brota, á raudales, la alegría y la sal y donde hay bosques eternos de naranjos en flor.

La leyenda del Tenorio

A Sevilla le ha cabido la gloria, entre otras muchas celebradas por la historia, de haber dado origen á la maravillosa leyenda del Tenorio que, durante tres siglos, ha inspirado la imaginación de tantos ilustres poetas, de tantos músicos de genio y de tantos pintores de mérito.

No hay en la historia literaria del mundo un tipo más universalmente conocido y más simpático que este tipo de don Juan, tal cual lo concibió la primitiva leyenda sevillana, llevada al teatro por Tirso de Molina

en su drama admirable "El burlador de Sevilla".

Desde que salió á luz esta obra han hecho infinitas interpretaciones del carácter y de la vida del Tenorio, los críticos y los literatos de todos los países de Europa, en todas las cuales se ha falsificado ó desconocido el verdadero carácter del Tenorio de la tradición sevillana.

Cada país ha querido tener en su teatro ó en su literatura un don Juan propio, fundado sobre la leyenda del don Juan español, y lo único que han conseguido, los más grandes escritores que se han empeñado en esta ingrata tarea, ha sido dar vida anémica á un personaje sin carácter, ni temperamento propio que carece de toda originalidad, de todo interés y que está muy distante de ser un tipo real en el cual se agiten las pasiones y palpite la vida.

Fuera de España el tipo del Tenorio es sólo una fantasía de poeta: ese intrépido galán andaluz que no se arredra por nada, á fin de satisfacer una pasión ó un capricho

que, siendo creyente, no se detiene ante las amenazas de la otra vida ó ante el espectáculo de lo sobrenatural, se convierte, una vez transplantado de su medio natural, en un tipo casi vulgar, de instintos crueles, mal caballero, burlador grosero de las damas, ateo en cuanto á ideas religiosas, cínico y mezquino en su vida privada. El tipo apasionado, hidalgo y valeroso del Tenorio español se desnaturaliza y se desfigura por completo, sacándolo de las fronteras de Andalucía, su tierra legítima, en donde él vió la luz, y en donde encontró el campo de sus amores y correrías.

Sea leyenda ó realidad, es el caso que este tipo de don Juan Tenorio es la personificación maestra del carácter, del espíritu y de las tendencias que dominaban en España durante la época en que fué llevado al teatro por Tirso de Molina.

Este hábil franciscano que, en su juventud, tuvo también, como todos, sus días de Tenorio, llevó á la escena un tipo, ya creado por el ingenio popular, el cual sintetiza-

ba el carácter y las costumbres de un grupo de personajes de su tiempo, quienes, premunidos con las prerrogativas de sus títulos nobiliarios, llevaban una vida disoluta, ocupando su tiempo en lances de amor, en los cuales burlaban á las mujeres, ultrajaban á los maridos, á los padres ó á los amantes.

Fué el drama de Tirso de Molina,—único origen de don Juan Tenorio,—una sátira aguda á los galanes de su tiempo, que él bien conocía, y esta sátira fué presentada en el teatro, revestida con un hermoso ropaje de fantasía y de misterio que le prestó á su autor una extraña leyenda muy popular entonces en Andalucía.

Este don Juan Tenorio, según cuenta una vieja crónica de Sevilla, era de nobilísima alcurnia y se había entregado á una vida disipada y borrascosa. Una noche, estando de vuelta de un viaje, que le habían obligado á hacer sus padres á fin de corregirlo, dió muerte al Comendador Ulloa, padre de doña Ana, á quien él cortejaba. El Comendador fué enterrado en una capi-

lla que poseía su familia en el convento de los franciscanos y allí fué convidado cierta vez don Juan, con un pretexto engañoso, y muerto á traición por los parientes de su víctima.

Éstos para librarse de las persecuciones que podía traerles su venganza oculta, hicieron correr la voz de que don Juan había entrado á la tumba del Comendador para insultarle después de muerto, y que éste entonces lo había tomado entre sus brazos y llevado al infierno, en castigo de sus liviandades.

Se comprende que la imaginación popular, de por sí supersticiosa é inclinada á todo lo maravilloso y sobrenatural, sobre todo en aquella época en que se creía de buena fe en el poder de los demonios y en las torturas del infierno, se apoderara con furor de esta sóla parte de la historia del Tenorio y la fuera transmitiendo, de voz en voz, hasta darle un carácter tal de autenticidad que no eran capaces de desmentirle los espíritus más avanzados de esa época, intimidados

por la inquisición, que ordenaba creer en la intervención de estos fantasmas, como agentes del poder divino.

En cuanto á la parte que encierra caracteres reales de posibilidad en la historia de don Juan, el mayor número de los historiadores y críticos españoles ó extranjeros que se han ocupado de investigar este asunto, no le niegan sus méritos para ser aceptada por la posteridad.

Pero es indudable que lo que ha contribuído, de un modo poderoso y decisivo, á la popularidad universal del Tenorio, son los rasgos maravillosos y fantásticos que hay en su vida. La parte fabulosa siempre ha llamado más la atención del vulgo que su carácter real y el tipo tan verdadero y humano que don Juan representa.

En muchas de las interpretaciones que de él se han hecho, ya en España como en todos los países de Europa, subsisten principalmente las escenas sobrenaturales de la leyenda primitiva; pero está en ellas torpemente falseado y torcido el carácter clásica-

mente castellano de don Juan, que es, sin duda, lo que más nos interesa y lo que más importa conservar.

Siempre ha herido, con viveza, la imaginación de todos los pueblos, hasta donde ha llegado la leyenda del Tenorio, esta terrible aparición de la estátua del Comendador, á quien don Juan insulta y luego invita á cenar para ser en seguida arrastrado, entre sus propios brazos, á los abismos del infierno.

Cada vez que ha sido llevada al teatro, fuera de España, esta leyenda, se le ha dado una gran importancia á esta fantástica escena que ha evocado siempre en el espíritu de todos las visiones inexplicables del terror i las inquietudes supersticiosas con que se agita el ánimo del vulgo, cuando se le habla de las apariciones de los demonios ó de las ánimas.

Molière llevó al teatro francés la obra de Tirso de Molina, que él había conocido por una mala traducción italiana, con el nombre de "El festín de piedra".

En la pieza de Molière el Tenorio no es sino un rufián de mala catadura que no tiene ningún rasgo noble en su carácter, ni en sus impulsos. Lo pinta allí como un pendenciero de oficio, como un tramposo y burlador, no sólo de mujeres, sino también de todos sus acreedores, y lo califica de ateo incorregible que se burla de todo lo sagrado. Además le da un carácter cómico y risible á todos sus actos, lo cual es muy ageno al carácter del verdadero Tenorio pintado por Tirso de Molina, con colorido y realidad inimitable. Sin embargo y á pesar de estos defectos, que son más bien las variaciones naturales del carácter de don Juan, al ser puesto en acción en tierra extranjera, esta obra de Molière es inmortal, porque pone en relieve un tipo sólo comparable, en sentido totalmente opuesto, á su famoso Tartufo. Don Juan allí es el vicioso descarado que se ríe de todo el mundo á fin de satisfacer sus pasiones y deseos, así como el Tartufo es el vicioso solapado que, para dar satisfacción á sus apetitos, trama, por debajo,

las más pérfidas intrigas, y muestra ante el público una cara compungida de falsa virtud.

No es posible pintar dos tipos más perfectamente reales que éstos, los cuales envuelven en sí las dos fases más pronunciadas y generales del carácter humano.

Por todas partes se ven Tenorios haciendo gala de su libertinaje, del mismo modo que en todas partes se ven Tartufos, ocultando sus pasiones, bajo un ropaje de hipocresía.

Después de Molière la leyenda de don Juan fué llevada al teatro italiano por Goldoni con el título de "Don Giovanni, ossia il dissoluto punito". Este drama que gozó de cierta popularidad en su tiempo, es, á juicio de los críticos, el que más se diferencia de la tradición sevillana y en el cual está más falseado el carácter del Tenorio.

El teatro alemán se apoderó de la parte fantástica de esta tradición y luego se hizo allí muy popular el carácter maravilloso que le dieron á don Juan los poetas alemanes. Hubo uno; Grabble, que compuso una ex-

traña tragedia llamada *Don Juan* y *Fausto* en la cual pone en lucha el arrojo y la temeraria osadía de don Juan, con el poder infernal del doctor Fausto, los cuales se hostilizan mútuamente por encontrarse en las mismas lides amorosas, en diversas circunstancias de su vida.

El teatro inglés también recogió esta leyenda, que era la más popular de todas las conocidas en esa época, y uno de sus poetas dramáticos, Sadwell, escribió un drama fundado en este asunto llamado «El Libertino».

Lord Byron, á su vez, compuso el famoso poema Don Juan, por medio del cual dirigía una sátira amarga á la hipocresía de la sociedad de Inglaterra que tan mal lo había tratado por sus pasos de Tenorio.....

Y después del drama, la ópera se apoderó del argumento de don Juan para interpretar con la armonía las diversas situaciones del carácter y de la vida de este tipo, tan original como universalmente simpático.

El primer ensayo musical, fundado en la leyenda del Tenorio, lo hizo Gilberti en

Italia el año 1652 y obtuvo un gran éxito. Después lo siguieron en esta tarea muchos otros compositores de talento, cada cual compuso una ópera, basada en el mismo argumento.

Entre las obras italianas sobresale la de Perucci y Cimarosa, y entre las extranjeras la de Gluck que, á juicio de los críticos, contíene trozos admirables; i la inmortal de Mozart que es una de las mayores revelaciones del genio artístico alemán.

Mozart, que tenía la poderosa intuición del genio, fué quien interpretó con más verdad, en su maravillosa partitura, el carácter del don Juan andaluz, tal cual lo representó Tirso de Molina, en su drama «El burlador de Sevilla».

Mozart hizo antes de componer su ópera, un estudio del tipo real del Tenorio y por esto consiguió presentarlo á la escena con temperamento y vida propia y le dió á las frases musicales de su obra, un tono apasionado y varonil que está en perfecto acuerdo con el carácter del Tenorio.

El final del primer acto, en el cual don Juan aparece sólo afrontando una tempestad deshecha, que parece haberse desencadenado sobre él para castigarlo, y afrontando, á la vez, la furia popular, que lo amenaza de muerte, es un trozo soberbio de orquestación, de armonía y de efecto dramático, que basta por sí sólo para poner en relieve el tipo valeroso é intrépido del don Juan español.

La serenata del tercer acto tiene notas de tal pasión y vigor varonil que realmente egerce un poder de seducción mefistofélica. Es la voz ardiente y engañosa de la pasión carnal la que habla allí con lenguaje elocuente. Sin duda es el mismísimo don Juan Tenorio quien pronuncia esas frases que revelan todo su ser íntimo.

Por último, el acto final de la cena con el Comendador, cuya estátua se le aparece de súbito, á don Juan, es uno de los trozos más prodigiosos é imitativos que existen en música, por su variada composición, su energía, su movimiento y expresión dramá-

tica. Allí el Tenorio, de frente ante el espectro, con la voz timbrada y vibrante, sin decaer un punto su indomable valor, se presenta con todo el relieve de su tipo y con todo el vigor de su creación primitiva.

¡Con cuánta razón á esta obra se le ha llamado la *ópera de las óperas!*

Al lado de ella toda las otras que se han hecho sobre este mismo asunto resultan casi ridículas. Morzart los eclipsó á todos y resucitó, en el extranjero el tipo hasta entonces falsificado y cambiado, de mil diversos modos, del don Juan andaluz.

Después de estar el Tenorio inmortalizado en la música, fué inmortalizado en la pintura por el gran pintor francés Delacroix cuya obra maestra está fundada en un episodio de la vida de don Juan, tomado, tal vez, del poema de Lord Byron.

"El naufragio de don Juan" es el nombre de este maravilloso cuadro que tiene el poder de agitar el espíritu de igual manera que si uno se encontrara en presencia de una horrible tragedia.

Él representa la escena de un naufragio en un mar tempestuoso é inclemente; y se ve allí al indomable don Juan de pie sobre la cubierta, como desafiando las furias del mar, en tanto que, á su lado, la tripulación es presa del terror y pide amparo al cielo en aquel trance terrible.

Todas las bellas artes han concurrido á popularizar esta hermosa leyenda del Tenorio y en cada ramo del arte ella ha inspirado una obra maestra.

Después de los poetas dramáticos, los poetas cómicos y los trágicos, después de los músicos, los pintores, y en seguida los novelistas le han dedicado también hermosas páginas.

Alejandro Dumas escribió una novela fantástica llamada *La caída de un ángel ó don Miguel de Mañara*, en la cual trata este asunto con derroche de imaginación y de talento, pero sin ningún valor histórico y sin respeto á las tradiciones aceptadas, respecto al Tenorio.

Este don Miguel de Mañara á quien al-

gunos escritores y críticos contemporáneos lo hacen figurar como el verdadero don Juan Tenorio, nació algunos años después que Tirso de Molina compuso su pieza "El burlador de Sevilla".

Con solo este dato queda destruída esta falsa idea acogida ligeramente por muchos escritores amigos de la fantasía y del romance.

Después de Dumas, Prosper Merimee, que ha escrito tantas páginas hermosas sobre el carácter español, escribió una interesante novela llamada "Las almas del purgatorio ó los dos don Juan".

Tiene, sin duda, esta novela pinceladas maestras y late en ella mucho genio español; pero no es, respecto al carácter del verdadero don Juan, más que una hermosa fantasía.

Ha llamado la atención de que en España es en donde el Tenorio ha sido menos comentado por los poetas ó los críticos; pero es tan natural que allí no haya llamado tanto la atención, desde que hay, en todas partes, tantos don Juan Tenorio de carne y

hueso, que se encargan de perpetuar tradición.

Es de tal modo español el tipo de don Juan que todos los grandes poetas dramáticos, del siglo de oro, sin excluír á Lope de Vega y Calderón de La Barca, han llevado, sin apercibirse talvez, al teatro, en sus comedias de capa y espada, el mismo tipo del Tenorio, presentándolo, más ó menos disfrazado, según las circunstancias en que lo hacen obrar.

Ellos, al copiar del natural un tipo de galán, se han encontrado, sin quererlo, con la imagen de don Juan Tenorio.

En los últimos tiempos ha sido Zorrilla el que ha llevado al teatro, con mayor talento y verdad, la tradición del Tenorio. Su obra vivirá eternamente en España, porque se agita en ella la sangre española, porque encarna un tipo simpático, nacido y muerto en tierra castellana, y porque la armonía y la delicadeza admirable de sus estrofas deleitarán siempre á la gente de buen gusto y amiga de lo bello.

¡La gloria—toda la gloria—de esta grandiosa creación del Tenorio que ha recorrido triunfante el mundo y que ha resistido á los siglos, se debe atribuír á Tirso de Molina. Él, de igual modo que Cervantes, Goethe y Shakespeare, ha logrado dar vida real á un tipo que encarna un sentimiento, una tendencia, un carácter ó una pasión humana.

Así como el Quijote representa la fantasía, la locura de las imaginaciones que no viven en la realidad práctica de la vida, don Juan Tenorio es la fiel imagen de la pasión, de la virilidad física, de las disipaciones turbulentas de la juventud. Estos instintos que son eternos é inmutables en el individuo, hacen que el tipo que los personifica viva eternamente también.

Por esto el buen sentido popular, que á veces tiene observaciones profundas, ha resumido en una sóla palabra toda la leyenda de don Juan y califica, hoy de igual modo que antes, con el nombre de *Tenorio* al que lleva una vida ligera y se ocupa de cortejar muchas mujeres.

El don Juan que pinta Tirso de Molina es el producto natural de su época, en cuanto á la fantasía supersticiosa de que está revestida la leyenda; es netamente español en su temperamento y en los rasgos sobresalientes de su carácter: pero en cuanto al fondo de su ser y de sus pasiones, ese don Juan es un tipo de hoy, como de hace tres siglos y es, además, un tipo universal.

Y no podrá variar jamás ese carácter mientras viva en el hombre el poderoso instinto que lo arrastra al placer. El tipo de don Juan manifiesta el vigor, la efervesencia juvenil, el atolondramiento de los veinte años que no se cuida, ni se preocupa de nada á fin de satisfacer una pasión.

Nada le importan al Tenorio las amenazas del infierno con tal de satisfacer un placer inmediato; nada tampoco le significa la idea del pecado y de la ofensa á Dios, á fin de obtener lo que desea en sus amores.

Es cristiano, sin embargo, este don Juan y vive en una época de rigor y fanatismo; pero él siente tanta vida y tal robustez físi-

ca que cuando algún confesor lo amenaza con las torturas del infierno él le contesta: "Tiempo me queda para arrepentirme" ó "muy largo me lo fiais".

Estas frases retratan, con rasgos vivos, el carácter del Tenorio antiguo y retratan al mismo tiempo al Tenorio moderno.

Cuántos devotísimos creyentes—de aquellos que casi están en olor á santidad—al encontrarse, hoy día, frente á una muchacha de cuerpo gracioso y de sonrisa picante no lo olvidan todo, en un momento dado, y repiten en su conciencia, como buscando en ella una excusa á lo que es tan natural, la misma frase del inmortal don Juan Tenorio: "Tiempo me queda para arrepentirme..."

Es la naturaleza la que engendra los tipos como el Tenorio, y son los hombres de elevado talento, quienes los presentan a la vida real, con rasgos humanos, con el carácter y las pasiones instintivas al hombre de todas las épocas y de todos los países.